LAS MANIFESTACIONES DEL SER

«PACHITA»

JACOBO GRINBERG-ZYLBERBAUM

EDAMEX

“L A S M A N I F E S T A C I O N E S D E L S E R”
P A C H I T A

Digitalizado por Sargento.

Sugerencias y correcciones: uansamz@hotmail.com

"Para aquellos que son capaces de despertar"

Sin ánimos de lucro.

“LAS MANIFESTACIONES DEL SER”

PACHITA

JACOBO GRINBERG-ZYLBERBAUM

Derechos reservados Jacobo Grinberg-Zylberbaum
© 1980 Editores Asociados M., S.A.
EDAMEX
Ángel Urraza 1322, México 12, D.F.

ISBN 968-409-082-X

A la memoria de Pachita.

Al hermano

A todos aquellos que me permitieron ver
lo que vi y que me ayudaron en el proceso.

I N T R O D U C C I O N

Lo que acontece es lo que debe suceder...

En esta obra no existen invenciones. Todo es verídico; una descripción real de lo que vi y experimenté durante mi trabajo con Bárbara Guerrero “Pachita”

Escribí este libro para dejar testimonio y por honrar la memoria de esa mujer.

Jacobo Grinberg-Zylberbaum

CAPÍTULO I

LA ENTRADA

Encontré la casa frente a un mercado lleno de flores. Se advertía un bullicio frente a la puerta; algunas sillas de ruedas, niños gritando y uno que otro ser extraño, maltrecho por heridas o daños. Como siempre, la llegada estuvo repleta de pruebas. Siempre que se inicia algo sucede que alguien prueba al aspirante.

¡Todo es tan frágil! La conciencia, el cuerpo…pueden enfermar tan fácilmente…

Todos los días veo una foto del planeta Tierra tomada desde el espacio. Una esfera llena de tonos de azul y rosa, rodeada de negro. Entreveo figuras formadas por las nubes; seres sonrientes o enojados, colaborando entre sí o peleándose.

Me imagino que cada forma representa la conclusión global de millones de conciencias individuales y que cada guerra, disputa política o movimiento religioso se materializa en esas entidades formadas por reflejos de agua, nubes y contornos de continentes.

En ocasiones el reflejo de la resolana pinta un águila blanca con alas extendidas flotando sobre la colosal esfera. La cuida y es, al mismo tiempo, la resultante total. Un dolor de cabeza representaría una guerra entre dos países; un dolor de estómago los estertores de

un fallido movimiento de liberación y una paz interna el día de las Navidades.

No todo debe ser consciente para esa águila; solo emocionalmente, solo sintérgica y gestálticamente; solo un sentimiento, resumen de todos los sentimientos o un dolor pináculo de todos los dolores en cada una de sus células.

Pero más allá de resultantes sintergistas y procesos gestálticos, más allá de los sentimientos globales, más allá... lo que decide...

Toqué la reja y me pidieron esperar.

—Ayer —les dije en un ruego—, Pachita me invitó a ayudar al hermano.

—Díganle que Jacobo llegó...

Me introducen a un garage lleno de macetas colgantes de un techo. Siento que penetro en filas de dolientes esperanzados; siento que no estoy preparado, me enojé con un chofer de taxi que me cerró el camino; me puse de malhumor por haberme perdido en calles desconocidas. Todavía vivo en el filo de una navaja y en ocasiones me atrae la muerte y no puedo elaborar mis muertes…

Espero y veo caras. Una niña de ojos brillantes, incapaz de hablar, caminar o pensar, sonríe milagrosamente. La amo y pregunto a sus padres por su mal.

Hace un año, me dice una madre cuidadosa, hace un año la operaron de las anginas y se les pasó la anestesia. Se convirtió en un vegetal y ahora, por lo menos, sonríe. Pachita la ha operado varias veces y ha mejorado mucho. .

Le pido a Dios y volteo y sigo sintiéndome no preparado. No me abren y sé la razón. A pesar de todo, insisto de nueva cuenta. Decido sentarme en el suelo para meditar.

Como siempre, comienzo la lucha; la única posibilidad es aceptarlo todo. Decidir que algo está mal y algo está bien es anteponer alguna estructura a la sabiduría interna. Me dejo libre y una negrura me invade. Poco a poco comienzan los pensamientos y en un descuido de mi tonal tomo un ligero tinte azulado y penetro en él.

Aparece la primera imagen, todo un procesamiento colosal transformado y decantado y purificado y manifestado y corregido y doy gracias por la maravilla.

Me invade una sensación de paz, toco los tentáculos de mi ser y en otro descuido me deslizo por uno de ellos en dirección a mi centro.

Ahora no sólo es paz, sino certeza. Estoy conmigo y con él y con todo y sé que sé.

Abro los ojos, me aproximo a la puerta y en ese instante, sincronísticamente me anuncian:

— ¡El Hermano quiere que pases!

CAPÍTULO II

EL ESPÍRITU SOBRE LA MATERIA

Una vez conocí una persona que vivía en el presente no por decisión ni por mandato. Tampoco por cuestiones ideológicas o por sostener cierta enseñanza. Simplemente le sucedían demasiadas cosas y no tenía tiempo para pensar en el pasado.

Sus facciones estaban en constante movimiento; gestos de asombro lo atravesaban a cada instante y parecía atender a mil cosas al mismo tiempo, como llamadas de seres que siempre lo asombraban.

Antes de iniciar este capítulo tuve que pedir permiso y al igual que mi amigo, comencé a ser invadido por cogniciones. La mayoría no las recuerdo; sólo sé que existe un momento en el que se atraviesa un umbral y lo que antes era oscuridad se ilumina con la luz.

Pero la luz también es capaz de engañar. He tenido, ahora recuerdo, miles de luces y cada una de ellas me fue abandonada y sirvió de catapulta para la siguiente hasta que apareció la verdadera. Pero he aquí una trampa mortal; no puedo decir verdadera cuando todo es real. Creo que lo único que podría afirmar es que cada quien

tiene la oportunidad de conectarse Con algo que está más de acuerdo con su naturaleza y que cumple los requisitos y las alternativas de la etapa en la que se vive y la sensación que se le estimula es la de la llanura.

Pero puesto que siempre se avanza (excepto si existe una atadura redundante), lo siguiente siempre es inimaginable. Así (por lo menos) me ha sucedido a mí innumerables veces. Creo que ya llegué Y siempre tengo la buenaventura de encontrarme con algo que me sobrepasa. Sin embargo, existe una plataforma que se conserva y que matiza. Hace años empecé a tener imágenes. Siempre nuevas, siempre originales y desconocidas. Creí que eso era y me vanaglorié de haber logrado la verdadera plenitud. Luego me di cuenta de que pensaba y que existía una pregunta que debía responder. Fui matizado por ella durante años y jamás me imagine que pudiera existir algo más imposible que responder y algo que incluyera más.

Me cuestioné acerca del origen de la experiencia y puesto que todo es experiencia me cuestioné (suponía yo) acerca del origen del todo.

Alguna vez entreví que podía existir algo más allá de la experiencia; pero confieso que me asusté. Lo que sí me sucedió es que terminé desconfiando de cualquier contestación. Arribé así a la conclusión del Ser como magnificente concentrador de toda la sabiduría y trascendente entidad por encima y más allá de cualquier consideración humanoide.

Sin embargo, la primera vez que perdí mi forma humana creí quedarme aun sin el Ser, más bien sin el Ser que yo había sentido como tal. La verdad es que me conecté con lo que externamente podía haber sido juzgado como cinismo, pero tuve la suerte de reconocerme como ilimitado.

Ahora sé que eso fue el antecedente de lo que me iba a suceder después de operar con Pachita. Los cuerpos, riñones, médulas, dedos, cerebelos, edificios, coches, plantas, se convirtieron en tentáculos de Dios, cosas sin importancia comparadas con la magnificencia del espíritu.

Me burlé de mi propio cuerpo como me he burlado de todo convencionalismo y estructura. Cerrar los ojos y estar allí despegado de mi cuerpo viéndolo, arreglando los asuntos que más me competen como Ser. Veo que todo se dirige a esa condición de ilimitada magnificencia y veo que todo me preparó para la revelación.

Hace años me introduje al cerebro creyendo encontrar en él las respuestas.

En mi infancia viví los motores eléctricos, los campos magnéticos y los radios como la esencia.

Después la física y mi interés por el cerebro (impulsado por un cáncer sufrido por mi madre) no fueron muy diferentes de mi asombro ante el movimiento de una bobina.

Ahora, a punto de penetrar en una habitación alumbrada por una vela y plagada de olores de estómagos descompuestos y entrañas podridas, algo en mí decidió que nada sería igual que antes.

Debo decir otra cosa, antes de relatar lo que viví.

Existe una lucha colosal entre la luz y la oscuridad. Las llamo así por no tener otros términos. Cada accidente es una prueba, cada caída una señal que una inteligencia inconmensurable manda a cada una de sus partes. Lástima que existen quejas, catarsis Y salidas superficiales. No permiten ver y antes bien se conectan en un circuito de retroalimentación del que no existe escape mientras se siga alimentando.

Una pequeña antesala, resguardada del cuarto de trabajo del Hermano por una cortina, me dio la bienvenida. Todo parecía muy natural, excepto la custodia de la entrada. Un muchacho preocupado impedía o facilitaba la entrada, dependiendo de las instrucciones del Hermano Cuauhtémoc. Descorrí la cortina y unos cuerpos envueltos en sábanas y acostados en el piso me saludaron como presencia del familiar y simultáneamente aterrorizante espectáculo. Después entendí que los operados recibían en ese cuarto la energía suficiente para cicatrizar las heridas y acomodar y equilibrar sus campos energéticos.

—Mi niño, acércate, llegaste en el tiempo preciso.

La voz del Hermano me recibió haciéndome sentir en familia, cuidado y bendecido.

Pachita se encontraba sentada en una silla junto a una cama de tablas, cubierta de un colchón de hule espuma con plástico encima. Sus ojos cerrados miraban a L, su ayudante durante seis años, siempre presente dos días a la semana. L. me saludó y me acomodó a su izquierda. Me arremangué la camisa y me preparé para recibir instrucciones. Junto a mí, un parapsicólogo argentino tomaba fotografías.

La imagen de mi primera entrevista con Don Lucio apareció. En Nepopualco la mesa de operaciones era un altar y los instrumentos eran huevos, palmas y agua purificada. Aquí los mismos manejos se hacían con un cuchillo de monte. Apareció una señora enferma del estómago.

—Hermanita linda, ¿qué te pasa?

—Tengo dolor, Hermano, no puedo vivir con él. Ayúdame en nombre del Padre.

—Así sea, mi hijita, acuéstese, mi preciosa.

Nos trajeron una sábana. Cada enfermo traía una, junto con una venda y unos broches.

Le desabrochamos la falda y L. pidió unos algodones secos. Los coloqué alrededor del estómago antes de poder pronunciar palabra alguna, el cuchillo de monte en manos del Hermano penetró en la carne.

Pedí a Dios no desmayarme Y supe que debía darle fuerzas a la hermanita. Le pregunté su nombre, le tome la mano y la consolé y acaricié mientras veía salir la sangre de una herida de 5 centímetros hecha por el cuchillo. La mano de Pachita auscultó el interior del vientre, pidió unas tijeras y cortó algo que produjo un olor fétido. En dos militos había concluido la operación. L. me indicó que pidiera un algodón empapado en alcohol y me ordenó que saturara.

— ¿Saturar?

—Rápido, satura la herida…

Supe que debía colocar el algodón sobre la herida y colocar mis manos sobre él, Lo hice y la herida cerró instantáneamente. Me dieron una venda y cubrí el vientre con ella.

La mujer reía y daba gracias; la levanté, sintiéndola sin peso, después de cubrirla con la sábana se la llevaron a descansar. La colocaron en el suelo sin queja alguna. Voltee a ver al Hermano y a L. y les dije que estaban con Dios. Sentí que había cerrado una herida, que el Hermano había manejado la materia como si fuese un juguete, que L. era un santo; me dije que esto era, que no existía límite, que Dios existía, que éramos dioses, que éramos, éramos.

Después, una fuerza me guió en 15 operaciones más; di cariño, di amor, inspirado por esas gentes, y curé.

¡Quiénes éramos! ¿Qué es lo que nos traspasaba?

¿Quién era el Hermano, quién pachita…? ¡Todo es posible!

A partir de esa primera intervención todo fue natural. Me sentí como en mi hogar el mismo que visito en mis meditaciones. Por primera vez no hubo diferencia alguna entre mi pensamiento y el mundo; por primera vez en mi vida, realmente hice algo.

No hay anestesia, no se suturan las heridas; apenas si hay dolor, los operados ríen mientras sus entrañas y su sangre nos bañan…

Me costó un año llegar al silencio. Cuando regresé de Tepoztlán por poco muero de la angustia. En ese pueblo mágico se leía el pensamiento y se hacía llover y en una ocasión vi al Tepozteco rebosante de energía mandar truenos al valle, en respuesta a una oración. En Tepoztlán hubo maravillas, pero no había silencio. Los pobladores gustaban lanzar cohetes en los momentos más significativos del día, las mujeres cazaban a los hombres como conejos. R. había comprado una jaula en la que encerró a dos pájaros. Los bautizó con mi nombre y el de O. y los observaba. Así nos vigilaba. S. lanzaba el oráculo y viajaba en vidas pasadas y P. veía platillos voladores. Don Lucio se comunicaba con el espíritu de los daños y con el señor de la luz; tampoco había límites, pero no existía el silencio.

Cuando escribía en Tepoztlán, lo hacía entre las posturas de yoga, sentado en un jardín, con un cuaderno al lado. En las noches dormía en el pórtico de mi casa viendo las estrellas; pero no había silencio.

Aquí entre el atronador sonido de la sangre y el susurro cuchillo penetrando los huesos, había silencio. El mismo silencio permitía volar hacia el infinito y trabajar n el lugar que más me gustaba; pero del que generalmente solo rememoraba la sensación placentera de haber estado.

Solamente una vez había podido seguir a mi conciencia durante sus viajes. Recuerdo haber visto gente y haber trabajado con ella en algún proyecto colosal. Aquí había silencio y era ese mismo lugar; pero en conciencia, en vigilia, despierto, conmigo, sin necesidad de recordar.

La segunda operación fue la de la niña sobreanestesiada. Le acaricié la cara, le besé sus ojitos dulces y le tomé la mano; le di todo, mientras el Hermano aplicaba su cuchillo en la parte posterior de la cabeza. Con un movimiento intenso penetró el cuero cabelludo mientras yo y L. dábamos energía. Abrió el hueso y de pronto un tejido fresco se materializó en la mano izquierda del Hermano. Con el cuchillo levantó la carne e introdujo ese tejido en el cráneo. Coloqué mis manos sobre un algodón mojado, lo apliqué y me ordené cerrar la herida. Como en la primera operación, la herida cerró instantáneamente.

En mis días de estudiante y después como psicofisiólogo pude observar el choque espinal. Basta cortar la médula espinal para dejar paralizada a una persona sin remedio y de por vida. Eso fue, al menos, lo que aprendí en esos días. Nos trajeron a un muchacho de 30 años en una silla de ruedas. En un accidente automovilístico su médula espinal recibió un impacto atroz y la corriente nerviosa proveniente de las áreas motoras corticales dejó de activar los músculos de las piernas. Parálisis de parte del tronco y de las extremidades inferiores fue el resultado.

—Acuéstate, mi niño precioso, mi amor, mi pobrecito angelito.

—Hermano, me operaron y me Pusieron dos barras de metal y no siento mis piernas, ni las puedo mover. ¡Ayúdame!

—Así sea, en el nombre del Padre.

La voz del Hermano era la de una madre y vi lágrimas en los ojos del muchacho.

Se acostó boca abajo; entre L. y yo descubrimos su espalda y la rodeamos de algodones.

El cuchillo penetró las vértebras y descubrió la médula espinal. El Hermano unió los extremos despedazados y pidió un injerto de hueso. Un ayudante le trajo un frasco de vidrio del que sacó un hueso y con el mango del cuchillo lo incrustó en la espalda. L, más precavido que yo, se cubrió con las manos. Yo fui salpicado de sangre y una gota roja en mi oreja quedó de testigo del portento.

Apliqué mis manos y la herida cerró y el muchacho comenzó a mover una pierna. Ligera pero segura, la conexión quedaba restablecida y sólo era cuestión de tiempo. Acaricié la pierna del operado y di gracias al Cielo.

Después trajeron a un viejito de 85 años. Obrero de una fábrica, no podía comer. Su esófago se había cerrado hacía meses y sólo se alimentaba de líquidos.

El Hermano lo hizo acostarse y pasó sus manos sobre el vientre del enfermo. Vio lo que tenía adentro y supo qué hacer. Abrió desde la garganta hasta el estómago e introdujo sus manos en el conducto esofágico. Lo despegó y lo dejó libre. Luego tomó el pene del enfermo e introdujo el cuchillo por el conducto urinario. Volteó a yerme y todavía con los ojos cerrados bromeó: ¡Aquí hacemos de todo!

Cerré la herida y el Hermano pidió un bolillo duro.

—Cómetelo, buen hombre, angelito de Dios, cómetelo. El viejito negó con la cabeza.

—Te digo que te lo comas, no seas terco.

Mordió el bolillo, lo masticó y después se lo tragó.

—Ya ves, hermanito, las obras del Padre no tienen límite.

El viejito reía y L. y yo nos abrazamos.

En mi vida anterior muchas veces me extrañé de adquirir fuerzas con el trabajo. En ocasiones podía escribir durante horas y cada vez sentirme más fresco en lugar de cansado. Pero el esfuerzo muscular me estaba negado. Quiero decir, que no sucedía lo mismo que con el pensamiento. Inclusive de joven me sucedía lo mismo. Viví en un Kibutz y en las noches, después de cosechar duraznos y acomodarlos en cajas, cargábamos camiones. Siempre acababa molido por el esfuerzo.

Aquí, con el Hermano, después de cargar a los enfermos, vendarlos y darles fuerzas, me sentía cada vez más energetizado. Pero el siguiente enfermito no requería esfuerzo muscular. Cuando lo vi empecé a sudar. Una niñita con trenzas alumbradas de moños, de ojitos curiosos, fue traída y colocada encima de una sábana. Miré a L. y luego al Hermano, encarnado en Pachita. Los tres empezamos a acariciar el cuerpecito blando y dulce de la criatura y a hablarle con palabras amorosas. El Hermano preguntó acerca de la enfermedad y el padre de la niñita habló de una parálisis y una rotura vertebral con sección medular. El Hermano nos pidió que rezáramos. Después, abrió la espalda de la criatura. Cuando recién la acostamos en la cama había llorado, pero ahora se calmó. El Hermano injertó un hueso, cerramos la herida y la dulce palomita empezó a reír y a mover sus piecesitos.

La besamos, acariciamos sus trenzas y se la devolvimos a su padre.

Todos reíamos y nos hacíamos bromas y nuestro Ser daba gracias por todo lo visto y hecho.

Alguien vino a decirle al Hermano que la mujer que necesitaba un injerto de vejiga había llegado. Pachita levantó los brazos y vi cómo algo se materializaba entre sus dedos.

—Es una vejiga, —me dijo, sabiendo lo profundo de mi asombro.

Una mujer joven entró al cuarto y se acostó. El Hermano hizo un corte extenso e introdujo una mano al interior de la herida. Localizó algo y me invitó a sentirlo. En la tarde de ese día me había cortado un dedo y temí infectar a la enferma o a mí mismo. Iba a decirlo y de pronto me pareció ridículo; introduje mi mano y sentí un conducto delgado.

—Toca bien, hermano Jacobo, y sentirás una piedrita en el conducto renal.

La sentí y en ese momento desapareció.

Esta niña está curada y no necesita vejiga —dijo el Hermano con su voz llena de certeza.

Voltee a ver la mesita junto al cuerpo de Pachita y me di cuenta que la vejiga había desaparecido.

—Hermano —pregunté—, ¿en dónde está la vejiga?

—Ay, dulce niño —me contestó—, si no se necesita, no se necesita y se va ella solita.

Cerré la herida y esperé el próximo enfermo. Una mujer entrada en años ocupó la cama.

— ¿Cómo está mi amor? —le preguntó el Hermano.

La mujer no contestó. Venía acompañada de su hijo y él dijo que su madre tenía cáncer.

—Bueno, mi niña, vamos a quitárselo con la ayuda del Señor.

El cáncer estaba localizado en las fosas nasales. El Hermano introdujo el cuchillo en una de ellas y empezó a raspar. Se tardó varios minutos mientras reconocía el interior de las cavernas y después con una sonrisa dijo: hecho está en el nombre de mi Padre. Terminamos a las 12 de la noche. Todos rodeamos al Hermano y pedimos su bendición.

Supe que después de cada jornada el Hermano atendía a sus ayudantes, les daba consejos y aclaraba sus dudas.

Al terminar y en un movimiento marcial, el Hermano levantó su brazo derecho y dijo:

—Me despido de ustedes, ¡vayan con Dios!

Hubo un momento de tensión; entre la salida del Hermano y la recuperación de Pachita pasaron unos segundos. El cuerpo de Pachita se desmayó en ese lapso y después se recuperó. Me miró extrañada y me preguntó que de dónde había yo salido Su conciencia era tan distinta que no recordaba haberme visto durante las operaciones.

—Me da mucho gusto verte, hermano Jacobo.

Cuando Pachita fue por primera vez a la casa donde yo la conocí le sucedieron muchos percances. Entre ellos, la pérdida de una de las casas en las que operaba. La dueña la habla corrido el mismo día en el que visitó la mansión donde me fue presentada. Había solicitado un nuevo lugar y puesto que nos habíamos conocido en aquella importante residencia, pensaba que yo podía interceder para conseguirla. Esa noche, momentos después de despedirse, el Hermano me había preguntado si yo pensaba ayudar. Le dije que lo haría en lo que pudiera, pero no pareció satisfecho.

Ahora, ya siendo Pachita, me confesó que no entendía a la gente importante que vivía en esa gran casa, rodeada de vigilancia policíaca precisamente por la importancia de sus habitantes.

—Son muy diferentes, Jacobo, me dan miedo tantos guaruras.

Yo sabía que era una prueba para Pachita. No debía pedir nada material, aun cuando no fuera para su beneficio, sino el de otros.

—Cuídate, Pachita, —le dije con énfasis—. Es una prueba y no debes dejarte.

La abracé y tomé su cabeza entrecana en mis brazos.

—Cuídate, hermanita linda, y gracias por dejarme ayudarte.

CAPÍTULO III

LOS DAÑOS

Lo había oído en boca de Don Lucio. La gente es envidiosa y hace trabajos. Los celos enredan el espíritu; la envidia provoca daños. Luego es necesario hallarlos y echarlos fuera.

— ¿Cómo? —pregunté a Don Lucio.

—Cuando el espíritu está enredado es necesario desenredarlo. Yo uso la palma y a veces algún seguro.

— ¿Seguro?

Los gallos rojos se tragan los daños; se hace un agujero enfrente de la casa y después de trabajar con El animal se le encierra allí. Los daños duermen la conciencia y l que no esté precavido se muere. Don Lucio parecía ver el enredo de los espíritus. Paraba al enfermo frente a él y empezaba a azotar el aire alrededor del cuerpo dañado. Una vez le pregunté si los veía. Me observó con ojos de incredulidad:

— iPues claro, Jacobo! Si no… ¿cómo fregaos?

En el altar de su casa Don Lucio guarda el corazón de su mesa. Después de practicar muchos meses la “psicometría psíquica”

se lo pedí para verlo. Recuerdo que dudó un instante y después se acercó a un pequeño recipiente colocado entre sus velas, retratos de santos y flores, y me dio una moneda.

— ¿A ver qué ve, Jacobo?

Lo tomé entre mis manos, me puse en silencio y dejé fluir las imágenes. Sentí un calor que me subió por todo el brazo y al poco tiempo apareció un palacio majestuoso flotando entre las nubes. Se lo dije y le pareció familiar. Me preguntó de qué color eran las columnas y me impulsó a penetrar a su interior. Allí vi a un hombre barbado cubierto con una túnica. También se lo dije y no me contestó nada. Al poco rato se me dijo que devolviera ese corazón de mesa y así lo hice.

Don Lucio me miraba atentamente. Las arrugas en forma de rayas, alrededor de sus ojos, parecían brillar…

Le ofrecí el paso a O. y después penetré en la antesala. Atravesamos la cortina y observé que el Hermano rodeaba a una mujer sentada en una silla a la mitad del cuarto. Había tensión y silencio. Estaban operando unos ojos y el Hermano, junto con L, parecían profundamente atentos. Nos pidieron hacer una cadena tomándonos de las manos y de pronto alguien vio a O. y dijo que no era lugar apropiado para niñas.

—Es peligroso —siguió diciendo—, ¡debe salir!

Iba a protestar cuando el Hermano contestó que no era niña; era mi mujer y bienvenida.

Acabamos y al soltar las manos de los demás las crucé en actitud de reposo.

—No cruces las manos —me dijo L. alarmado—. Es peligroso. Y además no te distraigas con nada. Aquí hay un bajo Astral y si te distraes te penetra.

Nos colocamos alrededor de la cama, yo con L. a mi derecha y el Hermano frente a nosotros, sentado en su silla.

—Muchachita linda, acércate a tu compañero —le dijo a O. con voz grave el Hermano.

O. se colocó a mi izquierda, pero por poco tiempo. El parapsicólogo argentino pidió permiso para acercarse a tomar fotos con flash. Las del otro día no salieron y quiero probar suerte de nuevo. Se llamaba P. y era enviado de un arzobispo argentino, mismo que preparaba su viaje para ser curado por el Hermano en un futuro cercano.

O. tomó los algodones y al poco rato desapareció. Había preferido ayudar con consuelos a los hermanos, antes y después de las operaciones.

Yo me sentía débil. Miré a L. y se lo dije. El Hermano me reconvino, diciéndome que había yo bajado la energía del lugar. Yo siento que hay baja energía. Lo siento, le dije a L. en un susurro. L. me preguntó que cómo lo sabía.

—Lo siento en mi cuerpo.

El hermano se me acercó y en voz baja me dijo que había un daño flotando. Parecía hablar con mucha precaución y cuidado. Después frotó las palmas de sus manos con el plástico de la cama. Todo alrededor de sus dedos se iluminó de un violeta eléctrico. Las pasaba muy lentamente, dejándolas resbalar por el plástico.

Eso no tiene nada de extraño, pensé para mí. Está creando una fuerza electrostática por frotamiento. Se desprenden electrones y fotones y los vemos. L. hizo lo mismo, con similar resultado.

Me incitaron a probar y por más que froté y froté no apareció nada. En verdad que sí es extraño. Además, no tengo energías, volví a pensar. Debo decirles que no puedo trabajar hoy.

Pero antes de poder abrir la boca habían traído a la primera enferma. Hablaba con una voz dulce y melodiosa. Parecía una niña y contó su historia.

—Fue un accidente —dijo con un tono suave—. Se me cortó la médula y luego me operaron. No puedo andar, ni controlar mis esfínteres y se redobla la espalda. Por eso uso este corset tan rígido.

Tanto el Hermano, como L. y yo la consolamos. Le quitamos el corset y el Hermano la empezó a palpar.

— ¿Le has puesto las pomadas, hijito? —preguntó al acompañante de la muchacha.

—Sí, Hermano —contestó un joyo con voz segura—. Yo iba manejando cuando chocamos y yo 1 cuido. Le he puesto todo lo que nos ha dicho.

—Bueno, mi amor, veo que todavía está débil. Vamos a esperar un poco y mientras tanto, sigue cuidando a esta muchachita preciosa.

Mientras la envolvíamos en su sábana, seguía yo sintiendo que algo andaba mal. Los ayudantes de Pachita se notaban nerviosos y de vez en cuando venían a pedir consejo. El Hermano nos volteó a ver y nos dijo:

— ¡No tuvimos huevos suficientes!

Por alguna razón, en ese instante sentí que la energía retornaba. Probé frotando las palmas de mis manos contra el plástico y la luminosidad fosforescente apareció sin esfuerzo.

En ese momento entró una seña que hablaba con acento extranjero.

—Hermano —le dijo—, aquí están los señores franceses. Vienen de Marsella. El tiene un problema de riñón.

— ¡Claro, hermanita linda, me acuerdo! ¿Trajo su trasplante?

—Sí, Hermano, sí lo trajo.

Pasó un señor de aspecto y conformación atlética, alto, de espaldas anchas, que hablaba un inglés con acento francés.

—Acuéstate, niñito lindo, acuéstate que nada va a pasarte.

Yo le tomé la mano y L. lo tranquilizó. Señaló el lugar enfermo y después de palparlo, el Hermano nos dijo que iba a ser muy fuerte.

Pedí algodones, hice un campo operatorio y sentí cómo penetraba el cuchillo. Unos huesos tronaron y la apertura más

grande que había visto fue abierta en el costado de ese hombre.

De vez en cuando éste lanzaba exclamaciones de dolor. El Hermano introdujo el riñón que el hombre había traído en una bolsa. Después abrió cerca de la médula y también curó. Yo cerré la herida y el hombre agradecido nos lanzaba miradas y trataba de tocarnos con las manos.

Su compañera, M., ya no quería vivir. Dolores intensos, mareos, náuseas la acompañaban día y noche.

Se acercó a la cama y se acostó en ella boca arriba. Parecía querer llorar. El Hermano le habló con palabras dulces. Yo le tomé la mano y mientras el cuchillo penetraba en su vientre, L. la acariciaba y consolaba.

— ¡Padrecito mío! —exclamó en un susurro el Hermano—. ¡Esto es cáncer!

Oí un corte de tejido interno y el Hermano me tomó de la mano y me hizo sostener un pedazo de intestino.

—Que no se te resbale, hermano Jacobo. Ahora, introduce tu dedo por él.

Tomé aquel tejido en forma de tubo y mientras lo sostenía, el Hermano sacaba algo de aspecto macabro y olor fétido.

—Quiero agua caliente y bálsamo, ordenó el Hermano a sus ayudantes.

El bálsamo fue vertido en la cavidad abierta y por fin el intestino que yo sostenía fue colocado en su lugar.

—Satura, hermano Jacobo, rápido, satura. Coloqué mis manos sobre la herida y se cerró inmediatamente. M. parecía revivida.

—Los quiero a todos —decía en inglés—. Los amo. ¡Dios los bendiga! El amor es todo. Los quiero, los quiero. ¡Dios los bendiga...!

Pachita no entendía nada y de pronto empezó a hablar en náhuatl. Su discurso fue melodioso y lleno de entonaciones dulces.

— ¡Si ella habla en algo que no se entiende, yo también puedo hacerlo! ¿No?

Todos nos reímos y besamos las manos de M. y nos despedimos mientras ella seguía hablando del amor, de Dios y de bendiciones.

O. me contó que a la salida los ojos de M. habían cambiado. Bendecía a todos y, por fin, después de muchos años, tenía la vida y el deseo de vivirla.

En un ambiente de fiesta trajeron a una mujer de mediana edad. Hermano —dijo con voz suplicante—, mi cabeza me duele día y noche desde hace dos años. Cúrame, Hermano, y que Dios te bendiga.

—Tus mismas palabras son para ti —contestó el Hermano—. Acuéstate, mi niña preciosa, y ya verás que todos tus males desaparecerán.

La acostamos boca abajo y después de palpar su cabeza, el, Hermano diagnosticó un tumor en el cerebelo.

—Necesito la sierra.

La mujer chillaba y se retorcía mientras la mano de Pachita cortaba su cuero cabelludo y su hueso. Pedía morir, la pobre mujer, mientras se oía el sonido de la sierra abriendo su cráneo. Por fin el tumor fue extraído y con él cesaron los gritos de la mujer. Yo sentí que su dolor era, en parte, no completamente aliviado por nuestra culpa. Mientras la operábamos seguía parte de nuestro ser con M. No dije nada y saturé. Todo había resultado bien y la mujer no podía creer la ausencia de dolor.

De pronto, L. me advirtió en tono preocupado.

Los que siguen son daños materializados. No te distraigas ni por un segundo. No cruces tus brazos, no mires a otro lado.

P. había permanecido junto a mí, sacando fotos con su flash y encegueciéndonos. Le pedimos que no lo hiciera, para contrarrestar lo que siguiera.

Una mujer, de alrededor de 45 años, baja de estatura y cara dulce aunque surcada de arrugas de tensión, se acercó al Hermano.

— ¿Qué te pasa, mi palomita linda?

—Ay, Hermano, siento algo en la nuca que me duele. Siento que se mueve y no puedo acostarme boca arriba. He ido a ver a médicos y ellos me han mandado con psiquiatras porque dicen que son nervios. Me han dado medicinas y curaciones y no encuentran nada.

— ¿Cómo van a encontrar algo?—dijo súbitamente L. —Si ha tenido usted suerte de que no la enviaran a un manicomio.

— ¿Hace cuánto tiempo que sientes eso, mi niña?

— ¡Hace 12 años!

— ¡Dios santo! —Exclamé involuntariamente—. ¡Doce años!

— ¿Tienes alguna enemistad? —pregunté yo.

—Pues cuando nos casamos, había gente con envidia. Pero después, nada.

—Bueno, vamos a ver —dijo el Hermano—, acuéstese mi hermosa.

—Pero no puedo, me duele mucho.

—Acuéstese mi niña. Ya sé que duele, pero vinieron desde El Paso y no para nada. Ándele, acuéstese, mi amor.

Volteé a pedir un algodón y L. me golpeó con su codo.

— ¡Que no te distraigas, carajo, esto es muy peligroso! Tú vas a ayudar a sacar el daño.

— ¿Y cómo se hace eso?

—Tú fíjate y no pierdas detalle de lo que pase.

Con un movimiento rápido, el Hermano cortó la piel y con las tijeras seccionó todo el pedazo. Con el cuchillo levantó el cuero cabelludo y empezó a raspar el cráneo.

—Tiene que salir con todo y raíces y está muy duro —dijo el Hermano.

Después de un esfuerzo tremendo, algo salió por debajo de la piel; una masa oscura, con salientes largas.

Yo estaba muy enojado y empecé a mandarle maldiciones a aquella entidad que durante doce años había martirizado a un ser humano. Un ayudante se acercó con un papel negro y el Hermano introdujo eso allí y fue retirado después de ser encerrado.

—Ya salió, hermanita. Se acabaron tus males —le dijo el Hermano a la señora.

Yo empecé a hablar y de nuevo L. me reconvino.

—No creas que acabó el peligro. Ahora recién empieza. El daño está herido y va a penetrar en quien se distraiga.

Creo que nunca he puesto más atención a cada movimiento, ruido, susurro… Saturé. L. vendó la cabeza.

— ¿Qué era eso? —pregunté.

—Dentro de 24 horas adquirirá forma y lo sabremos, me contestó L.

— ¿Es un animal?

—Sí, y empezará a moverse dentro del papel negro.

En ese momento recordé que al verlo recién extraído, noté un palpitar ligero en la masa oscura y con “patas”.

—Es un daño materializado —dijo el Hermano—, y oremos porque ya no dé lata.

Todos rezamos y me di cuenta que alrededor nuestro todos los ayudantes habíanse tomado de las manos, haciendo cadena de protección.

—Que pase el hermanito que sigue…

Era el esposo de la mujer del daño. Un hombre recio, vestido de tejano, con sombrero de vaquero y botas altas.

—Aquí estoy, pues.

— ¿Y qué le pasa, hermanito?

—Pues a mí nada. Nunca he sentido dolores; pero desde hace 12 años nada me sale bien.

Acuéstese, mi hombre, que algo trae usted en el estómago.

El gigante de El Paso ocupaba toda la cama. Le abrimos la chaqueta y pedí algodones para limitar un campo.

Hagan cadena, mis pequeños, que éste también trae daño dijo con dulzura el Hermano.

La gente que había visto operar siempre se quejaba en el momento en que el cuchillo atravesaba su cuerpo. Este hombre, sin embargo, no se quejó ni un instante. El Hermano abrió 20 centímetros de vientre y comenzó a indagar en el interior del mismo. Se volvió a yerme y me dijo que yo sacaría el daño.

— ¿Yo?

—A ver, hermano Jacobo, présteme su mano y métala aquí.

Obedecí y de pronto sentí lo que parecía ser un cordel enredado. Lo tomé fuertemente y oí al Hermano decir que no lo soltara, que si se me escapaba allí terminaba todo. Me aferré a cosa y empecé a jalarla mientras el hermano seguía cortando el cuchillo.

Por fin algo parecido a una cuerda enredada alrededor de una masa compacta salió del vientre. La coloqué otro papel negro, lanzándole todas las maldiciones que podía y se lo llevaron. Habían hecho una cadena alrededor nuestro Saturé, vendé y se llevaron al gigante a reposar.

No había lanzado una sola queja y después, cuando O. y yo llevamos a la pareja a su hotel, tampoco lo hizo.

Su constitución le había quitado dolores y ahora lo protegía n contra de cualquier debilidad.

El cuerpo de Pachita se levantó de su silla y se encaró con un hombre que recién habían traído. Tomó una palma idéntica a la de n Lucio y lo limpió con ella. Su fuerza era inconcebible. Después de la palma, cargó al hombre en vilo y dijo que ya estaba listo. Se sentó en una silla y nos dijo que estaba listo para contestar preguntas. Algunos preguntaron y otros callaron. Habló acerca de los exorcismos que algunos sacerdotes hacían y del peligro de usar Cruces o imágenes que habían estado en contacto con exorcizados.

Yo pregunté acerca de la oscuridad y me consoló. Al final levantó su brazo derecho y se despidió. L. me pidió atención.

— ¡Este es el momento —dijo—, en que el bajo Astral puede penetrar al cuerpo de Pachita! Ya nos sucedió antes y un día por poco se muere.

Mandé toda mi energía a esa mujer santa, junto con todos los demás, y no pasó nada. Sólo una pequeña sacudida de hombros y después la sonrisa humilde y cariñosa de Pachita para todos nosotros.

Pancho (así le empezamos a decir al parapsicólogo) llegó en ese momento muy asustado, a decir que de los dos rollos que había sacado, el último se le había enredado dentro de la cámara.

—Eso es por tu gula —le dije yo palmeándole la espalda— ¡Con un rollo era suficiente!

Cuando operábamos a M. Pancho había sentido que una voz le explicaba todo.

—Es un campo de energía —me dijo de pronto—. Las células están resguardadas por una matriz energética y el Hermano maneja directamente esa matriz.

Salimos a tomar el fresco.

Minutos antes la mamá de la niña sobreanestesiada le había venido a decir a Pachita que su hija estaba mucho mejor, después de la operación del miércoles anterior. (Véase el Capítulo II)

Encontré a O. transformado. Había consolado a los enfermos y oído todas sus historias.

L. se despidió de nosotros. Nos explicó que esa noche habría una lucha entre el Hermano y las entidades que vendrían a reclamar los daños extraídos.

—Alguna vez te tocará participar en una de esas luchas, Jacobo.

O. me tomó del brazo y nos fuimos a casa después de dejar a la pareja de ex—dañados en su hotel.

CAPÍTULO IV

EL SÉPTIMO DÍA DEL SÉPTIMO MES

Pasaron a la primera persona. Era una señora americana muy delgada. Sufría cáncer abdominal. Se acercó a la mesa rápidamente. Fue tal la frialdad con que lo hizo y la seguridad con que se quitó los pantalones y se acostó en la mesa, que todos nos sentirnos asombrados.

Yo le traducía las observaciones del Hermano y hacía lo propio con los de la enferma.

—A ver mi niña valerosa, vamos a ver qué tiene usted aquí.

El Hermano se refería a una bolsa de plástico que unida a los órganos internos servía de receptáculo para la orina.

Con un movimiento rápido, la mano de Pachita introdujo el cuchillo de monte e hizo una incisión de 20 centímetros en el abdomen. Pedí un algodón empapado en alcohol en el que el hermano colocó dos trozos largos de tejido. Deben ser intestinos, pensé para mí.

Cortó algo y después introdujo el primer pedazo. La enferma se quejaba y me apretaba fuertemente la mano.

Después de acomodar el primero, introdujo el segundo tejido.

— ¡Satura hermano Jacobo!

Pedí un algodón mojado, coloqué mis manos sobre ella y la herida se cerró inmediatamente.

—Listo —le dije a la operada en inglés—. ¡Se acabó el cáncer y las molestias!

—Gracias a Dios —me contestó y me pidió que quitáramos la bolsa de plástico.

Le traduje la petición al hermano y él se negó a hacerlo.

—Dile —me dijo—, que vaya al lugar en el que se la pusieron y pida allí que se la quiten.

—Pero no van a querer —me contestó la señora—. Yo los conozco y se van a negar.

—Cuando vean que estás curada lo harán —le dije yo. La vendé, envolví en una sábana y A. junto con otro ayudante del hermano, se la llevaron cargando.

—Reposa las siguientes 72 horas y cuídate —le alcancé a decir mientras se alejaba.

La segunda operación era un caso de suprarrenales enfermas. Una mujer de mediana edad, voz aguda y acompañada de su esposo se acercó al hermano.

—Hermanito —le dijo con voz nerviosa—, tengo mucho miedo y estoy demasiado inquieta.

Pachita la reconoció y le dijo que estaba a punto de tener un paro cardíaco por los nervios.

—Así no te puedo operar mi muchachita linda. Qué tal si algo pasa y nos llevan a todos a la cárcel y tú te nos vas.

—Entonces no es seguro ¿verdad?

—Pues si no te calmas, sí puede pasar algo grave, mi cariñosa niña.

En ese instante la voz del hermano me traspasó. Por alguna razón la había sentido siempre muy natural, pero en ese momento la percibí como proveniente de ultratumba. Era grave y directa, penetrante y profunda.

—Bueno —dijo la mujer—, trataré de calmarme.

—Así está bien mi niña. Ahora acuéstate.

A punto de hacerlo, la mujer se levantó domo impulsada por un resorte.

—Me va a doler ¿verdad? No, mejor me voy.

En ese momento su esposo pidió permiso de intervenir y le dio un regaño descomunal.

—Si no te calmas —le gritó con voz tronante—, no te vas a curar. El hermano movió su cabeza de un lado a otro y dijo:

—…vaya matrimonio; con razón, ¡con razón!...

A mí me pareció extraño el suceso. En la primera operación un acompañante de la señora americana había solicitado permiso para tomar fotos durante la operación.

El hermano le había dicho que la única que podría autorizarlo era la enferma. Esta había accedido y el acompañante (creo que era su esposo) se dispuso a tomar fotos como si se tratara de un circo. El hermano se acercó a mí y en un susurro me dijo:…”¡al fin no salen!”...

Ahora el esposo de esta mujer la trataba como un material de desecho. Así ha sido este día, pensé, a todos nos han tratado así.

Por fin, la mujer se acostó y por poco me fracturó los huesos de mi mano al apretármela. Mientras el cuchillo cortaba su carne seguía preguntando si saldría bien.

A. le pidió que rezara y lo empezó a hacer con tal intensidad que inclusive el esposo la felicitó. Yo le acariciaba su cabeza tratando de disminuir el dolor. Por fin, el hermano terminó. Había trasformado algo en el interior de la mujer sin que eso afectara en lo más mínimo su carácter. Después de vendarla no me quería soltar la mano y me pedía que no la dejara sola.

—Tengo miedo —me decía entre sollozos agradecidos—, por favor no me dejes.

Por fin la convencimos de que todo estaba bien. Me acerqué a A. y sin poder reprimirme le dije:

— ¡Qué mujercita tan chiqueada!

—Esos no son chiqueos —me contestó muy serio—, eso es ¡pecado!

Después trajeron a un niño de unos ocho años. Lloraba sin poder contenerse. Quería decir algo pero era absolutamente ininteligible.

Era una operación de cerebro. Yo le sostuve la cabeza mientras A. y Z. forcejeaban, intentando mantener quieto su cuerpo. El hermano introdujo el cuchillo y abrió el cuero cabelludo. Después perforó el hueso con la punta y con movimientos rítmicos localizó la zona enferma y la perforó. A mí me era casi imposible sostener la cabeza quieta. Por fin todo terminó, saturé y A. vendó. Agotado, me senté en el filo de la mesa y observé el cuerpo de Pachita. No mostraba ninguna señal de cansancio.

El siguiente enfermo era un niño, púber, obeso y sumamente inquieto. Fue imposible convencerlo para que se acostara. Tras diez minutos de intentos fallidos nos dimos por vencidos.

Después de un rato entró una enferma. Me acordé de ella y de la receta que se le había dado. En ella se le pedía que trajera un intestino fresco de cadáver humano, de 30 centímetros de longitud. Se acostó boca arriba y el hermano abrió su abdomen y después de reconocer su interior me pidió le sostuviera un extremo del intestino mientras injertaba el otro lenta, pero confiadamente. Después de introducirlo, lo acomodó y me pidió que saturase. La operada venía acompañada de su esposo, que también pidió permiso para tomar fotos. El hermano le dijo que el permiso debía otorgarlo la persona operada.

—Esta gente —dijo el hermano—, manejan su curiosidad antes que sus sentimientos.

Descansábamos después de esta operación cuando alguien llamó a Z. Un momento después A. se acercó al hermano y le dijo que el esposo de la americana no quería pagar el intestino, pues decía que era falso, que se lo hubiesen injertado a su esposa. Dice que puesto que no se utilizó no tiene por qué pagarlo.

—Déjalo, hermano A. —dijo el hermano—, son gente sin sentimientos, pero él no tiene la culpa —añadió—, es su cultura.

Yo no lo podía creer.

—Es una barbaridad —dije en voz alta—, es increíble que tal frialdad exista. Ese señor actúa como si estuviese en un supermercado, es increíble…

Todos volteamos a ver una presencia colosal. Una señora gigantesca y gordísima se aproximó a la mesa de operaciones.

También era americana y sus riñones habían dejado de funcionar. Sin una queja, sin lanzar exclamación alguna, se acostó y no pestañeó cuando el cuchillo penetró su costado.

—Es usted muy valiente —le dije después de vendarla.

Cuatro personas la cargaron y tambaleándose la llevaron a reposar. Habíamos terminado la sesión. Yo pedí alcohol para limpiarme mis manos y Pachita se sentó junto al altar del recinto.

—Muy bien, mis niños, muy bien estuvo hoy.

A., el hijo de Pachita y la hija de esta última, se acercaron al hermano.

—Estamos preocupados —dijeron casi al unísono—. Hemos oído que tu carne morirá en diciembre y queremos saber si eso es cierto.

—No, mis niños, no se preocupen. En el pecho de mi carne no hay corazón como el de los hombres. Mi carne no es carne y mis venas tampoco. Todavía queda mucho por hacer y el Padre no se la llevará pronto. Dos veces antes se la ha querido llevar, pero yo he pedido que la deje un tiempo más y él ha accedido.

—Lo único que no funciona de mi carne son los ojos. Les doy permiso que la lleven a revisar, que la curen de todo mal pero no encontrarán ninguno, sin embargo, así se calmarán mis niños.

—Yo sé quién morirá de aquí y cuándo. Sé cuantos días tiene todo aquel que me viene a visitar. Conozco los designios del magnífico y a mi carne no se la llevará pronto.

—Hermanos —dijo dirigiéndose a todos—, me despido de ustedes. Quien quiera preguntar que pregunte.

El cuerpo de Pachita levantó su brazo derecho y después lo bajó. A. abrió sus palmas y las dirigió hacia el cuerpo de la mujer dándole protección. Lo mismo hicimos los demás.

Esperamos unos segundos y nos dimos cuenta que algo muy extraño acontecía.

De pronto, el cuerpo de la Santa pareció revivir. Pero todavía no era Pachita. El hermano o alguien parecido a él comenzó a hablar por boca de Pachita.

—A ti te digo —comenzó dirigiéndose a mí.

— ¿A mí?

—Si, a ti te digo que va bien, que tu pluma de oro siga escribiendo la verdad de lo que ves aquí.

—A nadie pidas opinión de tus papiros y continúa la obra que empezaste.

—Yo te digo —continuaba cada vez más emocionado—, que tú fuiste apóstol en aquellos tiempos y que es gracia del Padre que nuestros caminos se hayan cruzado.

En ese momento sentí lo más extraordinario que he experimentado en toda mi vida. Un flujo energético luminoso me llenó y vi luz alrededor del cuerpo de Pachita. Todo mi ser se sintió elevado a un plano de conciencia iluminada y en un movimiento incontenible me acerqué a la Santa y le besé la mano.

—Tú —continuó diciéndome—, fuiste Andrés, mi primer apóstol, mi escribano.

—Ve y di a todo el mundo que la nueva era está por llegar, anuncia a los cuatro vientos la venida del Mesías y sabe que eres testigo y vivirás en la Nueva Jerusalém.

—Anúncialo con tu pluma de oro y no dudes más.

Dios mío, pensé, yo tuve en Tepoztlán, un día, una imagen de mí mismo en el Templo mismo de Jerusalém en el año 30. Supe que era yo el que vivía en esa época. Sentados en el altar, unos ancianos conversaban entre sí y hablaban de lo más alto y de lo más profundo.

En esa época de mi vida en Tepoztlán, un grupo de gente y yo, estudiábamos la técnica que denominamos Análisis Reencarnacional. En una sesión experimental me había lanzado en busca de mi propia identidad y me había visto a mí mismo en Jerusalém en el año 30. En otra ocasión y también en Tepoztlán, había tenido la imagen de una crucifixión. Ahora se me confirmaba una vida anterior.

—También te digo —continuó diciéndome aquel espíritu—, que pronto encontrarás al hermano que tanto has buscado.

Dios mío, también era cierto. Durante años he buscado a alguien sin saber a quién. Todos mis trabajos y mis libros eran la transmisión de una enseñanza localizada en mi interior y plasmada allí por alguien a quien yo buscaba encontrar de nueva cuenta.

Mi espíritu había sufrido golpes que lo habían alejado de la fe. Luchando en contra de estructuras y solamente deseando estar con Dios, me había enfrentado con gente egoísta y había sentido la maldad y poco a poco había olvidado.

Yo, que luchaba en contra de todo lo que no fuera libre de espíritu, también había caído y ahora sentía que mi fuerza no era suficiente. Iba a decirle al espíritu que yo no era nadie, que yo no tenía la misma luz que antes, que no me lo merecía, cuando el cuerpo de Pachita levantó el brazo derecho y casi a punto de despedirse de nuevo me hizo la última pregunta.

— ¿Qué es lo que deseas?
— ¡Quiero luz! —dijo tronando las palabras.
— ¡Quiero que haya LUZ!
— ¡Así sea!

Con el brazo en ato, el espíritu se despidió de todos.

El cuerpo de Pachita entró en un espasmo y tanto A. como yo la protegimos con nuestras palmas.

Por fin, Pachita se recuperó. Pidió líquido balsámico y se enjuagó frente y cuello. Noté que sus manos no tenían trazas de sangre, mientras que las mías estaban completamente rojas a pesar de habérmela enjuagado con alcohol. Todos pedimos bálsamo y nos frotamos con él.

Don Lucio también utilizaba un líquido parecido para sus limpias. El tomaba dos huevos y después de pasarlos por el cuerpo de la persona que solicitaba la limpia, los vertía en sendos vasos de agua. Esa práctica también la utilizaba Pachita, lo mismo que el líquido balsámico.

En verdad, pensé el Shamanismo en México es toda una institución. Me acerqué a abrazar a Pachita la que al verme dijo:

—Hola, Jacobo ¡que bueno que estás aquí!

Yo no podía pronunciar palabra alguna. Sostuve su cabeza entre mis manos por uno o dos minutos. Pachita parecía disfrutar de mi cariño pero súbitamente se rió y bromeó:

—Bueno, pues ¿que te pasa, hombre? Pareces de palo, que no te mueves ni me dejas moverme.

La solté y me di cuenta que mi emoción sólo era compartida por A. Z., M. y los otros ayudantes estaban sentados en la cama de operaciones y bromeaban entre sí.

Estuve a punto de decirles que todos sus actos, sus de fe, sus presencias de fe, quedarían escritas hasta la eternidad, pero me contuve.

—Qué me pasa —me dije a mí mismo—. Eso es demasiado melodramático.

Al poco rato me despedí. Pachita platicaba con su hija y ambas se sonreían.

—Hoy es el séptimo día del séptimo mes —les dije a todos…y me fui.

CAPÍTULO V

LA UNIDAD

Me despierto en la mañana y una mosca agujera mi Campo Neuronal. Desorganizado, utilizo una táctica para llenar el hueco. Sufro una ligera tensión y el perro del vecino ladra y se queja y todo porque una mosca agujeró mi Campo Neuronal. En realidad, ese perro, la mosca y yo, somos uno, me digo al recuperarme. El perro ladra cuando me pongo nervioso, mi mano se mueve cuando le mando una orden. Mi mano y mi cuerpo forman una unidad lo mismo que el perro y el agujero en mi Campo.

Cuando Pachita opera, ella, el hermano y el enfermo forman una unidad. En realidad Pachita se opera a sí misma cuando injerta un riñón, se atraviesa a sí misma cuando utiliza su cuchillo de monte...

El 12 de julio llegué a las 7:30 p.m. Oí que el paciente número 33 esperaba su turno. 60 personas estaban en lista para consulta y 16 para operarse. Había tanta gente dentro del recinto que tuve que

esperar 30 minutos hasta poder entrar. Rogué que el Dr. M. no estuviese y en ese momento lo vi salir a fumarse un cigarro y tirarlo al suelo mojado del patio.

— ¿Por qué le tengo tanta aversión? —me pregunté—, seguramente es una prueba para medir mi capacidad de amar.

Z. apareció en la puerta y me invitó a pasar. El hermano estaba platicando con alguien. Sentí la energía del recinto y me quedé parado junto a la cortina.

Si había un caso de ojos, siempre se le daba preferencia y ese día no fue la excepción. Cuatro enfermos de los ojos iban a ser tratados en esa ocasión.

Colocaron una silla blanca junto a la cama de operaciones y el Dr. M. se colocó al lado izquierdo del hermano mientras el Lic. y. a la derecha. Este último era el encargado del cuchillo. El lo limpiaba, sostenía y se lo ofrecía al hermano cada vez que éste lo solicitaba.

Siéntate, mi hermoso niño —le dio la bienvenida el hermano a un hombre de 35 años completamente miope.

— ¿Qué tiene mi muchachito?

El hombre no sabía de la existencia del hermano.

— ¡Pachita! —le dijo con voz de ruego—, casi no puedo ver, ¿podrías ayudarme?

El hermano tomó el cuchillo y colocó su punta en el ojo izquierdo del hombre. Mientras raspaba y penetraba en el globo ocular, preguntaba acerca de la visión del enfermo.

— ¿Ves mejor, mi cariñoso niño?

—Un poquito, un poquito, Pachita.

El cuchillo había penetrado los ojos sin una exclamación de dolor por parte del hombre.

Era impresionante ver la delicadeza de los ojos y la penetración de aquel cuchillo de monte en los mismos. “Realmente ese cuchillo no es lo que aparenta —pensé en ese momento—, inclusive ni siquiera sería necesario utilizarlo”.

—Tome usted esos algodones —le dijo el Dr. M. al hombre al finalizar la operación—. Colóqueselos encima de los ojos y salga con la cabeza hacia atrás.

—Pasa, mi cariñoso hermano —le dijo el hermano al siguiente paciente.

Otro hombre, guiado por dos acompañantes fue conducido al lado del hermano.

—En nombre de mi padre, yo te saludo.

—En el mismo nombre yo te respondo —le contestó el hermano—. ¿Qué tienes?

—No veo casi nada, hermano. Mi ojo izquierdo ya no existe y el derecho está opaco, sin luz.

—Bueno, siéntate mi cariñoso y vamos a ver qué podemos hacer.

La mano del hermano pidió el cuchillo. Introdujo la punta a la orbita izquierda ante las protestas del paciente.

— ¡Pero allí no hay ojo, hermanito!

—Mira mi niño, la ausencia de ojo hace que el sano no pueda ver. Vamos primero a cerrar completamente el izquierdo y eso arreglará la poca visión del derecho.

El hermano introdujo cinco centímetros de cuchillo en el ojo izquierdo y con movimientos laterales y firmes, cortó. Después pidió una lámpara de mano y la acercó al ojo derecho. Me asombré de ver una completa ausencia de sangre después de la terrible herida provocada por la introducción del cuchillo en el lado izquierdo.

— ¿Que ves, mi cariñoso?

—Veo luz —contestó el hombre.

—Sí, bueno, ¿pero que más ves?

—Veo unas sombras, pero sin detalle —volvió a contestar el paciente

—Vamos a ver, mi cariñoso, vamos a ver

La mano del hermano arremetió con el ojo derecho. La punta del cuchillo fue introducida y girada varias veces.

— ¿Ahora qué ves?

—Veo mejor, hermano, en verdad, alcanzo a distinguir más detalles.

—Váyase mi buen hombre y cuídese ese ojo. Regrese dentro de 30 días para otra operación.

Como antes, los ojos fueron cubiertos con algodones, el hombre se alejó guiado por sus acompañantes.

El tercer paciente fue un anciano de pelo completamente cano.

—Siéntese, mi cariñoso niño —le dijo el hermano ofreciéndole la silla—. ¿Qué le pasa a mi muchachito?

—Mis ojos están llenos de lágrimas y nunca veo nada claro.

—Eso lo vamos a componer en un momento, mi hermoso niño, ya no se preocupe más.

De nuevo, el cuchillo fue introducido, pero ahora el movimiento parecía raspar la superficie vidriosa del tejido ocular externo.

Una lámpara de mano fue encendida y el hombre sonrió ampliamente.

—Ahora veo mucho mejor —dijo.

En el recinto de operaciones nunca se encendía luz eléctrica. Una ventana situada al lado de la cama de operaciones siempre permanecía cubierta con una sábana rayada, evitando que el patio fuera visible desde adentro y el recinto desde afuera.

El lado izquierdo del recinto estaba dedicado a los altares, flores, velas y veladoras, rodeadas de figuras de Cuauhtémoc y colocadas en escalones. Cristo se resguardaba con una cortina de tela que se cerraba al iniciar las operaciones y se abría durante las consultas.

La única luz del recinto era una veladora encendida en ese altar.

El último paciente de ojos, de esa noche, fue un señor vestido en forma muy elegante.

—Hermano —dijo con voz clara—, tengo un tumor hipofisiario que me presiona el nervio óptico. Cada día pierdo más la vista. Últimamente toda la parte derecha está a oscuras. Mi ojo izquierdo ve bien, pero el derecho tiene una sombra del lado derecho. Los médicos dicen que pronto perderé completamente la vista.

—Vamos a ver, mi muchachito, vamos a ver qué podemos hacer.

Unos algodones fueron colocados sobre los ojos. El ojo derecho quedó parcialmente descubierto en su parte derecha y en ella el hermano operó.

Era un caso de acromegalía y lo que estaba mal era la hipófisis y no el ojo, pensé en ese momento. Seguramente al introducir el cuchillo al ojo hará algo sobre la hipófisis o no habrá mejoría.

Después de maniobrar con el cuchillo, de nuevo fue encendida la lámpara de mano y alumbrada la punta derecha del ojo derecho.

El hombre no lo podía creer.

—Veo, hermano, la sombra ha desaparecido completamente.

Todos descansamos mientras el paciente salía, y yo me acomodé en mi lugar frente al hermano, en la cama de operaciones. Z. permaneció a mi lado y el Dr. M. al lado del hermano. Z. parecía triste. Le pregunté y me contestó que habían corrido a los empleados de la fábrica en la que él trabajaba y tenía pena por ellos.

El hermano se había sentado en su silla y platicaba con A.

Había un ligero cambio en el tono de su voz. El hermano parecía enojado o molesto. Me acerqué y en un susurro me dijo:

—Veo que has dejado tu investidura afuera y que me has entregado tu corazón.

Me quedé atónito, era cierto que había empezado a amar a Pachita y a respetar al hermano, que sentía que me habían devuelto mi fe y aceptado y mostrado lo ilimitado sin pedirme que dejara mi cuerpo, pero, ¿de qué investidura hablaba?

Al penetrar al recinto, yo siempre sufría un cambio. Me sentía relajado y atento, experimentaba un contacto con lo divino y respetaba y amaba la labor y la obra que allí se realizaba. El hermano me conectaba con lo familiar y lo humano y todos mis conocimientos y habilidades se subordinaban a su ayuda. Eso quería decir ¿¡Dejar afuera mi investidura!?...

No lo supe, ni me imaginé, que esa noche iba a ver lo inimaginable y al mismo tiempo iba a recibir una humillación terrible. No sabía que un día después de esa noche, iba a sufrir el verdadero temor a Jehová y que mi pensamiento iba a desaparecer para dejaren su lugar una angustia y un vacío totales.

Tranquilicé a Z. y traté de no poner atención la tensión que el Dr. M. acostumbraba crear y me preparé para el primer paciente.

Entró un joven vestido de traje y corbata acompañado de su esposa. Le pregunté su nombre y le pedí me tomara de la mano y la apretara en caso de sentir dolor y de pronto me di cuenta que era completamente sordo. Su esposa habló por él confirmando mi observación.

—Fausto nació —dijo con voz nerviosa—, con sordera congénita de un oído y hace un año perdió el otro. Ahora no oye nada.

—Acuéstese, mi cariñoso —le indicó el hermano con sus manos.

Lo tomé de SU cabeza mientras el hermano introducía el cuchillo en el oído izquierdo. Parecía buscar algo moviendo y girando el cuchillo. Por fin con un tono de triunfo dijo:

—Aquí está, encontré el caracol.

Obviamente se refería a la coclea en el oído interno. Observé la penetración del cuchillo y calculé la distancia de la coclea al oído externo y verifiqué que coincidían.

No me pregunté si el tímpano había sido atravesado / la cadena de huesesillos del oído medio traspasada. El hermano es capaz de llegar a la coclea directamente y sin hacer daño en el camino, confié. El cuchillo parecía maniobrar dentro del caracol. El enfermo vibraba por el dolor y casi sobrepasaba mi esfuerzo por

sostener quieta su cabeza. Por fin, el cuchillo dejó de moverse y el hermano acercó su boca al oído y le gritó;

— ¿Fausto, me oyes?...Fausto…

El operado no contestó y de nuevo.

— ¿…Fausto, me oyes?

El hermano volteó en dirección de la esposa y le solicitó hablara con su marido. Con una lámpara de mano alumbrando su boca hizo que Fausto leyera sus labios:

—Si te duele, dilo, si oyes algo, dinos.

El hermano siguió maniobrando con su cuchillo y al poco rato dijo querer probar con el otro oído. Voltee la cabeza y la maniobra de introducción y búsqueda de la coclea se repitió. Fausto seguía sin oír a pesar de todos los esfuerzos del hermano.

—Voy a injertar un nuevo caracol —dijo éste súbitamente.

Sin saber de donde había salido vi un pequeño hueso en la mano del hermano. Lo introdujo al oído y con la punta del cuchillo lo empujó hacia adentro. Acercó su boca a la oreja y preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

¡Fausto! —contestó el hombre.

Todos nos volteamos a ver y sonreímos.

—Háblale, hermano Jacobo. Me acerqué y le pregunté si nos oía.

—Está nervioso —dijo el hermano—, pero ya oye.

Le tapamos los oídos con algodón y lo despedimos. La esposa nos agradeció y salió del recinto.

Después trajeron a un niño que también tenía problemas de oído, pero no pudimos mantenerlo quieto.

El hermano decidió no operario y le pidió a su mamá que le siguiera dando las medicinas que le había recetado y que lo trajera otro día después de calmarlo.

La siguiente paciente fue una joven amiga de M., uno de los hijos de Pachita.

Sumamente nerviosa, se aferraba a la mano de M. suplicándole no se apartara de ella.

Bromeando M. trataba de calmarla hasta que el hermano intervino en una forma suave.

—Vamos, mi cariñosa niña, relájese que nada le va a suceder.

Era un caso de apéndice que debía ser extraído. El hermano introdujo el cuchillo en forma firme e hizo una apertura de 15 centímetros en el costado de la enferma.

Yo observaba fascinado sus maniobras y trataba de no distraerme con la negatividad del Dr. M. Por alguna razón, en su presencia todo se transformaba de mágico a mundano, de maravilloso a rutinario, de increíble a vernáculo.

También, por una razón extraña, durante su presencia no se saturaban las heridas y los enfermos sangraban y se quejaban más. Z. resoplaba a mi lado, seguramente teniendo los mismos pensamientos que yo intentaba alejar de mi mente.

—Mira, hermano Jacobo —me llamó el hermano, indicándome un tejido alargado que recién había extraído del costado.

— ¿Es el apéndice? —pregunté yo.

—Sí, mi cariñoso niño, el mismo.

Decidí saturar y le pedí al Dr. M, que apartara sus manos que en ese momento se preparaban a vendar el vientre de la enferma. Mi petición fue negada y en un arranque de furia tomé las manos del médico y las aparté con un movimiento rápido e intenso y saturé y después vendé.

— ¡Pero, qué!... —me increpó el Dr. M., con cinismo—, ¿usted también cura?..

Debería darle vergüenza manifestar una duda en este recinto —le dije.

El Dr. M. se aparté de la cama de operaciones y en un grito furibundo y extremadamente emocional, vociferó.

—Nunca he visto tal falta de respeto, yo nunca he dudado del hermano pero de usted sí ¡lo conozco y sé quien es y usted no puede curar!...

Después de decir aquello, abandonó el recinto y seguimos oyendo sus gritos en el patio.

—Perdónelos —le decía el hermano a la recién operada—, perdónelos...

Z. me miró con aire de complicidad y noté una sonrisa en la cara de Pachita.

—Pasa, mi hermosa niña —le dijo el hermano a una señora joven extremadamente lenta de movimientos.

—Vamos a arreglar esa cabecita cariñosa, mi dulce muchachita. Acuéstate, mi niñita.

Iba yo a presenciar algo que sobrepasaría todo lo que había visto: algo increíble y maravilloso.

La mujer se acostó y sin mostrar ninguna señal de dolor, dejó que el cuchillo de monte penetrara en la parte posterior de su cabeza.

—Necesito la sierra —dijo el hermano.

Con ella, fue trepanada la enferma y después el cuchillo fue penetrando a su cerebro. Con un movimiento lateral y después extractivo, toda una zona de corteza fue extraída. La miré atónito y me percaté de sus dimensiones. Aproximadamente de siete centímetros de largo y tres de espesor, aquella masa sanguinolenta y cubierta de circunvoluciones en la mesa contigua al cuerpo de Cuauhtémoc.

De una bolsa de plástico, la mano de la Santa extrajo un tejido simular al amputado. Fresco en apariencia y sonrosado en tono, una rebanada de corteza ocupó las manos del hermano. Como si fuera un bebé recién destetado, el hermano meció al tejido y le habló con palabras amorosas…vive, vive…vive… le decía y acto seguido lo introdujo al hueco dejado por la corteza faltante. En una segunda maniobra similar, otro pedazo de cerebro fue injertado. Acto

seguido, la boca del hermano se acercó a la trepanación y le habló, la consoló y sopló en ella su aliento.

Saturé y vendamos la cabeza totalmente. Observé a la mujer y le pregunté cómo se sentía.

—Estoy bien, hermanito, muy bien.

La cubrimos con la sábana y se la llevaron a descansar. Dios mío, Dios mío, Dios mío, No podía parar de decir Dios mío, mientras una nueva paciente entraba al recinto.

Era una señora de edad y muy obesa, quejándose de dolores intensos en la espalda. Yo ya había visto varias operaciones de columna, inclusive aquellas que denominaban “líquidos”. En éstas, el líquido cefalorraquídeo era inyectado desde la base de la columna.

En esta operación, el hermano utilizó una técnica que me revivió una imagen de mi niñez. Utilizando un vaso de vidrio saturado en alcohol, el hermano le prendió fuego y lo colocó ipso—facto en la base de la columna. El vacío creado, hizo aparecer una excrescencia de piel, que en forma de burbuja, penetró al vaso. Con el cuchillo, la mano de Cuauhtémoc abrió la espalda unos centímetros arriba del vaso, descubrió las vértebras y antes de injertar un hueso en ellas, pidió que las piernas de la enferma fueran colocadas en el mismo nivel de longitud y plano horizontal. Saturé la herida y después de que se llevaron a la enferma le pregunté al hermano acerca del procedimiento.

—Es para evitar hemorragias —me dijo rápidamente.

Yo había visto una maniobra similar en la casa de mi abuelo materno y el recuerdo de varios vasos colocados en la espalda, jalando la carne, se había quedado en mi mente como visión de algo muy extraño.

En seguida trajeron a una viejita. Su pelo completamente blanco y su cuerpo demasiado bofo, ocupó la cama colocándose boca abajo.

El hermano la recibió con los cariños que acostumbraba y a pesar de haberlos oído tantas veces, sentí una gran ternura al escuchar cómo le decía niñita a esa viejecita.

Me pareció notar en su cara un retorno a la niñez y una confianza total en aquella mujer que de pronto revivía a una madre muerta.

—Mi pierna me duele mucho —le dijo la viejita al hermano—. Mi fémur está muy mal.

—No se preocupe, mi cariñosa, ya verá cómo se va a componer.

Después de las palabras anteriores, el cuchillo de monte penetró el muslo y dejó al descubierto los huesos. Con una sierra, Cuauhtémoc comenzó a raspar el tejido óseo. Se oía como el roce de una lija en una madera rasposa. Por fin, algo fue orientado en el interior de la pierna y la operación se dio por terminada.

El siguiente paciente venía del pueblo de Parral. Una mujer regordeta y fornida, acompañada de su esposo, se acostó boca abajo en la cama. Le descubrimos la espalda mientras el esposo explicaba que en una operación previa, el Hermano había extraído un cáncer pulmonar, pero que la enferma continuaba tosiendo y con molestias respiratorias graves.

—A ver, mi cariñosa mujercita —le dijo el Hermano a la mujer—. Su cáncer está curado y usted no lo ha entendido. Cuando uno piensa que está mal, el cuerpo se enferma. Usted ya está bien. Las molestias que siente las vamos a corregir con otra operación, pero usted debe cooperar. No piense que está enferma y dejará de tener molestias.

—Sí, Hermano, se lo prometo.

Acto seguido, una gran incisión fue hecha en el costado izquierdo y después, con la ayuda del cuchillo, una gran masa orgánica oscura fue extraída.

—Vamos a colocar un nuevo pulmón —dijo el Hermano tomando un tejido blanquecino que extrajo de una bolsa de plástico.

El tejido lo colocó en la punta del cuchillo y lo introdujo en la cavidad. Con un susurro casi imperceptible, el pulmón injertado ocupó el lugar del extraído.

Puse mucha atención en la respiración de la enferma y no noté cambio alguno durante toda la maniobra quirúrgica.

Saturé y me di cuenta que no sabía cuánto tiempo debía hacerlo antes de retirar mis manos. Todas las ocasiones en las que había saturado, una voz interna me había indicado el tiempo, pero ahora quise verlo. Coloqué mis manos sobre la herida y en el momento en el que la voz me lo indicó las separé y alcé el algodón que siempre colocaba sobre la piel.

La tremenda incisión estaba completamente cerrada y no había muestra de sangre, ni cicatriz apreciable en ella.

Voltee a mi izquierda y vi entrar al Dr. M. llevando de la mano a una enferma.

Durante la operación de cerebro, el tejido cortical que había sido extraído y colocado en la mesilla adjunta a la silla del Hermano, había desaparecido. Un poder extraño lo había desintegrado sin dejar huella alguna de su anterior presencia. Exactamente lo mismo había ocurrido con el pulmón extraído. A mí ya no me extrañaban esas desapariciones y las complementarias materializaciones que había observado.

De hecho, los meses previos a m encuentro con Cuauhtémoc, me había dedicado a afinar mi teoría Sintérgica del continuo espacio—materia. En esta teoría, la materia la consideraba como el extremo de baja sintergía del continuo definiendo a éste fundamentalmente como el conjunto de puntos conteniendo mayor o menor información concentrada y con mayor o menor redundancia.

La materia era la menos convergente y la de menor redundancia, mientras que el espacio era capaz de contener en cada uno de sus puntos, cantidades colosales de información con una elevada redundancia.

El cerebro era un instrumento de interacción con la estructura sintérgica del espacio a través de la activación y posterior expansión de campos energéticos.

La intersección entre estos campos (neuronales) y la organización del espacio, además de crear la experiencia afectaba en cualquier sentido sintérgico (decrementando o incrementando la sintérgica) al espacio. Así, una morfología de campo neuronal podía disminuir la sintergía del espacio y así materializar un objeto o al contrario incrementarla, dando por resultado la desmaterialización.

Otras entidades podían hacer lo mismo. De esta forma era comprensible que aceptara lo que veía y que además me organizara en lugar de desorganizar mis pensamientos. Sin embargo ver la desaparición de un tejido cerebral o la materialización de un riñón, una vejiga o de una porción de corteza cerebral tenía el encanto y el misterio de la complejidad y de la especificidad.

Una preciosa muchacha americana, paciente del Dr. M., de gran estatura, bellísimo porte y mirada cariñosa, ocupó su lugar en la cama de operaciones.

El constante contacto con los milagros realizados por el Hermano, habían hecho cambiar mi punto de referencia y una fe total en Dios y una penetración a las diferentes escalas y niveles de conciencia, se iba convirtiendo en un acompañante cotidiano de mis pensamientos.

Me acordé de Don Lucio y de su discípulo preferido, A. El primero no necesitaba entrar en un trance mediumnístico para hablar con espíritus y seres descarnados.

A. aprendía la técnica y cuando teníamos oportunidad, comprobábamos nuestras percepciones vibracionales y nos asombrábamos de la concordancia de sensaciones sutiles que diferentes lugares nos provocaban a ambos.

—Hermano —dijo el Dr. M. —, se trata de un caso que te envía el Dr. V. Hace tiempo esta muchacha se lastimó el tobillo derecho y fue operada en forma convencional. El resultado no fue muy positivo; es incapaz de realizar ciertos movimientos del pie sin sentir dolores muy intensos.

La cara del Hermano cambió un instante y logré entrever una intención sutil en su frente.

—Pero yo no sé nada de tobillos y músculos y tendones —le dijo súbitamente al Dr. M.

Este se sorprendió y con un ligero movimiento de hombros estuvo a punto de aceptar como válida la confesión.

Seguramente hubo una terrible lucha en el interior de este hombre y finalmente lo que había presenciado se sobrepuso a su estado de duda natural.

—Usted sabe más que yo —continuó diciendo el Hermano con una clara intencionalidad burlona.

—No Hermano —le contestó el Dr. M. —, ¿cómo no va a saber usted?

—Bueno trataremos.

Yo había tomado la mano de la muchacha mientras mano del Hermano recorría su tobillo y detectaba el daño.

—El tendón está mal -dijo de pronto—, y la inserción muscular es demasiado rígida.

Con el cuchillo abrió el tobillo y empezó a maniobrar con su estructura muscular y tendinosa. La muchacha respiraba muy hondo tratando de calmar el dolor que sufría. Yo trataba de calmarla acariciando su frente y apretando su mano.

—Pregúntale si puede mover su pie —me indicó el Hermano.

—Dile que flexione su pierna, que mueva los dedos, que gire su pie…

A medida que seguía la intervención, los movimientos eran realizados cada vez con mayor facilidad y sin dolor.

Por fin, el Dr. M. vendó y la muchacha me preguntó si habían terminado y si además de arreglar el tendón habían liberado la rigidez muscular.

—No te preocupes, le contesté, todo está bien.

—Eres maravilloso —me dijo al envolverla con las sábanas.

En seguida pasó un niño de alrededor de 10 años.

—Hola mi cariñoso niñito, ¿qué es lo que te pasa? —le preguntó el Hermano.

—Tengo un dolor aquí —dijo el muchacho, señalándose el estómago.

La mamá explicó que se trataba de una hernia que no habían podido curar. El niño se acostó boca arriba y la mano del Hermano comenzó a auscultar su vientre.

Me tomó de la mano y me hizo sentir una excrescencia rígida localizada sobre el ombligo.

—Qué hernia ni qué hernia —me susurró el Hermano.

Coloqué algodones para limitar la zona y en seguida el cuchillo abrió una zona de alrededor de 25 centímetros en el vientre. Puse mucha atención en el corte y me percaté que Cuauhtémoc, en el cuerpo de Pachita, parecía no ejercer presión alguna o realizar esfuerzo considerable y que bastaba con el contacto sutil del metal de la hoja del cuchillo sobre la piel, para que ésta se abriese.

En menos de un minuto, un tumor del tamaño de una pelota de frontenis oscuro y fétido, había sido extraído del cuerpo del fino.
Me apresuré a saturar y de nuevo note la ausencia de vestigios de sangre y la perfecta unión de la piel sin dejar huella de cicatriz alguna.

— ¿Cómo pudo vivir tanto tiempo con eso? ¡No lo entiendo!

— dijo el Hermano al despedirse del enfermito.

Al salir del recinto, noté un súbito cambio en el nivel energético. Voltee a ver y en ese momento el Hermano comenzó a hablar.

—Ahora sí mis hermanos —dijo muy serio—, quiero que se salgan. El próximo caso es un daño y no quiero comprometerlos.

Un enfermo recostado junto al altar y recién operado se levantó en ese instante y llevando a cuestas su sábana huyó del recinto. Todos sonreímos y nos miramos. Me empecé a alejar de la cama de operaciones en dirección a la salida e invité al Dr. M. a hacer lo propio.

Este último se enfureció de nuevo y con gritos me contestó que la indicación del Hermano no se aplicaba a él, que él ayudaba en los daños.

— ¿Necesitas mi ayuda también? —le pregunté al hermano. Volteó a yerme y me dijo:

—No hermano, este daño te tumbaría la mente.

Esperé en el patio curioso por saber el resultado de esa última intervención. Después de 10 minutos fui invitado a entrar al recinto. El cuerpo de Pachita estaba sentado junto al altar y el Hermano daba sus acostumbradas indicaciones a los ayudantes.

—Hermanos —nos dijo—, debemos perdonamos y no causar alteraciones desagradables.

M. se acercó y le dijo que él debería poner el orden, pues su autoridad era la decididora.

— ¿Yo? —contestó el Hermano—. ¿Yo penetrar en asuntos mundanos?, o se está aquí o se está allá y no existen puntos intermedios.

La oración había sido tan clara y fuerte que todos permanecimos en silencio.

Este fue interrumpido por la despedida del Hermano.

Levantando el brazo derecho nos dijo adiós.

Rodeamos a Pachita y con las palmas de las manos abiertas y en su dirección la protegimos de la posible intrusión de un bajo astral.

El instante de la despedida del Hermano y la recuperación de la conciencia cotidiana de Pachita era de gran peligro y siempre provocaba un estado de tensión y atención sostenida.

En unos segundos y después de varias sacudidas musculares, Pachita volvió en sí. Como siempre acarició su cabello y se frotó los ojos. Pidió líquido balsámico y con él se frotó la cara, manos, cabello y nuca.

Salí de la casa de Pachita con una sensación muy desagradable. Era increíble cómo me dejaba llevar por el enojo y como caía ante la presencia del Dr. M. A. me había dicho que tenía prohibido enojarme cuando salí del recinto y lo mismo me dije yo hasta llegar a mi casa.

El Hermano se había molestado por la falta de unidad. La gente que lo ayudábamos no estábamos a la altura de las circunstancias.

Los días siguientes medité acerca de la unidad. Era tan clara la existencia de entidades que como el Hermano parecían tener una independencia y una vida propia, que aquello me hacía dudar.

Por fin regresé a lo que yo consideraba como fundamento. Somos uno y nuestro cuerpo no tiene límites. Toda manifestación es y proviene de lo mismo.

En la física contemporánea una partícula aparentemente separada de otras es en realidad la intensificación de un rango de frecuencia del mismo y único Campo Cuántico.

Lo mismo acontece con la Conciencia. Cada conciencia proviene de una conciencia global y unificadora del todo. Cada ser está en el camino hacia la unidad con el todo y sufre diferentes experiencias para llegar.

Lo mismo ocurre en el cerebro.

La frecuencia del Campo Neuronal se incrementa con la evolución. En cierta etapa, el campo se confunde y se vuelve indistinguible de la estructura del Espacio. Se convierte uno con este último y así la conciencia individual se establece en un contacto íntimo con lo absoluto e indiferenciado.

Eso es Dios, la única divinidad de la que todos somos parte. Sus leyes son las leyes del universo y su estructura la Sintergía común a cualquier organización.

CAPÍTULO VI

CUAUHTËMOC

Catorce de julio, aniversario del nacimiento terrenal de Cuauhtémoc.

Llegué a la casa de Pachita y por primera vez vi alumbrado el recinto de las operaciones. La cortina descorrida y el altar a la vista se mostraba en toda su magnificencia. Cientos de rosas perfumaban y coloreaban los siete peldaños del altar. Un cuadro magnífico de Cuauhtémoc a la izquierda resguardaba un Cristo tallado. Otro Cuauhtémoc a la derecha servía de figura a un cuadro de Cristo.

El rey azteca veíase pleno de poder y su mirada dirigida al cielo y protegida por una gigantesca águila, atestiguaba su misticismo y su fe.

Papeles de colores y una vasija repleta de pétalos esperaban la aparición de Pachita.

La niña primorosa en una silla de ruedas, aquella que había sufrido una sobredosis de anestesia, también esperaba mirando las flores y a sus padres.

Doña Candelaria, la persona que más sabía de la obra de Pachita, entraba y salía apresurada arreglando flores y colocando una sábana blanca encima de tres sillas colocadas a la derecha del altar.

Después de unos minutos llegó Pachita. Se veía alegre, pero ligeramente cansada.

Saludó a cada uno de los que esperábamos y se sentó en una silla colocada frente al altar. Pidió por tres personas, las que se sentaron en las sillas a la derecha. La señora U. se me acercó y me dijo que la señora que se había sentado en la silla del centro era muy extraña.

A sus lados, dos de los antiguos discípulos de Pachita se sentaron también e inmediatamente después cerraron los ojos.

Algo extraordinario va a suceder aquí, me dije pensativo, seguramente estas tres personas intervendrán en algún trance o equilibrio energético.

Pachita se paró de su silla y se acercó al altar, tomó una tela brillante color violeta repleta de campanillas y bordados del antiguo México y se la colocó en sus hombros como túnica.

Se volvió a sentar y apagaron las luces.

Seguramente está esperando al Hermano, pensé yo, es el momento en el que él se posesiona de su cuerpo.

En un silencio total todos esperamos unos minutos y de pronto, la señora sentada en la silla de en medio empezó a gritar, después de retorcerse fuertemente. De sus labios salía un discurso pronunciado a tal velocidad y en un lenguaje tan extraño que yo no entendí nada de lo que decía. Alguna vez oí a Petra hablar mexicano y aquello tenía cierta similitud de entonación con él.

Segundos antes de que Pachita también se retorciera, Dona Candelaria le lanzó unos pétalos de rosas. Todos la imitamos, Doña Candelaria había repartido los pétalos y a mí me había dicho que los lanzara en el momento en que el Hermano apareciera.

Mientras Candelaria entonaba unas mañanitas con el auxilio y participación de todos. Pachita entró en trance. Reproduzco aquí el inocente y bellísimo canto:

MAÑANITAS AL HERMANITO CUAUHTEMOC.

Estas son las mañanitas
Que venimos a cantar
A un Espíritu Divino
Que viene del más allá.

A este ser Omnipotente
Que nos lo mandó el Señor
Para que nos dé consejos
Y nos quite todo mal.

Ven pronto Niño Bendito
Venidnos a consolar
Ven a darnos tus consejos
Y a quitarnos todo mal.
No somos merecedores
De tu divina bondad
Pero eres Luz Eterna
En esta vida terrenal.

Todos te queremos mucho
Con todito el corazón
No nos dejes hermanito,
Llévanos con el Creador.

Fuiste Rey en esta tierra
Fuiste grande Majestad
Y ahora eres Luz Eterna
En el trono Celestial.

Ven pronto Niño Bendito
Venidnos a consolar
Ven a darnos tus consejos
Y a quitarnos todo mal.

Todo rodeado de pétalos, el cuerpo de Pachita se retorció un instante para después, ya con la voz profunda y llena de certeza del Hermano, saludarnos.

—Queridos hermanos, nos dijo primero, estoy muy contento por su amor. A pesar de que mi padre me prohibió estar con ustedes heme aquí queriendo no decepcionarlos.

Últimamente han ocurrido demasiadas cosas que no son completamente satisfactorias. Se avecina una gran y terrible catástrofe y hoy más que nunca deberíais aprender a amar y a dar todo lo posible.

Junto a mí y en su silla de ruedas la niña sobreanestesiada que habíamos operado hacía unos días parecía escuchar la voz del mensaje. Oscilaba en su silla; por momentos con la espalda erecta, para en seguida doblarse completamente hasta tocar sus rodillas con su frente.

Sus ojitos saltaban de la veladora encendida en el altar a la silla que ocupaba el cuerpo de Cuauhtémoc.

Permanecía completamente en silencio pero, de pronto, emocionada lanzó una exclamación de júbilo.

El Hermano volteó a verla y dijo que ya lo estaba entendiendo. Las exclamaciones de la niña se repitieron varias veces siempre cuando el Hermano hablaba de amor y de devoción a Dios. En cambio, permanecía en silencio durante las descripciones concretas o los consejos. Es increíble, me dije a mí mismo, la niña está detectando las más profundas abstracciones y los señalamientos de mayor fundamento y no responde ante todo lo que pertenece al mundo terrenal, a las descripciones concretas y a lo mundano. ¿Es que acaso, me pregunté, lo que posee mayor poder de abstracción es al mismo tiempo lo más fundamental? Quizás el

estado de clara decortización de esa niña la ha puesto en contacto con Dios y sólo ante él reacciona.

El Hermano continuaba hablando acerca de la necesidad de dar y amar cuando fue interrumpido por la medium sentada en la silla del centro. Hablaba como un niño indio poco conocedor del castellano o como un ser muy primitivo e incapaz de expresión verbal clara: "…yo quiero a tú mucho, yo ayudarte a curar patita cabecita, tú dejarme a tú hacer cariño, tú a mí dejarme estar y ayudar a tú…"

El Hermano volteó a verlo y lo saludó. Puedes quedarte, mi cariñoso niño, puedes estar con nosotros pero siguiendo las leyes de tu reino y en paz.

"…yo a tú querer mucho, yo a tú gracias darte…"

Dos días después, en la meditación matinal con mi grupo, yo había intentado aplicar la enseñanza del Hermano con una entidad oscura que habita la casa en la cual meditamos.

Al sentirla la invité a permanecer y a recibir luz por parte nuestra. Para mi desilusión no fui capaz de comunicarme y me faltaron fuerzas para ayudarla y sobreponerme al vacío que me produjo.

El Hermano habló durante 10 minutos, pronunciando un discurso de tal belleza y profundidad que me siento incapaz de reproducirlo aquí. Mencionó que él mismo no era un Ser muy elevado y que aprendía continuamente y deseaba ayudar a sus hermanos humanos con toda su capacidad y fuerza y con la ayuda de su padre.

Habló de su carne, diciendo que era muy traviesa y que ella (Pachita) no se cuidaba como era debido.

Nos bendijo y pidió luz para todos nosotros y prometió no abandonar el sufrimiento de la especie y cooperar para traer luz al mundo.

Al terminar pidió que resolviéramos nuestras pasiones y no nos dejáramos llevar por odios, malentendidos o enojos.

Después se dispuso a recibir preguntas.

La madre de la niña se le acercó, le besó la mano y felicitó al Hermano por su cumpleaños y le dio las gracias por ayudar a su hija.

—Mi cariñosa niña —le contestó el Hermano—, tu hija pronto comenzará a caminar y después a hablar.

—Todo esto es una prueba para ti y para tu esposo. Ambos tienen corazón puro y cuando logren resolver su problema alcanzarán el estado que les permitirá acercarse a lo divino. La enfermedad de tu hija fue para probarlos.

¿Pero por qué con ella? —protestó la madre—, ¿por qué la hicieron sufrir a ella?

—Así es, mi linda muchachita, los caminos del Señor son los más difíciles de transitar. Pero todo será felicidad y salud dentro de poco tiempo, tened paciencia y lo veréis.

Llorando, la mujer se acercó a su hija y a su esposo.

Uno por uno, la veintena de personas que habíamos acudido a la ceremonia se acercaron a felicitar al Hermano.

Una señora de mediana edad le pidió que le relatara su vida cuando era rey azteca.

— ¡Ay mi niñita preciosa, esos recuerdos me son dolorosos, pero te voy a contar algunas cosas.

Vivíamos en un paraíso. Los habitantes de Tenochtitlán vivían, como ustedes, sobre un suelo rico. Debajo de la tierra todavía se conservan los diamantes, las esmeraldas y los rubíes que en mi época rebosaban los terrenos y los plantíos.

Fui educado para el reinado y desde muy pequeño, mi padre me enseñó con la ayuda de los sacerdotes a descifrar los códices y a impartir justicia.

Cuando tenía trece años ocupé el trono.

Recuerdo que me trajeron un guerrero a quien debía juzgar. Ayuné durante tres días y después estudié los códices. En las noches soñaba y en las madrugadas recordaba mis sueños tratando de hallar señales para el veredicto.

Si soñaba que llovía, eso quería decir que el hombre debía ser encarcelado durante tres días y sus noches.

Si soñaba con el sol, el veredicto y la sentencia debían ser diferentes.

Yo no quería maltratarlo ni dañarlo.

Los historiadores han cometido muchos errores en mi biografía. Dicen cosas que no fueron.

¡Se imaginan! yo tan pequeñito llegando al recinto de los sacerdotes a dar sentencia y a explicar las razones que me habían hecho llegar a ella.

Pero todo fue bien, me aceptaron y a partir de ese momento recibí mucha ayuda.

Mi tío Moctezuma me aconsejaba en las cuestiones del gobierno.

Un día mi pueblo se enfermó. Ya había sucedido en otras ocasiones. La primera, muchos cientos de años antes, mucho antes de la llegada de los españoles, habían venido unos frailes que zurcando el mar desde la Atlantida atravesaron nuestra tierra.

Nos trajeron conocimientos, pero también enfermedades.

Cuando cumplí 33 años tuve una gran dificultad pero de eso no voy a hablarles.

Nosotros conocíamos muchos secretos de la tierra y el cielo.

Conocíamos un líquido que al ser utilizado podía destruir montañas enteras.

¡Cuidado con el Pedregal de San Ángel! en su subsuelo todavía se encuentra ese líquido.

Pero tampoco de eso quiero hablar.

Éramos buenos y sabíamos leer las estrellas y nos comunicábamos con Dios.

Después vinieron los españoles y mi pueblo sufrió mucho.

Nunca me casé ni tuve hijos. Tenía una novia y mi reinado acabó demasiado pronto.

La descripción fue larga y llena de imágenes de una época gloriosa y pura. Se transparentaba en ella la añoranza simultáneamente con la pureza.

La mujer agradeció el relato y yo recordé uno de mis cuentos, en el cual un ser extraterrestre describe ante una audiencia extragaláctica una serie de eventos. Pero no los describe verbalmente sino por transmisión directa de imágenes.

También aquí, durante el relato de Cuauhtémoc había yo visto, más que escuchado, sus descripciones.

Al terminar, el Hermano se preparó para nuevas preguntas.

Yo me acerqué y te pregunté acerca de mi vida. No deseo compartir lo que me dijo pero me asombró por su exactitud y certeza. Me volvió a hablar de San Andrés y me agradeció el haberlo felicitado por su cumpleaños.

Gracias a ti, le dije, por dejarme ver lo que he visto y por permitirme escribirlo.

Después de mí, un joven que había sido operado de su cerebro por el Hermano se acercó a felicitarlo.

Se veía sano y fuerte, sus ojos literalmente brillaban. En este momento, mientras escribo, tengo frente a mí el recuerdo de su mirada. En verdad nunca había visto nada semejante a esos ojos absolutamente fosforescentes, su hijo se acercó después.

—Hermano —le dijo—, quiero solicitarle un gran favor. Quiero pedirte que te lleves al Ser que ha tratado de envenenar a mi madre.

Se hizo un silencio expectante que fue roto por una amonestación grave del Hermano.

— ¡Eso nunca!, el ser oscuro viene para ser rescatado en la luz. El cuerpo de tu madre resistirá todos los embates, no te preocupes.

Después me enteré que alguien había colocado arsénico en la sal de la casa de Pachita.

En realidad no estoy seguro de que así haya sido, pero se me mencionó un intento de envenenamiento. Me asombré y no quise preguntar nada más.

Por fin, el Hermano levantó su brazo derecho y se despidió.

Creí que Pachita iba a recobrar su conciencia usual, pero en lugar de ella y después de un instante de temblor, otra entidad se apoderó del cuerpo de la Santa.

Recordé que en cierta ocasión se había mencionado que Pachita era un canal abierto y que aceptaba cualquier entidad.

La que tomó posesión de su cuerpo en ese momento fue una gitana.

—Soy gitana —dijo—, y puedo leer sus manos. ¿Quién quiere conocer su destino?

Alguien adelantó su mano y la gitana comenzó a hablar, "…el problema con tu mujer se resolverá pronto. Recibirás un encargo de viaje y eso te ayudará en tus negocios…".

Otra mano fue leída inmediatamente después; ". . . tu familia te da alegría y sin embargo tú estás triste. Debes aceptar tu vida y regocijarte con lo que tienes. . ."

Yo no resistí la curiosidad y colocándome detrás de la "gitana" extendí mi brazo derecho.

La luz, excepto por una veladora de aceite colocada en el altar, estaba apagada. A 50 centímetros de los ojos ningún detalle era perceptible.

Tomó mi mano e inmediatamente dijo: "…Israel, tienes las marcas del apostolado. Fuiste Andrés y tu maestro dejó una pregunta sin resolver. Tú regresaste para darle la contestación. Dentro de

poco recibirás una sorpresa. Llegarás al pináculo de la fama. Te has encontrado y de aquí en adelante todo será luz para ti…

—Dios Santo —exclamé lleno de emoción—. La pregunta es la creación de la experiencia y sus fundamentos, ¡a eso vine!...

Una muchacha alta y de ojos grandes y pelo azabache extendió su mano. "…fuiste Egipcia y el 13 de agosto tendrás que venir a platicar conmigo, no te olvides…

El 13 de agosto de 1521 se completó la conquista de Tenochtitlán. "M., le gritó la gitana, recuérdale a esta mujer la cita conmigo para el 13 de agosto. Pero nos vamos a Parral, le contestó M. No importa, debo hablar con ella el 13 de agosto". No recuerdo más, hubieron tantas manos y otras tantas historias que mi memoria no es capaz de evocarlas. Momentos antes de que la gitana tomara posesión del cuerpo de Pachita, la médium había comenzado, de nuevo a hablar.

"…yo a tú querer componer patita, tú dejarme, yo querer a tú…"

Momentos antes de que la gitana se fuera, la médium extendió su mano y la gitana le dijo que ya estaba convaleciente y que no veía signos de enfermedad.

—Me despido de ustedes —dijo después la gitana.

El cuerpo de Pachita se convulsionó y otra entidad la penetró: "... somos como flores que nos marchitamos cuando no bebemos la suficiente agua. Al final encontramos a Dios. .

Después del poema y en un tono de voz intenso aquel ser se identificó como Bocanegra. Otra vez vinieron las convulsiones y una voz triste y joven apareció en la boca de Pachita. "…quiero que mi tía Cande venga…"

Se refería a Doña Candelaria y en ese instante adiviné que era el hijo muerto de Pachita. Lo había perdido en los disturbios de 1968 y nunca lo había olvidado… La tristeza de Pachita había sido tan grande que había enfermado y perdido la vista. El hijo "muerto" seguía hablando. "…yo los quiero y extraño, cuiden a mi madre y no dejen que sufra. . ." La ceremonia había terminado y Pachita volvió a su conciencia. Pidió bálsamo y nos saludó con su lenguaje sencillo y del pueblo.

Yo le pedí a Doña Candelaria la letra de las mañanitas y después de mucho buscar, Pachita nos indicó el lugar en el que se hallaban unas copias. Mientras alguien las buscaba, A. me trajo el cuchillo de monte y yo lo vi por primera vez con suficiente luz. La empuñadura estaba recubierta y forrada con cinta negra de aislar y la hoja sin filo y sin punta tenía un grabado de indio con penacho. Se parece a Cuauhtémoc, pensé, pero sobre todo a la estatua de plata del Patriarca había traído A. para el Altar. Devolví el cuchillo después de sentirlo y me acerqué a Doña Candelaria. La mujer, de ojos redondos, brillantes y cafés, dientes salientes, estatura media y paso acelerado, inteligente y certera, me convidó atole y unos tamales que había preparado con motivo de la ceremonia. Le pedí que me cantara de nuevo las mañanitas y lo hizo con voz fresca. Todos admiraban a Candelaria y la consideraban una especie de conocedora absoluta de los misterios del Hermano. Casi nunca hablaba y los secretos los mantenía para ella misma.

—También hay una canción de despedida —me dijo, poniéndose triste de improviso.

—Me dan ganas de llorar cuando la recuerdo porque la cantamos cuando mi mamá moría.

Reproduzco aquí la letra:

PARA DESPEDIR AL HERMANITO.

Adiós Cuauhtémoc hermoso,
Emperador del cielo,
Tú nos traes el consuelo
Y nos quitas todo mal.

Cuan triste peregrino
Errante sigo yo.

Tú nos tiendes la mano
Para seguir al Señor.

Cuauhtémoc fue su nombre
Y la historia lo grabó
Y por su grande esfuerzo
La Gloria conquistó.

Tú Espíritu Divino
El Señor lo mandó
Para que nos dés consejo
Y nos quites todo mal.

Me acerqué a M. y le comenté que mi memoria no iba a poder reproducir todo.

—Tú no viste nada —me dijo M. —. Con seguridad tú no viste nada.

—Una vez vino un señor que el Hermano operó por tomador. Vino y dijo que lo había atropellado un camión mientras andaba borracho. Nos recomendó tomar poco, por si acaso…

—M., —lo interrumpí—, ¿aceptarías grabar algo de lo que has visto?

—Claro, cuando tú quieras.

Llegué a despedirme de Pachita. Le dije que iría a visitarla a Parral y que tres amigos querían acompañarme.

—Son gente de mucho poder y estoy seguro que van a dudar, pero me han insistido tanto que te lo vengo a preguntar.

—Ya ves lo que pasó con G. —me contestó—, ya no me quiere, no me ha vuelto a hablar.

— ¿Y quienes son?

—Son psicoanalistas, uno es J., el Director de un Instituto y otro, M. hace clínica.

— ¿Psicoanalista, y qué es eso, tú?

No supe cómo explicar.

—Mira, Pachita, a mí no me gustaría que dudaran y por eso te pregunto.

—Ay hermanito, yo ya no me asusto, he pasado por mucho. ¡Si quieres, tráelos!

—Oye —me dijo antes de despedirnos—, ¿verdad que la gente mientras más poder tiene más echada a perder se pone?

— ¡Sí!

CAPÍTULO VII

LOS SERES

Llegué a casa de Pachita muy saturado. Me estacioné frente al mercado y medité para elaborar todo lo no resuelto. Utilicé todas las técnicas que conozco para llegar al silencio y conectarme con mi Ser. Por fin lo logré y así penetré al recinto de las operaciones.

Era miércoles y me encantó no encontrarme con el Dr. M. Después me enteré que enojado había dicho que no regresaría a "ayudar" sino hasta que se alejara de Pachita la gente negativa (es decir yo). Su último berrinche había sido acusar a los colaboradores íntimos de la Santa de ser unos ladrones.

Acostado boca abajo en la cama de operaciones estaba un amigo de Z. Tenía la pierna derecha dos centímetros más corta que la izquierda. Me pidieron que jalara el talón derecho mientras el Hermano hacía una incisión cerca de la columna.

Sentí como la pierna se estiraba y al ayudar a vendarlo me presentaron a un nuevo colaborador del Hermano. Tenía una fuerza descomunal y después, cuando le vi la cara, me recordó alguien que

conocí hace mucho tiempo. Parecía una mezcla de soldado romano y de Pedro.

—En nombre de mi padre yo te saludo —le dije al Hermano al terminar la operación.

—En el mismo nombre yo te respondo —me contestó con su dulzura acostumbrada.

— ¿Cómo están tus amigos? —me preguntó seguidamente.

—No los he visto —le dije.

—Bueno, bueno, bendito sea Dios.

Una señora de mediana edad ocupó la mesa en seguida. Me coloqué a la izquierda del nuevo ayudante y le pedí que le diera energía a la paciente.

— ¿Qué tiene mi dulce niña?

—Una hernia, Pachita, una hernia, pero no sé dónde está.

— ¿En donde te duele?

—Bueno, aquí junto al ombligo y también en el costado y aquí arriba.

—Pero mi niña —le dijo bromeando el Hermano—, no voy a operarte de todos los lugares ¿verdad?

Después de tocar el vientre, el cuchillo de monte penetró el costado de la paciente. Tras un breve esfuerzo algo fue cortado y un tejido oscuro extraído de la herida.

—Lo que tenías era un apéndice malo —le dijo el Hermano a la mujer. Pero, mira, ya lo hemos quitado.

Había sido una operación fácil y casi sin dolor. Saturé la herida, la que cerró inmediatamente y después de vendar el vientre, el nuevo ayudante cargó a la enferma como si no pesara nada.

—Hermanos —nos empezó a decir el Hermano después de que se llevaron a la mujer—, hermanos, quiero hacerles un ruego. Van a traer a una mujercita que tiene mucha fe en nosotros y que ha venido desde muy lejos. Por favor, oremos al Padre para que podamos ayudarla.

Debe ser un caso muy difícil, pensé en seguida y estuve tentado a preguntar por el diagnóstico, pero a la mitad de mi oración un señor muy recinto acompañado de su esposa.

Acuéstate mi dulce y cariñosa niña.

La mujer se acostó y le descubrimos su vientre. Lo tenía tremendamente hinchado. Le tomé de la mano y empecé a acariciarle la frente mientras A. colocaba algodones secos para delimitar un campo operatorio.

—Recemos —nos volvió a pedir el Hermano.

Después de auscultar su vientre, el Hermano pidió unas tijeras con las que cortó el costado de la enferma. Después introdujo el cuchillo y lo giró, aumentando la incisión. Durante unos segundos lo dejó inmóvil y luego pidió luz. Una lámpara de mano fue encendida y vi una terrible hendidura de la que brotaba mucha sangre. Necesito cerrar esa vena, dijo el Hermano, mantengan la luz encendida. En un instante más, maniobró con el cuchillo y la sangre dejó de brotar. De la mesa a su derecha, tomó un tejido y le pidió a A. que vertiera un líquido en la herida. De pronto, algo se desprendió del interior del cuerpo de la paciente y, con voz de triunfo, el Hermano anunció que había logrado extraer la parte podrida del hígado. En seguida me pidió que presionara ligeramente el vientre y colocó dos grandes masas de tejido sobre la herida. Reconocí que eran pedazos de hígado. Con la punta del cuchillo las introdujo a la cavidad abierta y luego me pidió que saturara. Lo hice con toda mi energía y a la luz de la lámpara de mano me permitió ver cómo la herida se cerraba sin dejar huella, engulléndose prácticamente los tejidos.

—Ahora les voy a pedir a todos que levanten con cuidado a esta cariñosa niña y que la coloquen de costado.

Con la ayuda de A., eso hicimos. La mano del hermano tomó el cuchillo de nueva cuenta y lo introdujo en la piel. Hizo una seguida y estuve tenme contuve. Recé y preocupado entró al abertura de alrededor de 10 centímetros. Le pidió a Doña Candelaria una muñeca. “Dame una muñeca, rápido”, le dijo. En medio de la sorpresa vi que Cande tomaba un algodón seco y hacia un ovillo con

él. Eso era la muñeca que la mano del Hermano introdujo a la herida. La mujer se quejaba amargamente y yo le pedí que rezara en voz alta.

“Padre nuestro que estás en los cielos, alabado sea tu nombre…”

La mujer recitó durante los cinco minutos siguientes la más exacta y precisa oración que yo había oído. Yo la abrazaba tratando de calmar su dolor. La mano del Hermano colocó otro pedazo de tejido sobre la herida. Su color era rojo, intenso y su forma elíptica. La piel estaba abierta y el tejido sobre ella. Voltee a ver la cara de la mujer_ y en seguida la incisión y frente a mis ojos (la luz de la lámpara de mano alumbraba el campo operatorio), el tejido desapareció y segundos después la herida se cerró.

A pesar de haber visto tantas veces un fenómeno similar, ésta fue tan clara y dramática que sentía una emoción tremenda.

El Hermano me pidió que saturara, a pesar de que la herida se había cerrado por sí misma y yo obedecí. Saturar, me dije, no sólo es cerrar la herida sino mandar al interior del cuerpo energía.

Vendamos a la mujer y después de que se la llevaron le pregunté al Hermano si la hinchazón terrible de su vientre era un embarazo.

—No —me dijo—, es resultado de un cáncer muy avanzado.

—Lo que sigue es un daño —dijo el Hermano con voz grave.

Un señor de edad, procedente de Ciudad Netzahualcóyotl, penetró en el recinto. Se le pidió que se acostara boca arriba y al igual que cuando L. me había pedido no distraerme, así lo hice yo con el nuevo ayudante.

—No te distraigas un solo segundo —le dije, sintiéndome su protector.

— ¿Qué te pasa hombre de Dios?—le preguntó el Hermano—, ¿en dónde está ese animal que sientes se mueve dentro de tu cuerpo?

—Aquí —dijo el hombre, señalándose la parte izquierda de su pierna, junto a su pene.

—Eso es por andar con demasiadas mujeres —dijo el Hermano al paciente.

Nos reímos y yo pedí algodones. Con el cuchillo, la mano del Hermano abrió la carne y empezó a cortar el interior. El hombre se quejaba terriblemente. Sus gritos me traspasaron y pensé que la mujer era mucho más resistente al dolor que el hombre. El Hermano me pidió que introdujera la mano en la cavidad y con su mano me hizo tocar un tejido muy duro, incrustado en el interior del cuerpo.

— ¿Quieres que lo sostenga? —le pregunté en seguida.

—No, hermano Jacobo, eso te picaría terriblemente.

Los esfuerzos por extraer el daño proseguían mientras el hombre seguía quejándose horriblemente. Por fin el daño se extrajo y se colocó en un papel negro sostenido por A.

—A. —Le pregunté—, ¿Tú también viste cómo desapareció el tejido en la mujer?

—Esa mujer —me contestó—, tenía un cáncer muy avanzado. La operación fue múltiple. Se le arreglaron el hígado y el pan- creas y se le injertó una nueva vesícula. Debes recordar —continuó—, que todo un equipo de cirujanos ayuda al Hermano. Cuando el tejido se colocó sobre la piel, ellos lo introdujeron desde dentro, cerraron la herida y comenzaron a ligar los minúsculos conductos internos.

A. dejó de hablar un instante y como si de pronto hubiera recordado algo, continuó.

—El trabajo operatorio no termina con la operación. Los seres siguen trabajando los injertos, ligando conductos, dando energía y restableciendo y fortificando las células.

El Hermano se sentó en una silla junto a los altares y, mientras lo rodeábamos, se despidió rápidamente de todos nosotros con su acostumbrado gesto de levantar marcialmente el brazo derecho. La sesión había terminado y yo me aproximé a Doña Candelaria.

—Cande —le dije—, usted ve más que nosotros ¿verdad?

—Yo veo que alrededor de sus manos hay otras manos. La verdad es que sólo veo el cuerpo del enfermo sin ropas y esas manos. Casi no veo las manos suyas, ni las de Pachita. Esas otras manos brillan más y siempre me asustan. Por eso ya ve usted que no me acerco.

— ¿Y cómo son esas manos?

—Tienen dedos largos y brillan.

— ¿Usan instrumentos?

—Sí, cortan y saturan y paran la sangre y son muy rápidas.

—La verdad es que las manos de usted la ocupan esas manos brillantes y yo sé que cuando usted mueve un dedo, ellas son las que lo hacen pero usted no se da cuenta.

— ¿Y Pachita?

—Ella tampoco, es demasiado rápido.

Por alguna razón me acordé de la sábana empapada en sangre de la curación de la mujer con cáncer y de la súbita desaparición del tejido colocado sobre la incisión y de como ésta se había cerrado ante mis ojos.

Esos seres, pensé, son los que operan y es todo un equipo que ha llegado a una perfección absoluta y total.

Doña Candelaria me seguía contando.

—Un día, hace muchos años, me entró la curiosidad de ver al hermano. Le pedí que me mostrara su cuerpo y durante una operación lo empecé a ver. Fue como relámpago y me asusté tanto que le pedí que dejara de mostrarse. Sólo alcance a ver sus piernas. Parecían dos troncos y eran brillantes y plateadas. Se burló de mí y

me dijo que ¿por qué primero pedía y luego ya no quería ver? Usted no me lo va a creer, pero un día nos dijo el Hermano que necesitaba una liana para una operación. Yo era muy joven entonces y me fui con mi hermana a Chapultepec a buscar la liana. Pero ninguna de las dos sabíamos lo que era una liana. De repente se me apareció el Hermano vestido como un señor cualquiera y me dijo: “Las lianas son como cuerdas que cuelgan de los árboles, mira, como aquella”. Usted sabe cómo somos las mujeres, estaba tan guapo y tan fuerte que a mí se me olvidó lo de la liana y junto con mi hermana lo empecé a perseguir por todo Chapultepec nada más por ser mujer y él hombre. De repente nos estábamos acercando cuando ¡puf! que desaparece. Sí, allí mismo en medio de Chapultepec. Nos dio tanto susto que corrimos a buscar la liana. Cuando llegamos aquí el Hermano nos regañó. Pero ya no en cuerpo sino en espíritu a través de Pachita. Nos dijo: ¡miren nomás estas mujeres que se olvidan de los mandatos!

—Mi esposo venía a ayudarnos, pero era muy tomador. A veces se burlaba de mí y me decía que solo veía visiones. Yo traía un embarazo de seis meses. Un día, el Hermano dijo que como señal y para que dejara de dudar, me iba a hacer desaparecer a mi niño. Se lo dije a mi esposo y él se siguió burlando. Decía que sólo eran ideas y que yo estaba mal de la cabeza. Pues no me lo va a creer pero estando una noche en este mismo cuarto me sentí como mareada y al ratito me di cuenta de que ya no tenía nada en mi vientre. Me lo esfumó y desapareció. Desde ese día mi compañero ya no ha vuelto a ayudarnos.

Me acerqué a despedirme de Pachita y me dijo que había ido a pedirle dinero a G. y que se lo había negado.

— ¿En serio? —pregunté yo, alarmado.

—No, hombre, aunque los que tienen deberían dar a los que no tienen.

— ¿Y para qué quieres el dinero?

—Quiero comprar un león.

— ¿Qué?

—Sí, me lo venden en quince mil pesos y lo quiero tener aquí en la casa

Pachita volteó a ver a Z. y le dijo:

—Tu préstame el dinero, ándale, no seas malo.

—Para el león no te lo presto —le contestó Z. —. Imagínate que le entre un daño y se salga de su jaula y nos coma a todos.

—Pues bien que se lo merecen —le contestó Pachita.

—Bueno —dijo después de recapacitarlo—, a lo mejor no sería muy bueno que me comprara un león. ¡Ya no quiero comprar un león!

Todos nos reímos y yo me despedí de esa mujer increíble.

A la salida, la mujer del apéndice me pidió que la llevara a su casa. Ella, dos acompañantes y un ayudante de Pachita salimos a la calle. Había luna llena y la ciudad nos dio la bienvenida.

— ¡Ese Dr. M.!—me dijo súbitamente el ayudante—. Me acusó de ser un ladrón y además se cree el dueño de Pachita. Si no fuera porque mis padres me enseñaron a respetar a las personas de mayor edad, yo le hubiera pegado.

Yo no quería oír nada más acerca de ese doctor.

Los llevé a su casa y después me fui a la mía, despacio, disfrutando del fresco de la noche y saboreando las imágenes que había visto durante el día.

Al día siguiente todos se irían a Parral. Pachita iba a saludar a sus Coras y a llevarles regalos. Recordé que el ayudante de la Santa me había platicado acerca de la clínica de Parral.

—Cuando hemos ido —me dijo muy serio—, trabajamos duro. Lo malo es que allí son muy fuertes y cuando hay oscuridad nos toca

macizo. En las noches oímos pasos y las cosas se caen. El único que lo resiste es E. y él ayuda mucho a su mamá.

Decidí ir yo también a Parral y conocer el trabajo con los Indios Coras.

CAPÍTULO VIII

PARRAL

Enclavado entre las montañas y en medio de desiertos gigantescos, saturados de colmenas, de montes. Cada vez que veo el Planeta desde las alturas me parece estar ante la superficie neocortical.

Para explicar la experiencia había yo acudido al concepto de Campo Neuronal como envolvente energético tridimensional, resultante de las interacciones entre todos los elementos neuronales. Me lo había imaginado como una flama hipercompleja o como la superficie del planeta Tierra.

Desde la avioneta que me llevaba de Chihuahua a Parral, de nuevo vi a mi casa planetaria como un Campo Neuronal gigantesco. Se puede ver desde todos los puntos del espacio, por lo que también es un campo energético: interactúa con el espacio desde todos los puntos que lo contienen como semilla de visión y al igual que la interacción entre el Campo Neuronal y el espacio, el Campo Planetario debe crear y ser experiencia. Casi no se mueve y rara vez hay un terremoto capaz de cambiar su estructura. Es como las tarántulas que han llegado a la inmovilidad del ser. Tiene ríos como venas, mares como reservorios de sangre y ciudades, pueblos, villas como…

Creo que salí de la Ciudad de México porque su colosal tamaño empieza a alterar el Ser del Planeta. Quizás tratando de ocultarla a la vista y así disminuir su efecto en el Campo Planetario se la cubre de niebla y smog.

En el aeropuerto de Parral me encontré con la visión magnífica de un helicóptero Bell maniobrado. El piloto y su mecánico habían recogido a un niño y lo pasmaban con el vuelo. Hacían mapas de la República y me invitaron a pasear en su nave.

Súbitamente y en medio de una plática acerca de mapas me revelaron haber visto una nave extraña flotando encima del pueblo de San Pablo en Nuevo León.

— ¿No era avión, helicóptero, globo...?

—No hombre —me contestó el capitán B. —. Llevo 40 años de piloto y sé reconocer.

—Entonces ustedes tienen suerte, según el plomero que me vendió un refrigerador y era experto en esas naves, el que las ve por primera vez queda señalado y adquiere un nuevo poder de percepción.

Me hospedé en el Hotel Adriana recordando a mi flor perdida y me dispuse a buscar a Pachita. No sabía su dirección y eso me gustaba.

Ahora todo debía adquirir significado o no la encontraría. Cuando conocí a Pachita y al hermano creía que mi misión era reunir a Quetzalcóatl con Cuauhtémoc. En Tepoztlán había visto las señales del nuevo arribo de Quetzalcóatl inscritas en una cueva llena de memorias. Me había traído el libro de López Portillo y en la comida me asombré de dos cosas.

Primera, no tenía prisa ni tampoco calma, más bien esperaba una señal.

Segunda, al ver la conciencia planetaria me había preguntado acerca de su relación con la unidad y me había visto luchando por encontrar un puente de unión entre lo relativo y lo absoluto.

Abrí el libro y leí que el primogénito de Quetzalcóatl había sido llevado a la tierra del Mayab.

Las Coras de Pachita viven en el Mayab, me dije, y asombrado inicié la búsqueda. Había un significado y quizás yo también encontraría a mi hermano. Los significados son las ataduras de los cabos sueltos, el encuentro consciente de las relaciones, la transformación de los vacíos en llanuras de contacto.

En la calle tomé un taxi y el chofer, un Sagitario nacido el 14 de diciembre de 1910, me llevó directamente a una casa blanca sobre una montaña toda rodeada de minas de minerales. En 10 minutos había llegado a la casa de Pachita. Cincuenta metros detrás de mí apareció un automóvil plateado con Pachita, su hija y una acompañante.

—Me lleva la chingada con el calor —llegó diciendo Pachita.

Con un vestido rosa y piernas de quinceañera, Pachita se quejaba de la falta de lluvia.

Nos sentamos en el portal de la casa viendo nubes.

—Mira —me dijo Pachita—, nadie ha regado estos rosales y míralos, floreados y con hojas frescas.

—Carajo con este calor de la chingada, ¡que llueva!, ¡que se junten las nubes! y que los ríos se llenen. Mira, me señaló un cerro cercano, esa mina no tiene agua y roban las bombas que han conectado.

Voltee a ver la fábrica y me di cuenta de que una nube rapaz se aproximaba. A los dos minutos, un círculo de 200 metros alrededor de la casa se llenó de gotas.

—Mira Pachita —le dije emocionado—, empezó a llover, te hicieron caso.

—Sólo son lágrimas —me contestó.

—Oye Jacobo, ¿qué son matemáticas III?

— ¿Qué?

—Si, hombre, ¿qué son matemáticas III?

—Pues no sé, Pachita.

Pachita me enseño un papel en el que alguien preguntaba si debía estudiar matemáticas III.

—Pachita —le pregunté—. ¿Me dejas escribir tu vida?

— ¿Para qué? ¿Qué importancia tiene?

—Da conciencia, hace entender, permite encontrar los significados.

—Bueno, y ¿qué quieres saber?

—Lo que tú me digas, Pachita.

Iba a traer una grabadora pero no pude, ahora me volveré loco tratando de recordar todos los detalles, pensé alarmado.

—Déjame acabar este capítulo, hacemos llover y después me cuentas tu vida.

— ¡Bueno!

La casa de Parral está diseñada para realizar el trabajo de Pachita. Un cuarto para almacenar medicinas, otro para consultas y operaciones, una sala de espera. -

Algo me había pasado después de hablar con Pachita. Sentía que una energía poderosísima me saturaba e impedía estar tranquilo. Decidí salir al terreno contiguo a la casa y meditar sentado en una silla. Tomé una silla del comedor y cuando iba a empezar vinieron por ella y me ofrecieron otra.

— ¡Que dice Pachita que mejor en ésta!

Me senté, cerré los ojos y a los pocos segundos empecé a sentir un terrible dolor de espalda y una neblina que me impedía pensar con claridad. Decidí meterme al dolor y éste aumentó su intensidad hasta hacerse insoportable En ese momento aparecieron unas imágenes de mi infancia Me hallaba en mi cuarto de niño y mi madre cantaba una canción. El dolor disminuyo y supe que mi

espalda guardaba recuerdos muy tristes. Abrí los ojos y frente a mí una piedra en forma de caracol gigantesco atrajo mi atención. Me cambié de lugar y me concentré en las nubes. Deseaba unirlas para hacer llover. Durante una hora lo intenté sin éxito. Por fin, vencido por el dolor de espalda regresé a la casa y al empezar a escribir comenzó a caer una tormenta.

Doña Candelaria vio la expresión de mi cara y me dijo que había sido necesario llegar a la calma y que sólo así se producían los efectos.

Fui a anunciarle la nueva a Pachita y me despreció.

—No es cierto que fuiste tú —me dijo—, de todas formas tenía que llover.

Me sentí muy triste y añoré la presencia de M. lástima que no haya podido venir, me dije.

Recordé ue al decirle a Pachita lo de la nave de San Pablo ella me había dicho que junto a la casa en la que estábamos, a veces aparecían esas naves.

Parral todavía no sabía que Pachita había llegado y no había enfermos para atender. Me senté a leer a Quetzalcóatl (recordé que al mencionárselo a Pachita, ella se había burlado de su nombre) y a esperar. Me sentía ignorado y triste, empecé a extrañar otra presencia y sudoroso me impedí caer. Pero era difícil no hacerlo, Pachita se había burlado de mí, de Quetzalcóatl, de la posibilidad de hacer llover y de su misma vida.

En la tarde comenzó a venir gente, Pachita me había dicho que había radiado un mensaje a la Sierra y todos esperábamos el aluvión de enfermos.

Releí lo que escribí en este capítulo y me di cuenta de que el que había despreciado primero había sido yo.

En verdad tengo muchas cosas que resolver, me dije alarmado.

CAPÍTULO IX

EL INICIO

Las nubes de Parral hablan de presencias y de ausencias. Enmarcada por colores rosados, blancos, gris oscuros, texturas aterciopeladas, algodonadas suaves y de pronto líneas, cantos de nubes sobre un fondo azul y plateado y rosa y violeta, la casa de S. M. recibió al hermano.

Quince personas fuimos invitadas a la ceremonia. Se cantaron alabanzas y oraciones y mientras Doña Candelaria recitaba dulcemente un canto de bienvenida, Pachita se convulsionó. Se había puesto la túnica de Cuauhtémoc y saludó con su brazo derecho en alto.

— ¡Los saludo hermanos míos y doy gracias al padre por permitirme estar de nuevo con ustedes! Agradezco que me hayan mantenido en su corazón y pido que mi rebaño se conserve unido en armonía.

Al llegar al recinto de operaciones de Parral, enmarcado con un gran cuadro de Cuauhtémoc, flores y un esquema tridimensional del interior del cuerpo humano, S. M. nos había hecho una introducción.

—Aquí, en esta casa —nos empezó a decir—, se han realizado aproximadamente 2 000 operaciones. Antes, el hermano trabajaba en mi casa, pero las condiciones no eran adecuadas. Sepan que en todo este tiempo nadie ha muerto jamás. Las operaciones resultan y los enfermos sanan, pero algunos recaen. No basta la operación, es necesario que ocurra un cambio de mentalidad. Los malos hábitos mentales deben eliminarse para que la cura sea permanente. A mí el hermano me operó de una úlcera. Yo tomaba medicinas 10 ó 12 veces al día y sufría dolores terribles. Me operó y sané, pero seguí trabajando como siempre, preocupándome como siempre, y un día, seis meses después de la operación tuve un ataque de gastritis. Mi hermano le habló a Pachita y ella dijo que el hermano se encargaría de sanarme. Esa noche dormí bien y al otro día estaba completamente curado y hasta la fecha, 4 años después sigo estando bien.

Un niño se aproximó al hermano y éste lo recibió con dulzura.

—Mi dulce niño, fíjate bien que yo te voy a enseñar muchas cosas.

Nos hicieron salir del recinto y yo esperé afuera. Sentí que no me dejarían ayudar y me entristecí.

Las nubes del atardecer cambian de colores como la vida. Y mi vida espera un nuevo milagro. Sentado en medio de unos leños, al lado de la casa blanca, me dolía mi espalda. Yo no soy puro y por eso ya no voy a poderle ayudar a Pachita, yo he cometido muchos pecados, he hecho sufrir y por ello no soy digno. Es terrible sentirse culpable, da dolor de espalda y de cabeza.

A lo lejos vi un rayo reptando entre las nubes y recordé a Don Lucio y me paré de entre los maderos y me acerqué a la casa.

Quiero ver la operación del corazón, algo va a pasar allí y debo ayudar, quiero ver la operación del corazón, me dije con firmeza.

Había visto la lista de operaciones y una de ellas era del corazón.

Era miércoles y por primera vez en esa ocasión de Parral iban a operar.

Seguramente de las 2 000 operaciones, muchas habían sido de corazón pero esa era la primera para mí.

Me acerqué a la puerta con todos los pensamientos que he descrito y me dejaron entrar. Permanecí unos minutos en el cuarto de recuperación y me asomé al recinto de operaciones aprovechando que abrieron la puerta. Me llegó un olor a sangre, calor, sudor humano y falta de oxígeno. Sentí nauseas, tomé fuerzas y penetré. S. M. me pidió que me parara al lado de la cama de operaciones, me acerqué al hermano y lo saludé:

—En el nombre de mi padre yo te saludo, hermano.

—Hola buen hombre. ¿Cómo estás?

Recién habían terminado una operación de trasplante de pulmón y ahora llamaron al siguiente paciente.

Un hombre delgado ocupó la cama. Se quitó la camisa y una terrible cicatriz quedó al descubierto a la altura de su corazón.

¿Cómo te llamas, cariñoso niño? —preguntó el hermano.

La pregunta se repitió varias veces antes de recibir una contestación.

—José —dijo por fin el hombre.

— ¿Ya te han operado, verdad?

Otra vez un largo silencio y por fin una respuesta afirmativa.

—Hermanos —nos dijo el hermanito—, por favor oremos por este hombre.

Todos mis pensamientos lúgubres desaparecieron y le tomé la mano a José mientras el hermano abría su pecho con las tijeras y después introducía el cuchillo.

Abrió unos 15 centímetros y le pidió ayuda a M. Lo hizo sostener una vena que había cortado y empezó a penetrar en el corazón. Hizo otro corte y anunció que estaba a punto de abrir la aorta. Me protegí con un algodón húmedo con alcohol. Pensé que la

sangre brotaría impetuosa y mi expectancia no se cumplió. Sólo un pequeño chisguete fue el resultado de cortar la aorta. El olor que despedía la herida era fétido y repugnante.

El hermano pidió el transplante y lo colocó encima de la herida. Era un corazón rojo. Siguió maniobrando, ligó conductos mientras seguía sosteniendo una vena. El corazón sobre la herida comenzó a latir, lo introdujo y después volvió a cortar adentro con el cuchillo de monte.

—Miren las porquerías que hacen los médicos —nos dijo después de extraer algo que no pude ver con claridad.

Después volvió a cortar y vi como extrajo una masa de tejido todavía palpitante de unos 6 ó 7 centímetros de largo por 4 ó 5 de ancho. Le pidió a M. que fuera soltando la vena y al hacerlo vi como penetraba. La masa de tejido externa había sido introducida y con esas maniobras quedó concluida la más larga operación que había yo visto.

Saturé la herida, la que se cerró inmediatamente y comencé a vendar.

—Con cuidado —dijo el hermano—, no molesten al enfermo.

Todo parecía ir bien cuando de pronto el hermano nos pidió que oráramos.

Yo palpé el pecho con mi mano y sentí un palpitar tremendo.

Así hacíamos antes —me dijo el hermano—, eran nuestros sacrificios. Tú lo sabes ¿no es cierto, Jacobo?

Iba a decir que sí cuando S. M. comentó que toda la historia había sido escrita por los vencedores. El corazón seguía palpitando, aunque ligeramente más calmado que antes. De pronto el hermano gritó algo que al principio no entendí, pero después capté con claridad.

—Necesito dos transfusiones, rápido que se nos va.

S. M. del lado izquierdo y M. del derecho entrelazaron sus brazos con los del enfermo. Arrodillados juntaron sus antebrazos en esa transfusión instantánea. El corazón seguía latiendo aún con mayor fuerza.

La escena terrible de dos seres arrodillados entrelazando sus brazos con los del enfermo; yo palpando el corazón y la gente alrededor con las palmas de sus manos hacia nosotros, era espeluznante. Como si fuera poco, en ese instante comenzaron a verse relámpagos y a oírse truenos. De pronto Pachita se desmayó y cayó sobre el cuerpo de S. M. aplastando la transfusión. Fue un momento de máxima tensión. El corazón seguía latiendo pero Pachita parecía muerta. Pasaron dos minutos y una voz cadavérica empezó a salir de la boca del cuerpo yaciente de Pachita.

— ¡Buenas noches!

Era una voz lenta y casi burlona.

S. M. levantó su cabeza y le preguntó:

— ¿Quién eres?

M. lo hizo callar inmediatamente.

Después el cuerpo de Pachita recobró su posición original y nos saludó.

—Ya está bien todo, cuiden mucho a este hombre. Lo acabé de vendar y se lo llevaron.

— ¿Qué pasó, hermano? —le pregunté ansioso.

—Pues., que se iba a ir, Jacobo.

— ¿Y qué hiciste?

Fui a pedirle a mi padre, me contestó, y me dio el permiso de otorgarle más vida. Al final de la sesión le pregunté a Doña Candelaria. Me vio con sus enormes ojos y me contestó:

—Se iba a morir y el hermano tuvo que dejar el cuerpo de Pachita, para irle a pedir al Señor por la vida del enfermo. En ese momento la muerte vino y su saludo fue ese “Buenas noches” Después regresó el hermano y todo fue bien. Cuando operamos a mi mamá, también vino la muerte y más vale no contestarle el saludo.

Por eso M. hizo callar a S. M.

Trajeron a una mujer joven, delgada y sumamente calmada. Se acostó en la cama y el hermano pidió la sierra. Era un caso de un tumor cerebral. Mientras la sierra cortaba el cráneo, la mujer reía. Fue una operación extraña y sin dolor alguno. Al final le pregunté acerca de su valentía.

—Es por mi esposo y mis hijos, por ellos debo estar bien.

Recordé a mi madre, por causa de un cáncer cerebral, la habían operado extrayéndole medio cerebro. Durante tres años mis hermanos, mi padre y yo vivimos un tormento indescriptible.

Si hubiéramos sabido de Pachita, si ella la hubiera operado en lugar de un neurocirujano…

Amé a esa mujer valiente y entendí sus razones más que ella misma.

Después trajeron a una muchachita. Tenía alrededor de 15 años y se quejaba de dolores abdominales.

El hermano la auscultó y detectó un tumor en el estómago.

— ¿Eres señorita?

— ¡Sí hermano!

—A ver, a ver. . . —las manos de Pachita tocaron el vientre.

—No es cierto, no eres señorita.

— ¡Sí soy!

—A ver, a ver, sí, sí eres, mi niña preciosa, sólo quería asegurarme. A las señoritas hay que cuidarlas mucho en estas operaciones.

En seguida y sin más preámbulos, el hermano introdujo el cuchillo en el vientre y cortó una gran herida. En treinta segundos le señaló el tumor a S. M. haciéndole meter los dedos a la herida. Vi la expresión de asombro de S. M. y su inmediato retiro de la mano. Se limpiaba la sangre en la sábana mientras el hermano seguía operando.

Por fin, extrajo un tumor, me pidió saturar y vendamos la herida.

Después trajeron a un viejo.

Tenía un terrible dolor trigeminal que iba a ser curado mediante el trasplante total de un nervio trigémino.

Este último era sostenido por el hijo del enfermo, mientras el hermano horadaba la parte inferior de la región temporal derecha del hombre.

Mientras operaba, la boca de Pachita pronunciaba frases… ahora debo mover a un lado el nervio óptico, ahora debo ligar, ahora voy a cortar aquí.

El viejito se quejaba amargamente y en ese momento una tormenta tremenda se desató. Los truenos y rayos casi movían la casa y el recinto se alumbraba de un violeta eléctrico intensísimo. La lluvia comenzó y el hermano dio gracias mientras seguía operando.

— ¿Ya no te duele tu ojito, mi cariñoso muchachito?

—Ya no, señor, ya no.

Saturé en medio de la tormenta mientras los brazos de Pachita permanecían con las palmas hacia arriba en señal de recibir la lluvia.

—Ahora todos los animalitos vivirán —decía con sus manos extendidas—. Las víboras, los alacranes, todos los seres tienen derecho al agua, la que bendice su vida.

Amé a los alacranes y a las víboras y a los truenos y a la lluvia.

Alguien vendó al cabeza del anciano y su hijo dijo que también tenía malo su oído.

— ¡No oye nada con él!

El hermano tomó el cuchillo y lo penetró por el conducto auditivo. El anciano lloraba y decía que prefería la sordera a ese dolor.

—Ya señor, déjame sordo, déjame sordo, pero ya.

—A ver, Jacobo, háblale.

Me acerqué a su oído y le hablé y me contestó.

Con eso terminó la sesión. El hermano se regocijaba en el interior del cuerpo de Pachita y llamó a Candelaria.

Cande empezó a cantar alabanzas acompañada del hermano.

—Dios nuestro, cantaban, alabado sea tu nombre y la luz que nos regalas. Danos vida y corazón, haznos buenos, te agradecemos tu misericordia.

No recuerdo las palabras exactas. Sólo sé que era algo bellísimo y la tormenta, los relámpagos, los truenos, parecían acompañar a esos seres llenos de fe y amor.

Antes de despedirse, el hermano nos preguntó si queríamos algo.

Una muchacha se aproximó, era hermosa y joven. Había ayudado con los algodones y se quejaba de una indigestión.

M. la tomó del brazo y claramente emocionado la hizo acostarse en la cama y lenta y sensualmente le descubrió la espalda. Le empezó a dar un masaje pero la joven protestó y pidió por el hermano.

Yo me acerqué después. Sentía vergüenza de confesar mi dolor de espalda. Me hicieron acostarme y el hermano me recomendó baños de agua caliente.

—Lo que tienes es mucho cansancio.

Me levanté y M. me hizo doblar las manos y en un movimiento rapidísimo me jaló la espalda hasta hacer tronar mis vértebras. Inmediatamente se me alivió el dolor.

Después de eso, el hermano se despidió anunciando que pediría mucha lluvia para la zona de Parral.

—Lloverá mucho —dijo con certeza.

Nos colocamos alrededor del cuerpo de Pachita y con nuestras manos la protegimos.

Se convulsionó y volvió en sí, pero con otra entidad.

Volteó a ver a S. M. y le dijo cosas incongruentes. Después se convulsionó de nuevo y por fin apareció Pachita.

El cambio en el tono de voz, intensidad y calidad de movimientos y dicción eran clarísimos y nunca antes me parecieron tan obvios como en esta ocasión.

Nos saludó a todos y a mí me preguntó por mi hospedaje.

—En el Hotel Adriana —le contesté.

—Vaya, si es el mejor hotel de Parral, chiquito…

CAPÍTULO X

EL EXORCISMO

El verdadero desarrollo sólo se da cuando en el silencio se reconoce la voz y todo lo que dice y hace ver se acepta como real.

Así me sucedió cuando me plantee la validación como sinónimo de percepción directa y algo en mí se abrió y me hizo ver y comprendí...

Aquella tarde del viernes, la gente de Parral comenzó a llegar a la explanada frente a la casa de blanco. Frente a ella, la impregnadora matizaba de un negro brillante durmientes de ferrocarril. De vez en cuando una gran caldera llegaba a su nivel límite de presión y un vapor blanquecino con un ligero olor a petróleo lanzaba nubes que se elevaban dándole a aquella escena un cariz fantasmagórico.

Por alguna razón yo había decidido meditar horas enteras en dos lugares, un montículo de piedras marmóreas que me recordó los alrededores de Jerusalem y encima de los durmientes apilados en hileras.

Me había llevado mi flauta y calmaba mi dolor de espalda con su sonido.

Las operaciones empezarían a las 18:30 y media hora antes penetré a la sala de la casa para encontrarme en ella con S. M.

Un bellísimo Cristo colgaba de la pared. Pachita había colocado alrededor de su cabeza ramas delgadas llenas de hojitas que hacían ver a la figura como rodeada de una aureola.

Nos sentamos a la mesa y S. M. me preguntó acerca del libro que escribía. Tenía desconfianza de los escritores y temía que el libro no estuviera a la altura de la obra del hermano.

Discutimos acerca de ello y a los pocos minutos ambos nos percatamos de la similitud de nuestros puntos de vista y la desconfianza se transformó en camarería franca y masculina.

S. M. sostenía que la fuente de desarrollo era la limpieza interna, el equilibrio y la falta de juicios. Habló de su transformación cuatro y medio años ha, cuando recién conoció a Pachita y al hermano.

—Yo vivía para sobrevivir —me confesó con sinceridad—, cada obra que emprendía me imaginaba quitaría un vacío que dentro de mí experimentaba. Pero no era cierto. Cada logro económico me dejaba más vacío. Un día conocí al hermano y desde ese instante mi vida adquirió significado y el vacío desapareció. Ahora estoy con Dios en paz.

E. nos avisó que había una emergencia en el Hotel Camino Real y que él y su mamá irían a atenderla. Yo habitaba en el mismo hotel y comprendí parte de mis sueños del día anterior.

Una hora más tarde, Pachita regresó con las manos llenas de sangre y nos contó que el hermano había operado un caso de parálisis cerebral.

—“Cualquier cobija se vuelve jorongo abriéndole una bocamanga en medio” —nos dijo orgullosa de la habilidad del hermano para operar en cualquier lugar…

Ya en el recinto de las operaciones y frente al cuadro de Cuauhtémoc, Pachita se colocó la túnica del emperador azteca después de las oraciones y bendiciones de bienvenida entró en trance. En esta ocasión no hubieron los movimientos convulsivos de otras veces.

Levantando el brazo derecho, el hermano nos saludó y preguntó por los enfermos. Me di cuenta que ya no confundía a Pachita con el hermano y que ya los veía como dos personalidades separadas una de otra.

—Hay unas consultas y luego 10 operaciones, hermano —le dijo M.

—Bueno, otra vez me encuentro entre ustedes sabiendo que la obra continuará con su ayuda. Sepan que nunca me olvido de ninguno de mis pequeños y que siempre los tengo en mi corazón.

—Hermano —le dijo S. M. — mis hijos quieren despedirse de ti. Se van a estudiar y desean tu bendición.

—A ver, mis pequeños, acérquense aquí. Sepan que de ahora en adelante deberán empezar a corresponder todos los sacrificios que su padre ha hecho por ustedes. Cuando él tenía vuestra edad, apenas si pensaba en otra cosa más que crear su propio futuro, pero a partir de vuestro nacimiento todos sus esfuerzos los dirigió a su familia. Quiso crear una casa y darles educación, alimento y comodidades para que ustedes crecieran fuertes y ahora que los ve partir su corazón sólo pide fuerzas para que sus hijos no se aparten del camino que él les ha mostrado y abierto. Yo sé que a vuestra edad todo es posible y no existen obstáculos. Todo tiene un color rosado y uno no comprende muchas cosas. Tened cuidado y sabed que yo siempre estaré con ustedes.

—Hermana —dijo el hermano dirigiéndose a la señora F. dama de Parral. Ten cuidado con esa nueva amistad que visita tu hogar. Eres demasiado ingenua y no vaya a causar daño a tus hijos.

F. pareció comprender la admonición y yo me asombré de la transparencia que todos teníamos para la “mente” del hermano.

— ¿A alguien se le ofrece otra cosa? —nos preguntó e hermano a todos.

De los 15 del recinto, algunos se acercaron al hermano, lo saludaron y él los aconsejó.

Después todos salieron, excepto M., E, Cande y yo.

Algunos se preparaban para recibir a los enfermos y otros se dirigieron al cuarto de recuperación para atender a los operados.

Una señora de origen americano y con un bebé en brazos fue la primera en consultar.

— ¿Qué le pasa a mi mujercita?

Yo traduje que la bebé había nacido con una malformación cerebral y que los médicos la habían desahuciado, diagnosticando parálisis cerebral, ausencia de crecimiento neuronal y muerte segura.

El hermano tomó entre sus brazos a la criatura y con una ternura sublime le preguntó lo que tenía y la observó con sus ojos cerrados.

Esa percepción del cuerpo de Pachita con los ojos cerrados siempre me asombraba. Parecía ver cada una de las células y todos los pensamientos de sus enfermos sin utilizar más que un contacto directo en el que los órganos sensoriales convencionales no participaban.

—Hermano Jacobo, dile a la mamá de esta criatura, que su hija se puede salvar. Que las células que producen líquido cefalorraquídeo están desorganizadas, pero que puedo inyectarle líquido y con la ayuda de mi padre volver a organizar su cerebro. Pregúntale si lo acepta y si así lo hace pídele que nos espere afuera para operar a su hija más tarde.

A la mamá se le salieron las lágrimas cuando le transmití el mensaje y aceptó la operación.

Un señor con muletas y acompañado de un amigo fue el siguiente caso.

Venían de Texas, en donde al enfermo le habían injertado una rodilla de plástico y acero, que su cuerpo rechazaba constantemente. Había pus y dolor y la pierna había quedado inservible.

M. apuntaba los casos y llenaba unas hojas con las recetas que de vez en cuando el hermano dictaba. Me fijé que M. escribía por su cuenta momentos antes del dictado. Parecía saber, igual que el hermano, las medicinas que necesitaban. Me llamó a su lado y con su índice me señaló la rodilla vendada.

—Mira Jacobo, debajo de esa venda veo el injerto rechazado. Está muy flojo y se secreta pus a todo su alrededor.

El hermano lo hizo guardar silencio. Todo lo que acontecía en ese recinto era enseñanza y el sucesor del hermano, M., aprendía lecciones como las del silencio.

—Mañana me lo traen —le dijo el hermano al acompañante del enfermo—. Vamos a darle anticocos y polilla y te voy a enseñar a lavarle la herida. Con eso se curará.

Después entró una señora de edad, muy gorda y con una expresión de dolor en su cara.

— ¿Qué le pasa a mi pequeña?

—Me duele mi vientre y dicen que deben operarme de no sé qué cosa.

— ¿Quiénes dicen?

—Los del Seguro, pero a mí me da miedo.

—A ver mi muchachita, vamos a ver.

El hermano colocó su mano sobre el vientre y lanzó una exclamación de asombro, se acercó a mí y en un susurro me dijo que era cáncer muy avanzado.

Volteó en dirección de la mujer y le preguntó

— ¿Cómo has aguantado tanto tiempo, mi dulce pequeña? Vas a esperar afuera y te voy a operar hoy mismo.

— ¡Ay! hermano, me da miedo.

—No temas mi pequeña, tú espera afuera.

¡Cáncer! ¡cáncer!, es un desastre esa enfermedad, pensé yo mientras pasaba la siguiente enferma.

Una señora muy delgada, morena y toda vestida de negro.

— ¿Qué le pasa a mi mujercita linda?

—Los doctores del Seguro me operaron y me quitaron mi matriz y desde entonces me he sentido mareada y sin apetito y con muchas náuseas. Ahora dicen que me deben dar radiaciones y a mí me da mucho temor.

— ¡Pero cómo se atrevieron, mi pequeña! A ti no debían de haberte quitado tu matriz y tampoco necesitas las radiaciones. Tú no tienes cáncer, mi pequeña. Te vamos a dar unas medicinas y con eso te curarás por completo. A ver M., necesitamos…

Antes de entrar a consulta yo había platicado con A., una joven de mucho carácter que ayudaba en la obra. Dos años antes, A. tuvo un problema renal muy intenso. Empezó a engordar, a ponerse amarilla y a tener dolores y dificultades muy grandes. Los médicos habían considerado que su caso no tenía remedio alguno. El hermano le había injertado dos riñones y con esa operación el problema se había resuelto por completo. A. era delgada pero fuerte, de pelo negro azabache, piel suave y rosada y a partir de la operación no había tenido problema alguno.

En realidad, el hermano había tenido que operarla dos veces. Después del primer injerto, A. no había descansado los 40 días que le habían indicado y un riñón se había separado de su lugar. Después de la segunda operación había sido más cuidadosa y sus riñones nuevos funcionaban a la perfección. También tenía los ojos brillantes y luminosos de los operados por el hermano.

La penúltima consulta fue una niña de 14 años acompañada de su hermano.

— ¿Cómo está mi linda pequeñita?

—Pues vengo porque mi menstruación es muy frecuente y tengo dolores.

—A ver mi linda, acérquese.

El hermano la palpó y le dictó unos remedios a M.

—Con eso se va a curar usted. Ándele mi palomita. ¡Qué chiquita!

La última consulta fue una parálisis facial. Una joven acompañada de su madre la tenía.

—Eso es muy fácil, mi pequeña, vas a tomar.

Las consultas habían concluido y nos preparamos para las operaciones:

M. me pidió mi lámpara de mano, E. se colocó en la cabecera, S. M. a un lado del hermano y yo y F. frente a él.

Primero pasaron a la criatura con problemas cerebrales. Su cuerpecito delicado apenas si sobresalía de entre las manos de E. y las mías que lo sostenían boca abajo mientras el hermano introducía sus dedos en la base de la columna.

Yo había observado ya muchas operaciones como ésa. Les denominaban “líquidos” y nunca había entendido cómo el hermano inyectaba líquido cefalorraquídeo solamente usando sus dedos.

La bebé lloraba y se privó dos veces. Yo la consolaba y apretaba su manita pequeñita tratando de disminuir su dolor. Por fin se calmó. El hermano la acercó a su pecho y después de acariciarla se la entregó a su mamá, quien la recibió feliz y emocionada.

—Tu hija ya está sana —le dijo dándole confianza.

—Jacobo —me dijo S. M. —, cierra la puerta del cuarto de recuperación en cuanto salgan los enfermos, eso ayuda a la armonía.

Yo le obedecí y me preparé para el siguiente caso.

Una señora sumamente nerviosa ocupó la cama de operaciones.

—No se ponga tensa, mi cariñosa niña, cálmese que no la vamos a poder operar con esos nervios.

Le descubrimos su vientre y le tomé la mano mientras E. le protegía la cabeza.

El hermano cortó, con unas tijeras, una pequeña incisión que agrandó con el cuchillo. Introdujo su mano en la hendidura y arregló la vesícula. Saturé y E. vendó. La señora casi no se había quejado y se la llevaron cargando al cuarto de recuperación.

—Jacobo —me volvió a decir S. M. —, cierra esa puerta con llave, ayuda a la armonía.

Noté que S. M. parecía extasiado y en medio de una especie de trance. La misma indicación me la hizo después de cada operación.

El siguiente caso también fue de vesícula, enteramente similar al anterior. Noté que todos le preguntaban cosas al operado sobre todo en el momento en que se introducía el cuchillo. A. era una experta en eso y entendí que ayudaba a distraer al enfermo del dolor.

—El que sigue es muy fuerte —nos dijo el hermano antes de que pasara un hombre recio y de espaldas anchas, transportado en una silla de ruedas por su esposa.

—A ver, mi muchachito, cómo van esas piernitas.

El hombre, operado varias veces por el hermano, confesó que mejor pero todavía no muy bien.

E. le ayudó con un brazo y yo con el otro a pararse. Parecía de acero y su tremendo peso apoyado en mi hombro izquierdo me dobló mi espalda haciendo que regresara, con toda su intensidad, el dolor que había disminuido con la ayuda de las meditaciones. Por un milagro no lancé un alarido y me quedé parado sosteniendo a aquel hombre y pidiéndole a Dios no caerme de bruces por el dolor.

Lo acostamos boca abajo y E. se dirigió a sus piernas, las jalé y vi que una de ellas era 5 ó 6 centímetros menor que la otra. El hermano le pidió a E. que las emparejara y éste trató de hacerlo mientras el cuchillo penetraba en la espalda a un lado de la columna.

El hombre había sido operado en los Estados Unidos. Le habían cortado el ciático y modificado unos huesos para permitirle estar sentado.

— ¡Estos doctores!—se quejó el hermano—, hicieron una desorganización tremenda de los nervios y los dejaron todos enredados. Ahora debo dar vuelta aquí y jalar acá…

—A ver, pequeño, E. jala más la pierna mientras yo desenredo este nervio.

La punta del cuchillo giraba mientras E. jalaba y la separación de 5 ó 6 centímetros disminuyó hasta ser de 3 ó 4 centímetros.

—Ya no se puede jalar más, dijo E.

—Bueno, aquí lo dejamos. Hermano Jacobo satura esa espalda y mantén tu mano sobre el algodón mientras yo giro al cariñoso.

Con un movimiento fuerte, el hermano colocó de lado al hombre y se aprestó a intervenir en medio de sus asentaderas. Había una terrible llaga infectada que empezó a raspar con el cuchillo mientras el hombre gemía de dolor y a mí se me partía mi espalda. Por fin, el hermano terminó y E. vendé al hombre.

Me pidieron que ayudara a cargarlo hacia el cuarto de recuperación y no pude hacerlo.

—El que sigue también es muy recio, anunció en seguida el hermano.

Entró un hombre muy fornido acompañado de su hermano. Sufría un dolor muy intenso del vientre. M. susurré que el hermano del hombre no soportaría ver la operación pero nadie le hizo caso. Acostamos al hombre y el hermano comenzó a operario. Al terminar oímos un golpe en seco y nos dimos cuenta que su hermano se había desmayado.

M. recordó su Precognición y el hermano le dijo que su tercer ojo se estaba abriendo.

Teníamos dos enfermos que atender. Al hermano lo atendió M. y al operado E. lo vendé y se lo llevaron a recuperación.

Después pasaron dos jóvenes. Una de ellas, G., tenía diabetes y su muslo izquierdo tenía una alteración muy fuerte en su circulación sanguínea.

Los ojos de G. tenían forma de felina y parecía muy enojada con los hombres.

—A ver mi niña preciosa —le empezó a decir el hermano—, ya sé que no me creen, pero esa diabetes se le va a corregir si toma agua de clavos oxidados.

— ¿Qué le pasa en su pierna a mi cariñosa?

—Tengo muy mala circulación y mis venas se están reventando.

Le descubrimos las piernas y el hermano empezó a operarla con el cuchillo.

Hizo varias incisiones y las dejó al descubierto para que todos viéramos lo que había hecho. Por fin E. saturó y F. vendó la pierna.

—Yo nunca me voy a casar —dijo súbitamente_, G. todos los hombres son malos.

—A ver, a ver —le respondió S .M. —, el hermano también es hombre.

— ¡Sí, yo también soy un hombre!

—Yo he oído hablar de usted Don S. M.

— ¿Bien o mal? —preguntó el hermano.

—Muy buenas cosas he oído.

—Ya ves, y también yo soy hombre —le contestó S. M.

—Pero ustedes son excepciones —dijo G. —, todos los demás son malos…

Una señora, de mediana edad, corpulenta y ligeramente obesa fue bienvenida por el hermano.

Se acostó boca arriba y al auscultarle el vientre el hermano lanzó una exclamación de sorpresa.

—Una, dos, tres, cuatro operaciones mi cariñosa. ¿Cómo le voy a hacer si ya no tengo ni lugar?

—Mira, mi pequeña, tú debes dejarlo todo, ¿me entiendes? Debes vivir sola porque si no lo haces por más que yo te opere te van a volver a hacer daño. ¿Me entiendes?

Voltee a ver la cara de la señora y noté que no había entendido. Confieso que yo tampoco y después supe por qué.

Le tomé la mano mientras el hermano abría el vientre. Le pidió a A. una aguja y por primera vez lo ví suturar. Con toda rapidez y certeza, las manos de su materia introducían la aguja al interior del vientre y las volvían a sacar una y otra vez y al final, de un tirón rompió el hilo. Alguien debía de haber sostenido el hilo desde el interior del cuerpo; ésa era la única forma de entender cómo se rompió sin sacar detrás de sí (por el tremendo estirón) los órganos que habían sido ligados con él. E. saturó y vendó mientras yo me acerqué al oído de la mujer y le pregunté si había entendido las indicaciones del hermano.

— ¿Es que debo dejar a mi marido? —me preguntó ansiosa.

—Pues yo creo que sí, pero mejor pregúntale al hermano.

—Hermano —le dije, interrumpiendo su conversación con S. M. —. Esta mujer quiere preguntarte algo.

— ¿Debo dejar a mi marido?, pero tengo dos hijas y van a sufrir mucho.

—No, m hija, ¿cómo crees? Debes dejar las malas amistades y las costumbres que te hacen apartarte de Dios. Debes cambiar tu modo de pensar.

—Pero es que él toma mucho —protestó la mujer.

—Aguántalo y la próxima vez que beba ponle **(**)** en su copa y después ya verás. Tú misma invítalo a beber y no lo hará.

Mientras se llevaban a la mujer, el hermano comentaba con S. M. aquella mala interpretación.

— ¡Te imaginas! ¡Yo aconsejando destruir una familia…!

Me di cuenta que yo había interpretado a mi propio juicio aquello de ¡debes dejarlo todo! Supe que esa había sido mi conducta en varias ocasiones y "solución" a la vida ¡dejarlo todo! cuando había un problema muy fuerte. Mi dolor de espalda aumentó considerablemente y pedí por su alivio.

En seguida hicieron pasar a una señora muy gorda. El hermano la había consultado al inicio de la sesión y al detectar cáncer le había pedido esperar.

Te vamos a operar para quitarte lo que tienes en tu estómago —le dijo el hermano con firmeza.

—Pero es que yo sólo vine a consulta y me da mucho miedo.

—No, mi cariñosa, que no te dé miedo, ¿prefieres seguir sufriendo?

Un olor terrible saturó el recinto mientras el hermano abría el vientre y extraía el cáncer. La mujer temblaba y pedía por misericordia. Por fin, saturé y E. vendó y descansamos un instante.

Pasaron varios segundos y yo empecé a sentir algo muy extraño. Me parecía que todo estaba demasiado calmado y sin embargo flotaba una tensión rara en el ambiente. El hermano nos volteó a ver y nos dijo que el siguiente era un daño, que tuviéramos mucho cuidado. Entendí mi sensación extraña y pasaron a una mujer de elevada estatura y obesa.

— ¡Acuéstate, mi hermosa niña, acuéstate!

Noté un vacío en la mirada de esa mujer y recordé las palabras de L. de estar muy atentos.

****No recuerdo lo que dijo.**

El hermano pidió una cadena de protección y todos excepto E. nos tomamos de las manos. Yo sentí que una energía poderosísima me traspasaba. El hermano abrió el vientre y empezó a forcejear con el daño. La mujer había dicho que un brujo le había extraído una tarántula de su pecho pero que algo extraño se había quedado adentro. El hermano seguía operando y de pronto se oyeron unos ruidos afuera. Niños llorando, gente gritando, gemidos…

Por fin, el hermano sacó el daño y se lo entregó a Cande, quien lo cubrió con un papel negro. En ese momento los ruidos, gemidos y llantos de afuera aumentaron y algo se posesionó del hermano. Cayó desmayado y unos segundos después empezó a decir:

— ¡Vete, déjame en paz, vete, te lo ordeno!

En seguida se recuperó y al llevarse a la mujer alguien entró corriendo al recinto.

— ¡Una camioneta se vino para la casa y atropelló a un niño!

—Les dije —dijo el hermano—, los niños deben ser encerrados en un cuarto cuando alguien trae un daño. No les importa matar a un niño a esos espíritus. Buscan venganza y en los indefensos encuentran una presa fácil.

Después nos confirmaron que algo muy extraño había pasado. Una camioneta estacionada frente a la casa se había venido, súbita e inexplicablemente en reversa y había dejado debajo de ella a un niño que jugaba en la misma dirección. Un adulto había corrido a salvar al pequeño y lo había logrado un segundo antes de que una rueda aplastara su cuerpo. El hermano respiró aliviado y me pidió que ordenara encerrar a todos los niños en un cuarto vigilado y protegido. Salí y eso hice.

Al volver a entrar vi que el hermano se había parado de su lugar y después de arrancar un listón amarillo de un arreglo floral, lo tendía horizontal alrededor del recinto.

Después, penetró con el listón en el cuarto contiguo y lo amarró al picaporte de una puerta. Le pidió a E. que hiciera lo mismo

con el otro extremo, que lo amarrara al picaporte de la puerta d entrada al recinto. El listón no alcanzaba y tuvimos que buscar otro. Encontramos un pedazo anaranjado. Después de recibir la aprobación del hermano lo amarramos con el otro y con el picaporte. El hermano se volvió a sentar y más tranquilo nos dijo que ya podíamos continuar.

Sólo entonces me percaté que estaba completamente bañado en sangre. Al abrir el vientre de la mujer con el daño, un chorro caliente me había caído en la cara y en la ropa. También me acordé haber sido mojado desde el techo. Le pregunté a A. si ella había sentido gotas y me dijo que mientras hacíamos la cadena, Doña Candelaria había estado arrojando bálsamo como protección.

Durante tres días consecutivos antes de esa sesión yo había visto a un señor ya grande vestido en forma muy elegante y con un sombrero tipo londinense pasearse en la explanada frente a la casa. Me había llamado mucho la atención porque durante horas chiflaba una misma tonada. Parecía un pájaro y a pesar de las repeticiones monótonas, el tono y los cambios de ritmo que ejecutaba eran primorosos. El enfermo que siguió fue ese señor. Lo acostamos boca arriba y me enteré que tenía algo malo en su garganta y en su cerebro.

El hermano tomó el cuchillo y abrió la garganta. No alcancé a ver que hacía y terminó muy rápido. Después pidió la sierra. Al inicio de la sesión yo había visto esa sierra y me había atemorizado. Era la hoja de fierro de uno de esos instrumentos que se usan para cortar metales, larga y delgada. Con el cuchillo, el hermano abrió el cuero cabelludo y con la sierra perforó el hueso. Yo le sostenía la mano a aquel hombre y al terminar E. lo vendó. Esa fue la segunda ocasión en la que el hermano suturó con aguja. En este caso fue la garganta de aquel gigantesco ruiseñor. Después de retirar al operado, volví a sentir el ambiente cargado de tensión.

El hermano nos volteó a ver y preguntó si los niños estaban bien y encerrados en su cuarto.

—Oremos hermanos, porque lo que sigue es otro daño.

Se refería a Daniel, un niño de 4 años que estaba poseído por un tal Fernando Breñas.

Cuando E. oyó que se iba a operar otro daño protestó.

—Hermano, le dijo con voz firme, mejor lo dejamos para el miércoles.

—No mi pequeño E., ¡de una vez!

Íbamos a presenciar un exorcismo y todos sentimos la necesidad de acumular energías. El hermano pidió una cadena de protección y silencio. E. y yo nos introdujimos dentro de la cadena y los demás se tomaron de las manos alrededor nuestro. Entraron la mamá y su hijo Daniel. Se veía muy asustado y se negó a acostarse en la cama. Lloraba mientras E. y yo lo forzamos a acostarse. Para su edad tenía la fuerza de un hombre adulto. Yo te sostuve las piernas y E. la cabeza mientras el hermano nos pedía que rezáramos. Perdiendo todo temor le tomé la mano y lo empecé a acariciar mientras sostenía sus piernas. Todos sabíamos que teníamos delante a un niño y al mismo tiempo a un siniestro espíritu. Me alegré de haber podido vencer mi repugnancia por el segundo y sólo ver en ese cuerpecito a una criatura inocente. El hermano empezó a hablar como nunca lo había oído.

— ¡Vas a salir del cuerpo de este inocente! —le decía—. ¡Te ordeno que salgas!

El niño o el espíritu lloraban desesperadamente y trataban de liberarse de mí y de E.

El hermano repitió una vez más la orden y después introdujo el cuchillo en el pecho hendido de Daniel.

— ¡Muere, maldito, muere! —le decía con tal intensidad que a mí se me erizaron los cabellos.

— ¡Con cuchillo no, con cuchillo no! —decía aquel bajo astral.

Supe que no era el niño el que hablaba porque era imposible que hubiese visto el cuchillo. Era el otro, Fernando Breñas.

El hermano sacó el cuchillo y lo volvió a introducir con fuerza.

— ¡Muere, maldito, muere!

Una voz cadavérica, hombruna, acabada, salió del cuerpo de la criatura.

— ¡No puedo más!

En ese momento, el hermano sacó algo inconcebible del cuerpo del niño. Se lo pasó a E. y él nos lo mostró.

— ¡Miren, miren bien esto!

Era una especie de hoja de puñal de consistencia similar a la del carbón negro, plano de ‘10 centímetros de longitud y de 4 de ancho terminado en punta.

Era increíble y asombroso ver aquella horripilante forma extraída del pecho de la criatura. Cande se adelantó y esa forma negra fue retirada y guardada en el mismo papel negro del otro daño.

Mientras tanto, un cambio total ocurrió en aquel niño de 4 años. En lugar de gritar y lanzar bufidos se había quedado quieto y se quejaba dulcemente Su vocecita era de un niño y su cuerpecito sin energías fue abrazado por el hermano.

Lo tomó en sus brazos, lo acercó a su pecho y en medio de caricias y besos lo arrulló con tal ternura y amor que todos nos quedamos viendo la escena en absoluto silencio.

Creí ver lágrimas en la cara de Pachita mientras consolaba a la criatura.

— ¡Mi niño, mi chiquito, mi amoroso, ya salió, ya eres tú, ya no sufrirás!

El hermano pidió agua y lanzó unas gotas en la frente del niño.

— ¡Yo te bautizo, mi pequeño, yo te protegeré, yo te amo!

Al salir cargado en los brazos de M., el cuerpo de Pachita cayó sin vida en los hombros de S. M. Dos o tres segundos después se levantó y empezó a gritar.

— ¡Diego, Diego!

Era aquel espíritu perdido en el cuerpo de Pachita y buscando su usual refugio. Hubo una movilización total.

El cuchillo de monte fue escondido y alejado de las manos de Pachita, lo mismo que las tijeras.

M., corriendo se acercó a la cabeza de la Santa y la abrazó mientras E. los protegía extendiendo las palmas de sus manos en su dirección.

S. M. se quitó el aporte que en forma de cruz traía en el pecho y lo colocó en la nuca de Pachita. Todos esperamos y el hermano volvió.

— ¡Dios mío, Dios mío! —me oía mí mismo decir.

S .M. pidió una explicación al hermano.

—Mira pequeño —empezó a decir éste—. Una familia tiene tres hijos y el padre sale a la calle y pasa por una esquina en la que momentos antes han asesinado a alguien. El espíritu del muerto se mete en su cuerpo. Llega a la casa enojado y se pelea con su esposa frente a sus niños. En medio de la desesperación de los pequeños, el espíritu se posesiona de uno de ellos. Así sucede y lo que deberían comprender los padres es que nunca deben pelear frente a sus hijos, jamás. El niño se acobarda, se desorganiza y poco a poco se chupa toda la agresión de sus mayores. En un caso extremo llega a suceder lo que pasó con Daniel.

—Hermanos míos —nos dijo en seguida el hermano—, me despido de ustedes.

— ¿Alguien desea algo?

Yo me adelanté. El dolor de mi espalda era insoportable y le pedí ayuda al hermano.

—Si sigues así te tendremos que operar —me dijo éste en broma—. Acuéstate, y veremos qué podemos hacer.

Me acosté boca abajo y las manos de Pachita me tocaron la espalda. Sentí un alivio instantáneo. Después E. me levantó en vilo y rápidamente me dobló sobre mi estómago. Yo lancé un gemido y después me reí con gusto. Todavía me dolía, pero casi nada.

El hermano se volvió a despedir de nosotros. Rodeamos a Pachita y M. se colocó frente a ella con los músculos tensos. En un minuto Pachita ocupó su cuerpo y se restregó los ojos.

Todavía con la luz apagada, E. le mostró a F. una tarántula de hule que sostenía en su mano. F. empezó a gritar lo mismo que las otras mujeres mientras los hombres reíamos encantados por la broma En ese ambiente prendieron la luz. Pachita me volteó a ver y la sangre sobre mi cara y ropa la impresionaron.

—Jesús ¿qué te pasó, Jacobo?

A la salida nos invitaron a una fiesta. Todos aceptamos y a mí S. M. me llevó a mi hotel. En el camino seguimos hablando de Dios y de la obra y de la conciencia. Quise a S. M. por su sinceridad y devoción.

Me contó que el Dr. M. había tenido dificultades con él. Un día vino a decirle a Pachita que los americanos querían pagarle unas sustanciosas mensualidades a cambio de unas entrevistas y estudios sobre el hermano “Yo me enojé con ese hombre” dijo con fuerza S. M. “¡Cómo se atrevía a decir aquello!” “Pachita” —recuerdo haberle dicho “es un Pájaro que necesita libertad y nadie puede encarcelarla jamás”.

“El equilibrio” —me continuó diciendo S. M. “el equilibrio que yo he hallado quisiera que todos lo disfrutasen.

CAPÍTULO XI

EL MONTE BLANCO

En verdad, todo llega cuando debe.

Durante muchos años quise salirme de mi cuerpo y realizar viajes Astrales y solamente aquí en Parral empiezo a entender la técnica. Algo tiene Parral que hace que la gente se interese en el espíritu. Aun en Las fiestas se habla de ello y A. viene por mí, en su cuerpo etéreo, todas las noches a las 12 y ayuda a mi espíritu. Viaja y viene en Astral y la siento. ¿Serán las minas? ¿El aire?

Aquí nació Pachita, hija ilegítima y fue abandonada al nacer.

Deseoso de averiguar más de la vida de Pachita fui a verla, el domingo en la mañana.

Sentada en una silla, en la cocina de la casa de blanco, con su suéter raído y su vestido de siempre le daba consejos a su hija.

Al poco rato se paró y fue a arrullar a su nietecita acostada en una carreola.

Me senté a su lado y le comencé a preguntar.

— ¿Naciste aquí, Pachita?

—Sí, en Parral, pero era pecado porque mis padres no se habían casado y me abandonaron.

—Ay Jacobo, a veces, aquí, vivo muy intensamente. Me acuerdo de mi infancia y de mis primero años.

— ¿Con Charles?

—Mira, ni me preguntes porque lloro. Mis ojos ya no ven. El derecho ya está opaco y el izquierdo apenas si distingue las cosas. Pero veo con otros ojos. Cuando miro un cuerpo veo las partes podridas, desde chica lo hago.

— ¿Y, cómo?

—Pues no sé, es como un mapa en el que las partes del cuerpo sobresalen y sé. Pero mi problema ahorita es reunir dinero para mi kinder.

— ¿Kinder?

—Si hombre, allá en las colonias pobres de México la gente ve pura porquería. Imagínate ¿cómo vas a enderezar a un cabrán de grande? Es necesario empezar cuando están chiquitos y por eso quiero hacer un kinder y enseñarles buenas cosas a los chamacos desde chiquitos. Yo creía que iba a reunir dinero suficiente para pagarle al albañil pero no viene gente. Por eso ya me voy a ir el viernes.

—Tengo muchas cosas que hacer, quiero regalarle juguetes a los niños pobres, en Navidad siempre les hago una fiesta y el 6 de enero pozole y tostadas y toda la colonia se viene a mi casa de México y les pongo música y también, ¡por qué no!, bebidas para que los grandes se alegren.

— ¿Tú crees…—le pregunté—, que se pueda aprender a curar?

—Pues no sé.

— ¿Qué ves en mi cuerpo?

—Mucho cansancio y éxito con tu libro, porque lo estás viviendo en carne propia, nadie te cuenta lo que ves y ése es el secreto de un buen escritor.

—La juventud aquí es muy espiritual —le dije—, los muchachos viajan Astralmente.

— ¡Puro cuento!

—No, Pachita, es cierto.

—Y tú, Pachita ¿sales de tu cuerpo?

—Pues nada más hago un empujón y ya estoy afuera.

— ¿Y a dónde vas?

—Pues depende. Cuando alguien me necesita voy a verlo. A veces lo hago para visitar lugares. Si vieras qué bonita es Siberia. Cuando voy por allá me gusta regresar por el Monte Blanco. Se ve muy bonito, pero hace mucho trío.

— ¿Lo ves como aquí?

—Claro, veo todo, siento y huelo.

— ¿Te metes en otros cuerpos?

—Es muy necesario ser muy cuidadoso en eso, sobre todo no cruzarse.

— ¿Cruzarse?

—Si hombre ¡cruzarse!

— ¿Y ves otras entidades?

—Sí, pero están mejor que nosotros, son más puros.

— ¿Vas a otros planetas?

—Si, a Marte ya la Luna y a Júpiter.

— ¿Hay vida en Júpiter?

— ¡No!

— ¿Vas al sol?

—Eso si no, allí es demasiado poderoso, me gusta mucho visitar los cráteres de la luna, son muy bonitos, pero tengo que regresar a tiempo.

— ¿A tiempo?

—Si, hay tiempos para todo y se deben respetar.

— ¿Alguien te dice cuándo regresar?

—Sí, Orión.

Pachita no podía quedarse quieta por más de unos minutos.

La seguí a la cocina y junto con E. hablamos de las operaciones. Yo platicaba lo que había visto y la más asombrada era Pachita.

—Oigan —nos preguntó de pronto. ¿Cómo está esa viejita de 86 años que tenía un tumor en el estómago? Todos la habían desahuciado.

—Pues bien, mamá —le contestó E.

— ¿Cómo va el libro? —me preguntó Pachita.

—Va bien excepto por las recetas y los nombres de los medicamentos. Por más que hago no me puedo acordar de esos nombres. En cambio las operaciones las recuerdo muy bien.

—A propósito, ¿qué es lo que se debe añadir a las bebidas alcohólicas para que alguien deje de tomar? No me puedo acordar y tuve que dejar en blanco una frase del libro.

Ni Pachita ni E. me lo dijeron.

— ¿Vas a visitar al enfermo del hotel? —me preguntó en seguida Pachita.

—No, pero tengo pensado hacerlo.

—Y ¿no te dan pena que te corran?

—Depende —contesté—, si llego como espejo, no me corren.

— ¿Cómo espejo?

—Si, si mi mente es un espejo todo va bien. Como en la cárcel. Voy allí a enseñarle a meditar a un amigo y cuando llego como un espejo no tengo problemas.

E. le iba a dar una mordida al taco y se acordó del suceso de la camioneta.

—Esa camioneta —dijo de pronto—, casi mata a Daniel.

— ¡Entonces era Daniel! —dije con asombro—. Ese espíritu Lo quería matar antes de que lo sacaran de su cuerpo.

Pachita se volvió a levantar en dirección a la sala. Se sentó a arrullar a su nieto y yo fui, de nuevo, tras ella:

— ¿mañana habrá consulta? —le pregunté.

—Sí, pero yo no estoy extasiada.

— ¿Qué?

—Sí, no trabajo con el gran jefe, trabajo con otros médicos.

— ¿Por qué?

—Bueno, Jacobo ¿no crees que hay muchos seres que deben terminar su misión?

—Aquí no hay la seguridad de que me abra toda. Aquí hay más claridad y aquí entran otras entidades. En México estoy muy protegida y aquí no hay tantos ruidos. En México, un ruido puede hacer morir una Facultad.

— ¿Qué?

—Sí, puedo quedarme muerta, la verdad es que no entiendo por qué no ha sucedido ya.

— ¿Cómo escogen quién entra?

—Un conjunto de vibraciones espirituales se reúnen alrededor mío para diagnosticar.

— ¿Y las manos?

—Es un quirófano y hacen falta videntes, pero no fantasías. Han hecho un carnaval, viene un parapsicólogo y reúne gente y les cobra $ 5,000. pesos y todos están en silencio y lo respetan. En cambio, porque yo soy humilde vienen como en carnaval y se traen gente degenerada y que no es vidente y descomponen todos los tubos e instrumentos del quirófano. Hubo un escritor, L. C., que me atacó mucho sin conocerme. Así atacan al quirófano y no tienen respeto. Yo quisiera dejar mis memorias, hacer entender de qué es capaz Dios… —continuó diciendo Pachita con una voz cada vez más grave.

Me acuerdo desde que tenía 7 años. Empieza uno la vida sin comprenderla, pero sintiendo el aguijón del sufrimiento. Por eso quiero mucho a los huérfanos.

En ese momento pasaron dos nietos de Pachita y ésta les pidió una cobija. Iban jugando y no le hicieron caso.

—Hijos cabrones, carajo, les pide uno un favor y ni la oyen. Caramba, se me han quitado muchas cosas pero no lo mal hablada. Tengo un rifle de Villa, es mi única herencia. A los 15 años Charles

se fue. Estaba enfermo y se fue como los elefantes a morir a su tierra. A esa edad anduve con Villa allá por el 1914.

— ¿Eras su amante?

—Era yo un cuero, pero él no me gustaba.

—Lo que me encantaba era su hombría, ese sí tenía huevos.

Pachita se volvió a parar y me trajo un juguete de uno de sus nietos.

Era un platillo volador que hacía un ruido muy peculiar.

—Mira, Jacobo así hacen esas naves, se paran encima de tu cabeza y así hacen.

Me regresé caminando a Parral y recordé que Cande me había hablado, al salir de la casa de blanco, del tiempo y de la sensación de paz que se sentía en Parral al ver el cielo y las nubes. Me impresionaban unas palabras que Pachita me había dicho:

“Me tienes incondicionalmente Jacobo, pero si yo veo alguna cosa sucia en tu conciencia, caerás de mi cariño y a mi más absoluto desprecio”.

CAPÍTULO XII

LAS CONSULTAS

Fui a visitar al operado del Hotel. En una cama llena de cojines reposaba un señor casi calvo, de nariz aguileña, tipo español. Su hijo y su esposa lo cuidaban. Me presenté y lo vi. Antes de la operación no podía hablar y sobrevivía gracias a un aporte de oxígeno. Ahora volteó a yerme y empezó a platicarme de su operación. Todavía estaba paralizado del lado derecho de su cuerpo pero el color de su piel era rosado, ya no necesitaba oxígeno y hablaba, no con mucha claridad, pero lo hacía.

El hermano le había extraído un tumor cerebral y su hijo después de haber visto la operación, había recuperado la fe.

Al día siguiente fui a visitar a Pachita y me la encontré dando consultas. No estaba en trance y solamente cuando le dictaba las medicinas y los remedios a E. su voz cambiaba.

Auscultaba a los enfermos con sus manos y mientras cerraba los ojos parecía observar el interior de los cuerpos y los detalles de las enfermedades.

SM. Estaba en el recinto y el cuadro de Cuauhtémoc enmarcaba la cabeza pelirroja de la Santa. Ella me había prohibido llamarla así y se molestaba cuando alguno de los enfermos llegaba con la idea de que bastaba tocarla para curarse instantáneamente.

—Yo no soy una Santa —me había dicho—, mírame más jodida que tú y yo juntos.

—Yo ya me voy de Parral —le decía a S. M. —. No logro reunir el dinero para mi kinder. Además ya ni la amuelan. Ayer vino el padre I. y me obligó a ir a misa. Eso no me gusta S. M. me hicieron comulgar y yo no soy de esa onda. Yo me compro una alegría en la calle y con eso comulgo en donde se me da la gana y qué misa ni qué ocho cuartos.

El hijo de S. M. pidió consulta. En lugar de pegarle a una pelota de futbol le había dado una patada a una banqueta y su pie le dolía mucho. Pachita le acomodó un hueso como quien atornilla una tuerca y lo había dejado listo para caminar sin dolor.

—Tú también comúlgate S. M. —le dijo súbitamente Pachita— ¿Por qué nada más yo? Nada más me ven cara de pendeja y yo no soy de esas ondas, Dios está en todos lados y nadie comulga más que yo.

Lo decía en serio, al final de la sesión llorando amargamente me conté las injusticias que veía. Me habló de las diferencias tan grandes entre ricos y pobres, de los sufrimientos de estos últimos y de la ceguera de los primeros, ¿por qué no reparten todo su dinero? S. M. tiene un empleado con 10 hijos y está enfermo y no le alcanza su sueldo.

E. leía un libro de bolsillo mientras apuntaba las recetas también se quería ir de Parral. “Extraño a mi equipo de Futbol” —me dijo mientras dejaba a un lado su libro “aquí me desespero mucho”.

-Mientras tanto una familia con dos hijos había entrado al recinto. La mamá, una Señora grande y obesa se adelanté, saludó a Pachita y se descubrió el pecho.

—Tengo unas bolas aquí y estoy muy asustada.
Pachita la ausculté y le preguntó si se había caído.

—No —contestó la mujer—, las tenía en los dos lados. Me salieron después de que me froté con una crema reductora. Todavía le doy de mamare mi hijo y me duele mucho.

—-Zarzaparrilla, raíz blanca tres veces al día y papas —le dictó Pachita a E. Pomada roja después de la papa y que el muchacho mame al revés. Lo que tienes es agua no cáncer, diagnosticó Pachita.

Ahora le tocó el turno al marido. Tenía la piel muy maltratada y llena de llagas.

— ¡Vaselina sólida, té de olivo como agua de uso!
Después de recetarlo, Pachita le preguntó si acostumbraba bañarse en Presas o Lagos.

—No, sólo en baños públicos.

— ¡Zarzaparrilla, gotas verdes, papaya en las heridas y Polilla! ¿Conoces la Polilla? Mira, consigues una madera muy apolillada, sacas la madera comida de las polillas, la mezclas con pedacitos de papaya y agua de Malva y te lo untas en la piel.
Después entró una mujer. Pachita le tomó la mano y con los ojos cerrados presionó diferentes zonas de la misma.

— ¿Se sofoca? ¡Usted suda por insuficiencia del Páncreas! Camomila, perejil y mujiga de res, se lo pone en su costado y al día siguiente se lo quita.

Pasaron a una mujer y su hija. Después de palpar a la primera le receta linaza y verdolaga para el estreñimiento.
La niña tenía zafado un hueso de la cadera y Pachita la citó para operación el miércoles.

—Te va a doler un poquito —le dijo con dulzura—, pero hay que acomodar la cadera para que ya te pase la sangre a tu pierna y puedas andar bien.

—Mi hija sufre —dijo la mamá—, se burlan de ella y le dicen chueca.

—Así es la humanidad, mi preciosa niña —le dijo Pachita a la muchacha—, aun los de tu misma edad te quieren “tirar”, pero tú debes perdonarlos.

Entraron dos muchachos, uno de ellos en silla de ruedas.

—Me dispararon y la bala me cortó la médula, los médicos quisieron sacarla pero me dijeron que un pedazo se había quedado adentro.

— ¡3 botellas de Jerez, extracto de nuez de cola, aceite de nuez, manzanilla, ajenjo, savia y ruda.

—Vamos a ver si todavía tienes la bala.

Pachita tocó la espalda con los ojos cerrados. Volteaba la cara y parecía esforzarse por permanecer concentrada.

—No hay bala pero los nervios están pegados a la columna. La sangre no baja y no sientes ni cuando orinas ni cuando defecas. El miércoles, si mi padre nos da licencia, te conectaremos tu nervio para que sientas tu orina. Para tus llagas sacas la madera apolillada, la juntas con pedazos de cáscara de papaya y malva y que tu hermano te aplique la mezcla en tus heridas.

—Vamos a empezar el tratamiento en el nombre de Dios y a ver si empezamos a sentir esas piernitas.

Después paso una señora, nos miró muy apenada y se sentó frente a Pachita.

— ¡Me duelen las piernas y la espalda y el cerebro!

— ¿Borracheras?

— ¡Sí!

— ¡Té de olivo para el resto de su vida como agua de uso! Eso te ayudará a tu circulación porque está muy deteriorada.

La mujer salió y en su lugar una muchacha joven y ciega fue ayudada a sentarse por una amiga que la acompañaba.

Con una lámpara de mano Pachita alumbró sus ojos después de quitarle unos lentes oscuros que traían puestos.

— ¡Está caliente!

— ¿Qué viste?

— ¡Un clarito!

—Ha mejorado —dijo Pachita—, nada más que no quiere abrir sus ojos.

La acompañante dijo que desde la operación su amiga le habla dicho que vela como rayos de luz y estrellitas como puntos luminosos.

La mujer que siguió se quejó que no podía dormir.

— ¡Ponte una palangana de agua debajo de la cama para que te chupe tus malos pensamientos y te deje dormir y así tu espíritu se sienta libre para mejorar. Déjalo que viaje a donde deba para arreglar tus asuntos!

El siguiente enfermo me impresionó. Se trataba del operado del corazón. Su hermano dijo que comía bien, su corazón andaba parejo.

— ¡Primeramente Dios y para arriba, buen hombre!

— ¡Cuando vea agua en un arroyo, corte una flor roja y vea como el agua se la lleva! Esa es buena medicina —le dijo muy seria Pachita

El padre del operado, un viejito que no oía de un lado y que también fue operado se adelantó.

—Me duele mi ojo y todavía no oigo.

—Si quiere se lo componemos —le contestó Pachita—, pero usted dijo que prefería seguir sordo y ya no sufrir dolor con el cuchillo.

Yo había estado tomando notas y cansado dejé de hacerlo por un momento. Pachita volteé a yerme y me acusó.

— ¡A ver si trabajas, huevón!

Me reí y tomé a pluma para anotar que una viejita con el cuello hinchado regañaba a Pachita. -

—Me operaste y mira, estoy igual.

—Pero ya no duele, ¿verdad madrecita?

—Pero está igual de hinchado, ¿ahora qué hacemos?

—Pues vamos a mocharle su pescuezo.

— ¿Qué me va a hacer?

— ¡Pues a mocharle su pescuezo!

—Bueno, oiga Pachita —le dijo la mujer—, véngase a Canotilla a Durango, a la Hacienda de Villa.

Allí vivía la mujer y la dirección fue una respuesta a una pregunta de Pachita.

— ¿Va reconstruyeron la casa de mi viejo?

— ¡Si!

—Qué bueno, para que quede como Museo.

A un señor que pasó después, Pachita le detectó una úlcera

—Está usted anémico y tiene úlcera —le dijo—. Venga el miércoles y se la quitamos.

— ¿Y cuánto me va a costar?

— ¡Ochenta mil pesos!

— ¡Ay! —se quejó el hombre—, no tengo dinero.

—No hombre, no me pague nada. Me paga cuando se cure. La próxima vez que venga yo a Parral, entonces sí lo persigo para cobrarle.

Después entró el americano de la rodilla postiza.

—Es necesario quitarle la osteomelitis —le dijo Pachita a su acompañante y traductor—. Dile que venga el miércoles y lo operamos.

Después un señor con sus ojos malos.

—Necesita usted lavarse los ojos con manzanilla. Venga el miércoles para quitarle la catarata que trae en el ojo.

Un señor muy cansado y con una curación en su cuello entró más tarde. Traía una carta.

—Léela E. —le dijo Pachita a su hijo—, léela porque yo no sé leer.

—Tiene un pulmón enfermo.

—Cáncer —le dijo Pachita—, cáncer en el pulmón.

Pachita le palpé la espalda y le pidió que hablara.

— ¡Hierba para la tos en leche, alumbre en agua!

—Vamos a operar ese pulmón, venga usted el miércoles.

— ¡Berenjena y gotas verdes!

Le había comprado una grabadora a Pachita para que oyera música y grabara sus memorias. Le había ahorrado un dinero para su kinder y le entregué ambos presentes cuando nos quedamos solos después de las consultas.

Me miró y empezó a llorar.

Yo también lloré y en ese estado me despedí de Pachita.

CAPÍTULO XIII

LA INDIVIDUALIDAD

Cuando empujas una parte de la membrana de tu ser, ves colores.

Cuando empujas otra parte aparece un paisaje y cuando otra un mueble y una ciudad y caras.

El arco iris resulta de un proceso de interacción, una imagen holográfica también resulta de un proceso de interacción, lo mismo que la experiencia, la conciencia, la luz…

La obscuridad asociada con la activación de un fenómeno electromagnético de baja frecuencia no es la misma obscuridad que la que se asocia con un fenómeno electromagnético de altísima frecuencia. Todo tiene vida propia y el aquí, el allá y el más allá son lo mismo…

Existe un lugar en este Planeta que guarda tal energía que quien vive allí reconoce una fuente inagotable de creatividad fluyendo a través de si mismo. Quien haya vivido en Tepoztlán sabe de qué hablo. Su situación geográfica y su gente actúan como amplificadores de la conciencia. Quien tenga dentro de sí algo no resuelto y visite Tepoztlán sentirá una tensión suprema.

Quien sea puro, vivirá el éxtasis.

Recuerdo que después de vivir un año en Nueva York haciendo investigaciones cerebrales y completamente decepcionado por la imposibilidad de penetrar en la conciencia utilizando la tecnología Psicofisiológica contemporánea, decidí buscar un lugar adecuado para recorrerme a mi mismo y fui a dar a Tepoztlán.

Encontré allí a R, mujer extraordinaria que me enseñó la inexistencia de la dictomia externo—interno y a John quien me introdujo en la Conciencia de la Unidad. Después de dos años, resolví regresar a la ciudad de México.

He vivido otros dos años en la ciudad y el constante lidiar con estructuras rígidas me han alejado del verdadero Ser.

Había dejado de visitar Tepoztlán por temor y cuando conocí a Pachita sufrí una verdadera crisis, y un nuevo despertar.

Me enfrentaba a la realidad de la existencia de entidades espirituales y a la ilimitada capacidad de la conciencia y la mía propia (confieso) no estaba totalmente preparada para la revelación. Después de dos meses de trabajo con Pachita sentía que despertaba (de nuevo) en la vivencia de un verdadero desarrollo y en la visión del ser humano como poseedor de una esencia extraordinaria.

Al regresar de Parral ansiaba volver a la casa de Pachita y seguir con la obra del Hermano.

El viernes sentí que algo extraordinario pasaría en mi reencuentro con Pachita y todo el día lo viví en un estado de excitación y conciencia clara.

En la mañana me di cuenta que la mujer que había amado durante tres años no era para mí y esto, junto a la sensación de que algo extraordinario me ocurriría, me hizo comprender la razón de las terribles tormentas que ese día azotaron a la ciudad de México.

A las siete llegué a la casa de Pachita experimentando un estado de absoluto éxtasis.

Varias gentes esperaban su turno para ser operadas y al acercarme a la puerta del recinto escuché mi nombre dos veces pronunciado. Voltee en dirección del sonido y me encontré con R.

¡Esto es!, me dije inmensamente emocionado, vuelvo a estar en contacto con los Seres a quienes verdaderamente siento corno hermanos y este encuentro con R. es sólo el principio.

Nos abrazamos sin poder creer que estábamos allí y después penetré al recinto.

La cama de las operaciones estaba colocada contra la pared del recinto de tal forma que no pude colocarme en mi lugar habitual.

Me paré junto al cuerpo de Pachita y me di cuenta que el Hermano estaba creando un ambiente de extrema serenidad y calma.

Nos saludamos y con ursa voz muy profunda me explicó que la zona cercana a la pared se había purificado y por ello la cama de operaciones había sido cambiada de posición.

—Mi carne —continuó el Hermano—, estaba muy triste porque creía que ya no vendrías más.

— ¿Cómo crees?, ¿cómo crees? —acerté a decir pensando para mí que nunca abandonaría a Pachita. Iba a decir que adoraba a esa mujer pero no me atreví.

—Eres un llorón —me dijo a continuación el Hermano—, un verdadero chillón.

Se refería a la despedida de Parral y sintiéndome cohibido Intenté explicarle que ver llorar a Pachita me producía tal dolor que tenía que acompañarla en su llanto. Pero tampoco se o dije aunque estoy seguro que captó mis pensamientos.

— ¿Qué tristeza tan grande, verdad Jacobo?

—Vivimos mucho dolor en Parral —le contesté—, y mucha hipocresía.

El Hermano bromeó diciendo que yo estaba deseando regresar a Parral y que sólo esperaba la más mínima oportunidad para retornar allá.

Todos reímos y nos preparamos para las operaciones.

Candelaria ocupaba la posición de afanadora y se ocupaba de cortar algodones y empaparlos de alcohol cuando legó el primer enfermo.

Si recuerdo mis primeros días al lado del Hermano y los comparo con mi visión presente me asombro de mis cambios.

Al principio me costaba un trabajo terrible pensar que el Hermano existía como una entidad independiente y conservando su individualidad. Mi concepción del nivel espiritual era el de un indiferenciado y omnipresente estado en el que o individual desaparecía para dar lugar a la unidad. A pesar de haber visto a Don Lucio hablar con espíritus y de haber desarrollado toda una técnica para recuperar a memoria de vidas pasadas (la bauticé como técnica de Análisis Reencarnacional) no había logrado aceptar la existencia de lo individual más allá del plano orgánico. Después de casi dos meses esa idea ya no existía. Había visto tantos casos de daños y oído tanto al Hermano que por fin acepté que después de la muerte conservamos una individualidad y que nuestro desarrollo continúa.

Cuauhtémoc (por ejemplo) había sido brutalmente impedido de seguir su aprendizaje en la tierra y para pasar al siguiente nivel debía culminarlo a través del cuerpo de Pachita y de todos los que constituirían la cadena Shamanica de la obra.

No podía imaginarme la vida en el plano de las entidades espirituales, sin embargo empezaba a tener acceso a ciertos elementos que poco a poco me ayudarían a entender. Uno de ellos sucedió sí final de la sesión de operaciones que describirá más adelante.

El cuerpo de Pachita ocupó un banco junto al altar y se despidió rápidamente de os que nos encontrábamos en el recinto. Levantó su brazo derecho y nos anunció que debía irse pues tenía una misión muy urgente por cumplir.

¿Misión urgente?

Yo había sentido durante dos semanas una tensión insoportable que se acrecentaba por instantes y por instantes disminuía de intensidad. Tengo suficiente edad y experiencia para diferenciar o que proviene de mi historia personal y lo que resulta de un cambio global de conciencia y la tensión que experimentaba tenía un origen en lo segundo y no en lo primero. Sentía que una lucha formidable se desenvolvía ante mis sentidos psíquicos y que en ella se jugaba la alternativa de la luz contra la obscuridad,

Se lo dije al Hermano al iniciar la sesión y al final la “misión urgente” me conectó con esa lucha. “¡Así es que (pensé con entusiasmo) el Hermano y otras entidades realizan coaliciones, tienen planes y luchan y se comunican y viven en una obra permanente y siempre defendida!”

Definitivamente existía un nivel de conciencia que aunque ocurriendo simultáneamente con la mía propia me pasaba completamente desapercibido en sus detalles y en cambio claro en emociones generaliza y sensaciones indiferenciadas

Nunca tuve tanta claridad de tal existencia como en esos días después de regresar de Parral. Deseaba establecer contacto con ese nivel de realidad y ser capaz de ver más profundo y claro lo que el Hermano hacía.

Creo que esa fue una de las razones que me impulsaron a Ir a Tepoztlán Una de las enfermas que el Hermano operaría de a espalda reposaba en casa de II, y le ayudé a aplicarse la medicina que Pachita le había recetado a fin de fortalecer su columna.

Era puré de papas hirvientes que debía colocarse en la espalda durante toda la noche.

Obviamente además de una capacidad curativa desconocida para mí, ese remedio tenía la bondad de dirigir la atención de la enferma hacia la zona delicada y cobrar conciencia de su funcionamiento y anatomía.

El dolor de la espalda (como cualquier experiencia) es la resultante final de un proceso neuronal hipercomplejo. El dolor es la transformación a experiencia conciente de lo que previamente es un manejo de la lógica neuronal a través de circuitos hipercomplejos. Las papas servían para dirigir la atención al proceso previo a la resultante lo que seguramente canalizaría energías en la dirección adecuada y fortalecerían la zona por operarse.

El acceso de la conciencia a su procesamiento además de permitir Un grado de conocimiento supremo de la propia individualidad es una aventura grandiosa del pensamiento. De alguna manera este acceso abre las puertas que permiten percibir La realidad como una creación personal y facilita la conciencia de unidad. Quiero decir que quien sea capaz de entender sus procesos internos encontrará que entre ellos y lo que llamamos el mundo existe una continuidad y que una simetría adamantina configura a lo “interno” como un micromodelo de lo ‘externo”. La simetría se traslada después a un plano de sinonimia y en ese instante se reconoce que lo interno y externo forman un continuo inseparable. Por supuesto que una de las fronteras de la conciencia de unidad es el manejo directo del mundo a través del pensamiento y la apertura al contacto con las entidades espirituales.

En Tepoztlán recordé que al igual que el espacio bi—cónico de Minkowski la conciencia corporalizada es un cono convergente que unifica elementos localizados en su base hasta llegar al centro o punto de inclusión total que en una integración espléndida conecte la conciencia con su propia individualidad.

El centro es el final y el punto de partida es la sensación de Ser más allá de cualquier definición y a lógica cerebral adecuada para llegar a ese centro es la lógica convergente. Así pues, en lo cerebral el proceso es un cono terminado en un punto. El siguiente nivel vuelve a ser cónico pero en lugar de converger…diverge.

A partir del punto se expande la conciencia y se abre el espacio. Allí es donde se establece un contacto con la otra realidad.

Pachita había tenido que vivir innumerables experiencias para dejar atrás otras tantas ilusiones y establecer un contacto total y permanente con su Centro de conciencia. Después apareció el Hermano.

También recordé en Tepoztlán que a partir de cierto nivel de vida las ilusiones se reconocen y se descartan como falsas. Así sucede con el sexo, el ego, las dependencias emocionales y el mundo material.

Se comienza a aceptar únicamente aquello que es permanente dentro de todos los cambios, aquello que unifica lo aparentemente disperso y el único motivo de supervivencia es mantener esa esencia redescubierta y conservarla libre de estructuras, tentaciones e ilusiones de placer y gozo efímeros.

La primera paciente era una bebé de pocos meses. Su cuerpecito delicado fue abrazado por el Hermano y después colocado en la cama de operaciones. Su carne era delicada y frágil y sufría de una debilidad general y retraso motor intenso.

El Hermano comentó acerca de la fragilidad de las criaturas Y haciéndome sostener esa cabecita diminuta entre mis manos introdujo el cuchillo de monte en la nuca de la criatura.

Giró varias veces el cuchillo y convencido que había organizado algo dentro de la masa cerebral lo sacó y cerró la herida. Vendamos a la criatura y se la entregué a su madre quien agradeció la intervención.

En seguida pasaron los padres de la niña sobreanestesiada y ella misma en su silla de ruedas. El Hermano tomó el brazo de la niña y le pidió a ésta que se levantara de su silla de ruedas. Vi el asombro y la ilusión en la cara de sus padres y me apresté a ayudar a la bellísima inválida. Parecía haber entendido la orden del Hermano y con un esfuerzo titánico y emocionado se levantó de la silla y permaneció parada durante un instante. Su cara reflejaba el esfuerzo y sus ojos mudos reflejaban un conocimiento recién adquirido.

La niña había empezado a mostrar signos alentadores de coordinación motora y mientras Pachita permaneció en Parral se había caído de su silla en uno de sus intentos por caminar por ella misma.

El Hermano comentó que la caída había sido una bendición porque había ayudado a conectar dos partes del cerebro que eran necesarios para el siguiente nivel de recuperación.

La acostamos boca abajo y yo le sostuve sus piernas mientras su padre hacia lo mismo con su cabeza.

Yo había visto por lo menos tres operaciones de cerebro realizadas en ella y ninguna infección que en otras condiciones un cuchillo de monte sin esterilizar y en contacto con vientres, pechos, penes y vaginas infectadas debería necesariamente provocar.

Noté una rigidez extrema en las piernas de la niña y el Hermano comentó con gusto que ella también se enojaba y .a eso se debía la tensión de su cuerpo.

El cuchillo penetró el cuero cabelludo y parte del cráneo y yo presté mucha atención a la sangre que brotaba de la herida. Era muy extraña y ya la había percibido varias veces y en muchos enfermos. Su coloración era rola como la sangre normal lo mismo que su olor pero su consistencia era extraña en extremo.

La única forma que se me ocurre para describirla es una pasta constituida de esferas gelatinosas de aproximadamente 5 mm. de diámetro recubiertas de una membrana elástica.

Eso brotó de la cabeza de la niña y mientras el Hermano trabajaba con cuchillo hablaba acerca de la necesidad de conectar y reconectar nervios y estructuras cerebrales.

Por fin terminó, cerró la herida y comentó que pronto habría una recuperación colosal.

Cuando le platiqué a R. este caso, de pronto recordé que había visto cómo el Hermano injertaba pedazos de cerebro en la masa encefálica de pacientes en sustitución de otros dañados y un escalofrío tremendo recorrió todo mi cuerpo.

Colocar pedazos de cerebro como injerto era trasladar parte de la conciencia de varias personas a otra por lo que la recuperación de esta última necesariamente debía ser distinta a la esperada sin las partes ajenas.

¿Qué sucede con la conciencia así injertada?

¿Quién es el que despierta?

Me imaginé a la niña completamente recuperada, hablando y pensando y siendo y pensé que su Conciencia sería algo absolutamente distinto de la conciencia que sus padres habían conocido.

Le pregunté a R. si en su opinión el centro no cambiaría y me contestó optimista que así sería.

La recuperación debía ser gradual y no abrupta, entre otras cosas, para permitir la unificación y la integración de la conciencia.

Al terminar la operación de la niña recordé a Patanyali y sus aforismos sobre Yoga. Sobre todo cuando menciona que la finalidad es lograr que el lago de la mente no tenga olas para que así la mente pueda verse cristalina a sí misma. Recé por la recuperación de la niña en un nivel de cristalinidad y paz y me asusté al ver al siguiente paciente.

Era una señora espantosamente hinchada. El Hermano la había operado del hígado y de sus riñones semanas antes y yo había asistido en aquella ocasión. Recordé los rezos de la mujer en la primera ocasión y me pregunté el porqué de su retorno.

El Hermano explicó que el injerto que había hecho no había pegado y que eso significaba que había una razón poderosa y no azarosa para la contingencia.

Mientras yo sostenía la mano de la enferma perforó el abdomen y su hinchazón pareció salir de la incisión en forma de un chorro caliente de sangre queme empapó la cara y la ropa.

Enceguecido por la sangre y chorreando de la barba e pedí un algodón con alcohol a Cande. Me restregué y supuse que también debía haber una razón para ese bautizo en sangre pero no supe dar la respuesta al porqué.

Saturé a herida y después de ver cerrarse la tremenda incisión y de no reconocer ninguna cicatriz de la primera ocasión vendé.

Una señora americana de edad adulta ocupó la mesa. Le dolía su pierna izquierda. El Hermano había detectado que el fémur se hallaba fuera de su sitio y se preparó para abrir apierna y colocarlo en su lugar. .

Me explicó que debía jalar la pierna para ayudar en la colocación y yo me apresté para hacerlo. Le tomé la mano a la señora y le pedí que me la apretara para calmar su dolor.

Una de las condiciones para la operación era que las piernas de la enferma debían estar relajadas y completamente rectas pero el dolor y el miedo impedían lograr lo anterior.

La enferma apretaba mi brazo derecho mientras mi izquierdo se preparaba para ayudar a dar el tirón necesario para colocar el fémur. El hermano abrió la pierna y maniobré directamente sobre el fémur mientras la señora gritaba de dolor.

Sentí que debía utilizar mis dos manos para jalar y traté de soltarme la derecha pero la mujer no quería dejarme ir.

— ¡Jala Jacobo, jala!

— ¡No puedo, no quiere soltarme la mano!

El Hermano rió ante mi situación y en una maniobra acrobática me tuve que subir a la cama para que E. tirara de la pierna.

— ¿No te quiere soltar verdad Jacobo? —me preguntó bromeando el Hermano mientras todos oíamos los tronidos de un hueso encajando en otro.

Por fin el fémur había ocupado su lugar y la enferma sintió que el dolor menguaba y que había recuperado completamente el movimiento de su pierna.

Le pedimos que a moviera en todas direcciones y lo hizo alegremente y sin dolor.

Después me contaron que los gritos de la operada y los míos propios ordenándole que se relajara habían sido escuchad en toda a cuadra.

El último enfermo era un músico de Nueva York completa mente sordo de su oído derecho R. lo había traído y curiosa asistía a la intervención

Nos saludamos dentro del recinto y el Hermano tras hacer un campo alrededor del oído introdujo casi todo el cuchillo a través del mismo. Iba a (en sus términos) abrir el caracol para devolverle la función al oído.

La operación duró argos minutos y no fue concluida hasta que S. indicó que escuchaba levemente.

Vendé la cabeza y recordé que E. me había regañado varias veces y con toda razón por dejar sueltas las vendas.

En Tepoztlán vi a S. en casa de R. El vendaje le daba una apariencia de un Van Gogh venido a menos y preocupado por su recuperación Al verlo me vino la imagen de la bebé operada de su cabeza Recordé que el Hermano le había inyectado líquido cefalorraquídeo y que había pedido una sonda de plástico. Había introducido esta última al cerebro mientras que el otro extremo se lo había colocado en la boca para chupar o quizás inyectar un líquido rojizo que parecía sangre.

Nunca había visto esa maniobra y en mi asombro nunca supe si la sangre provenía del cerebro de la criatura o de la boca de Pachita.

No sé porque la vista de S. me recordó la sonda pero así fue. Conversé con S. y le hablé de mi libro y el se emocionó enormemente.

—Quiero hacer una película de Pachita —me dijo con intensidad, y quiero saber si podemos usar tu libro como guión.

Debes preguntarle eso a Pachita y al Hermano. Sin su autorización no puedo aceptar tu propuesta pero si ellos están de acuerdo yo también lo estaré.

Confieso que la ‘idea de hacer una película me espantó y esperé al miércoles para preguntarle al Hermano su opinión.

En Tepoztlán me encontré con vibraciones maravillosas y con gentes interesadas en el desarrollo de la conciencia.

Pachita le había prohibido rotundamente a M. viajar a Tepoztlán y eso me hizo estar doblemente atento para detectar alguna vibración negativa pero lo único que percibí fue un límite en mis meditaciones y tempestades cuyos truenos eran contestados por miles de salientes de montañas.

CAPÍTULO XIV

LO QUE USTEDES LOS MORTALES LLAMAN EGO

La verdadera realidad trasciende toda lógica, pensamiento y verbalización.

Más allá del pensamiento y el lenguaje está lo que conecta con el Ser y con la vida plena de sentido.

Cada uno de nosotros es un sentimiento y existe un estado de conciencia desde el cual se dialoga con el mundo y todo adquiere significado.

El lunes en la sesión de meditación con mi grupo, todos sentimos una luz blanca y dos de nosotros nos conectamos con el diálogo con el mundo.

Un ruido contestaba un deseo y una pregunta. El trinar de un pájaro respondía una ilusión y el ladrido de un perro una sensación corporal. Ningún lenguaje puede describirlo y cualquier lenguaje puede llegar al sin sentido total... el sentimiento de unión con el mundo jamás…

Así me preparé para la sesión del miércoles.

Iba a ayudar a operar a tres amigos (S, su novia M. y su ex-esposa S.) a los que había invitado a recuperarse en mi casa de Coyoacán, e iba a preguntarle al Hermano acerca de la película que S. quería hacer.

El miércoles en la mañana me introduje, de nuevo, en el estado de sincronicidad y de nuevo supe que existe un estado de conciencia en el que se establece un diálogo con el mundo en el que cada sonido, gesto, movimiento, cambio de coloración y textura de las nubes tiene un significado total.

Como siempre, tuve que percatarme de las pruebas que el mundo me impone y llegué a la casa de Pachita con la sensación de haberlas pasado satisfactoriamente.

Me encontré con R. y sus amigos y penetré al recinto. Alrededor de 100 gentes esperaban en el patio y me enteré que esa tarde habrían 50 consultas y más de 20 operaciones.

Un nuevo ayudante estaba en la puerta y la forma en la que controlaba la entrada de la gente me pareció muy eficaz. D. cuidaba la cortina del recinto y me pidió esperar antes de entrar.

Me senté en una mesa a meditar y a los pocos minutos penetré.

El Hermano recibía a la gente con su acostumbrada ternura y de nuevo me percaté de su ilimitada capacidad para estar completa y absolutamente con cada enfermo.

Faltaban más de 40 consultas antes de iniciar las operaciones y la cortina de los altares estaba descorrida y el cuerpo de Pachita sentado en una silla adyacente a las flores, las estatuas y las pinturas de Cuauhtémoc.

Por alguna razón no me atrevía a acercarme al Hermano y cuando lo hice tampoco me atrevía a saludarlo. Dentro de mi existía la sensación de timidez más grande que he experimentado y al preguntarme el porqué de ella no encontré contestación.

Por fin, le pedí al Lic. V. bálsamo y después de untarme la nuca, los brazos y el cabello con él, saludé.

— ¡En nombre del Padre yo te saludo!

— ¡En el mismo nombre yo te respondo! —me contestó el Hermano.

— ¿Cómo ha estado mi muchachito?

—Pues ya bien —respondí.

— ¿Qué cosas nuevas ha encontrado?

—La luz ya está de nuevo con nosotros—contesté sintiéndome un poco superficial. En realidad lo que había visto era el diálogo del mundo con la conciencia y mi preocupación de los días pasados era entender el nivel de conciencia en el cual se estimulaba la sincronicidad. Pero eso no lo dije y sólo hablé de la luz. Esta última la había visto venir para todos y no únicamente para mí.

El Hermano me miró fijamente y me respondió algo que me dejó triste e inseguro.

— ¿Qué acaso la luz va y viene, qué acaso estamos jugando?

Pensé que el Hermano no había entendido que yo me refería a la victoria de la luz para todos y no solamente para mí, pero también supe que su admonición era justa y necesaria.

Los enfermos venían y se iban y cada uno recibía su receta y diagnóstico.

Me impresionó observar que todos ellos llegaban con un huevo y que éste le era entregado al Hermano para realizar una limpia. Esta última era similar en ejecución a la que yo había visto realizar a Don Lucio.

Consistía en una serie de movimientos del huevo alrededor del cuero cabelludo que semejaban la configuración de algunas estructuras cerebrales como el hipocampo. Después de cada limpia el huevo era tirado en un basurero y el enfermo recibía un frotamiento con bálsamo.

No puedo describir todos los casos y sólo hablaré de los que más me impresionaron.

Un niño de 8 años entró solo al recinto y se acercó al cuerpo de Pachita.

—Tengo ganas de morir —le dijo con voz apagada.

El Hermano lo miró un instante a través de los ojos cerrados de Pachita y con su movimiento peculiar de cabeza.

Por fin, lo acercó a sí y le dijo que debía querer a su mamá y que su papá regresaría pronto. Le dijo que su padre había ido a conseguir unos denarios para mantenerlo a él y al resto de su familia.

—No te preocupes —continuó— él te quiere mucho y pronto regresará.

— ¿Qué otra cosa te sucede?

El niño habló de una dificultad para controlar sus esfínteres y el hermano, al reconocerle el bajo vientre, consideró que era necesario operarlos.

Debe existir algún componente o proceso común y compartido no solamente de los fenómenos de conciencia sino también de la enfermedad corporal. Ese día, por lo menos el 40 % de las consultas fueron de alteraciones emocionales.

Gente venía y se iba quejándose de infidelidades, celos y abandonos.

Pensé que desperdiciaban al Hermano y que éste debía utilizar su tiempo en cosas más importantes pero obviamente él no compartía mi opinión. Trataba a una mujer quejándose de la infidelidad de su hombre con la misma intensidad y atención que la que ofrecía a un cáncer considerado incurable.

Cuando se le pedía ayuda para hacer retornar al marido irresponsable pedía el nombre del fulano escrito en un papel y prometía visitar a los interesados para resolver el abandono.

Una mujer ciega y anciana penetró al recinto y el Hermano la reconoció inmediatamente. La abrazó colocando los brazos de Pachita alrededor de los hombros de la viejita y oyó sus quejas

—Ya no veo —le decía entre sollozos, mi cuerpo está débil y no me puedo acostumbrar a la falta de visiones y encuentros.

—Mi cariñosa niña —le respondió el Hermano—, lo que sucede es que en tu vida viste mucho y ahora has penetrado en una nueva etapa. Ten paciencia que yo le pediré a mi padre bendiciones para tu vejez.

Acompañé a la anciana a la salida y al regresar el Hermano me contó que esa mujer había sido una gran Médium y había tenido mucho dinero pero ahora se había quedado sin lo primero y sin lo segundo.

Pensé que los talentos psíquicos requerían de un cuidado extremo y no me pude imaginar a Pachita perdiendo su capacidad curativa. Era como una luz enviada desde arriba y ninguna alteración corporal podía apagarla. Si se iba era por error, abandono 6 irresponsabilidad.

Las operaciones se iniciaron con los casos de ojos.

Un muchacho joven, completamente ciego entró acompañado de su mujer, Se le sentó en la misma silla que antes había ocupado el cuerpo de Pachita y se le intervino con el cuchillo. Era muy impresionante ver cómo la hoja metálica raída por el tiempo penetraba en la delicada joya de los ojos. Nunca vi manifestaciones de dolor durante las operaciones de ojos y el caso del muchacho no fue a excepción. Mientras el cuchillo penetraba y giraba en el interior de los globos oculares, el joven se mantuvo tranquilo y quieto. Como siempre, después del cuchillo Se probó el alcance y finura visual utilizando una lámpara de y el Hermano introdujo su pulgar entre la pared interna órbita y la externa lateral del ojo.

A pesar de todo lo que había visto, me quedé atónito tratando entender cómo aquel dedo gigantesco podía caber espacio tan reducido.

Después varias operaciones de ojos, un muchacho joven y sordomudo ocupó la cama de operaciones. El Hermano no me había permitido ocupar mi lugar acostumbrado junto a la ventana y frente al cuerpo de Pachita y trabajaba a su lado en una posición incómoda.

El caso era complicado porque no había forma de saber si la intervención era o no un éxito. El cuchillo fue introducido en el oído derecho y penetró 5 centímetros en él. El Hermano susurró que tenía que alcanzar el caracol del oído interno para abrirlo. Yo decidí tocar las cejas del muchacho para detectar algún movimiento que me indicara una respuesta al sonido. No lo pude hacer desde a posición que ocupaba y le pedí al Hermano permiso para ocupar el lugar de la ventana. Accedió y empezamos a hablarle al sordomudo.

—Su mundo es muy diferente al nuestro —dijo el Hermano—. Inclusive si logro abrir el caracol el sonido no será reconocido como tal sino como otra sensación.

Después de vados minutos noté que la ceja se movía en el instante en el que llamábamos al muchacho y allí concluyó la operación.

Mientras traían al siguiente paciente aproveché para preguntarle al Hermano.

— ¿Tienes amigos?

—Claro —me contestó—, todos son mis amigos.

—Pero —insistí— ¿tienes amigos?

—Bueno, mi séquito me acompaña. Cuitláhuac está a mi lado y el resto de mis compañeros de reinado me ayudan.

En ese momento entró M. Tenía un dolor terrible de cabeza y se sentía mareado por tanta gente y problemas.

—Hermano —le dijo con voz fuerte—, ya no aguanto tanta gente.

—Mira mi pequeño, no te desesperes.

—M. no está hecho para multitudes —nos dijo el Hermano a A. ya mí más tarde—. Se desorganiza y le da dolor de cabeza.

Yo tampoco me sentía muy tranquilo. Le había Prometido a S. preguntar acerca de la posibilidad de filmar una película acerca de Pachita utilizando como base este libro y no encontraba la forma de plantear la petición. Por fin me atreví y le dije al Hermano que haría

lo que él aconsejara. Si consideraba adecuada la película colaboraría en ella y si no, no lo haría.

—Mira Jacobo —me contestó con seriedad—, la finalidad es comercial y no hay inocencia.

Le agradecí la claridad y acepté su decisión y a partir de ese momento me sentí tranquilo.

La siguiente paciente fue una mujer que se quejaba de dolores abdominales. A. me dijo que la paciente venia acompañada de una vidente y que seria interesante preguntarle. No sé como A. supo que era vidente y noté que su actitud cambiaba. Seguramente se sentía observado y eso le hizo comportarse con mayor seriedad que la acostumbrada.

La mujer se recostó en la cama y el Hermano auscultó el vientre.

—Ya te han operado ¿verdad mujercita?

A la mujer le habían extraído la matriz y una cicatriz enorme era la constancia del atentado.

—La medicina moderna es una carnicería —comentó muy serio el Hermano—. Los doctores no tienen empacho alguno en violar lo más sagrado del feminismo y extraen la matriz de la mujer como si fuera una muela careada. Jamás se debería hacer tal barbaridad, es un atentado en contra de la vida y de la posibilidad de procrearla.

—Es que tenía cáncer —contestó la mujer.

—Qué cáncer ni qué ocho cuartos. El cáncer está de moda y cuando los médicos no saben algo dicen que es cáncer y se atreven a hacer estas barbaridades.

—Se han especializado —continuó—, y ya no recuerdan que el cuerpo trabaja como una unidad, por eso muchas veces no saben lo que hacen.

La mujer se quejaba mientras el cuchillo abría su vientre. Yo le sostenía la mano, mientras tanto y acariciaba su frente intentando disminuir el dolor. A. muy serio, le pasaba algodones al Hermano.

De la herida, la mano de Pachita extrajo un tumor después de o cual me pidió que saturara. Como siempre, coloqué Un algodón empapado en alcohol sobre la herida y mis manos encima. La apertura se cerró casi instantáneamente y A. se apresuró a vendar a la mujer.

Curioso, le pregunté a la vidente lo que había percibido y me contestó que una luz dorada había flotado sobre el cuerpo de la enferma y nos había rodeado a Pachita, a A. ya mí.

Después de salir, el Hermano nos confesó que la descripción lo había decepcionado. Una verdadera vidente, nos dijo con intensidad, dice…en nombre y por gracia de Dios veo…y describe lo que ve y no sólo dice “una luz dorada”.

En ese momento, M. volvió a entrar más molesto que antes.

—Una señora —dijo—, quiere que la atiendas y no está apuntada e insiste demasiado y a mí ya me colmó la paciencia.

— ¡Ay mi querido pequeño!—le contestó el Hermano—, cuándo aprenderás a perdonar y a tener paciencia. Recuerda a Jesús. Cuando caminaba cargando la cruz en dirección a su muerte, un hombre se le acercó y sin importarle su sufrimiento le pidió ayuda para calmar el suyo propio. Jesús lo miró entre su propia sangre y lágrimas y le dijo…‘curado seas”. ¿Me habéis entendido? A pesar de su propio sufrimiento y en el último instante de su vida, Jesús era capaz de dar y eso era lo que hizo.

La descripción del Hermano me impresionó y creí ver imágenes de un remoto pasado. Jesús era capaz de salir de su propio cuerpo y curar otro aun en las peores condiciones personales. ¿De dónde sacaba la capacidad de concentración o qué poder inmenso tenía sobre la energía y sobre entidades dedicadas a curar?

El nivel del Hermano y el del propio Jesús era ilimitado y la interfase que había entre ellos y la materia era como una membrana capaz de ejecutar las más inconcebibles maniobras.

El siguiente enfermo tenía un tumor cerebral que le producía un temblor constante de brazos y manos. Cirujano de profesión, el hombre de unos 60 años ocupó la cama.

—Mira Jacobo —me dijo el Hermano—, este hombre es un magnífico médico y hoy vamos a rogar para devolverle el control a sus manos.

—Mi dulce pequeño —le dijo el Hermano al médico—, vamos a ayudarte para que puedas operar de nueva cuenta. ¿En dónde está tu mal?

—En el lóbulo parietal derecho —contestó el médico.

—Nos vas a decir lo que hacemos —le pidió el Hermano.

Tomé la mano del hombre y oí la descripción más extraordinaria.

— ¡Acabas de trepanar mi cráneo!

— ¡Ahora estás apartando mis meninges!

— ¡Ahora penetras mi cerebro!

— ¡Ahora cierras la trepanación y la herida de mi cuero cabelludo!

A. vendó la cabeza del médico y éste preguntó si ya podía operar

—Claro, mi pequeño, ya lo puedes hacer y siempre habrá un hermano que te acompañe.

—Ojalá se le quite el miedo —nos dijo el Hermano más tarde. Orgánicamente su problema está resuelto. Sólo falta lo emocional.

—Súbitamente volteó a verme y me dijo algo muy extraño.

—Jacobo, cuando tengas un estetoscopio de oro macizo, sabrás lo que es Dios.

El siguiente paciente era un anciano que tenía un problema prostático. Le ayudé a acostarse boca arriba y mi cuerpo fue recorrido por un escalofrío cuando me di cuenta lo que el cuchillo hacía. La mano izquierda de Pachita sostenía el pene del hombre y con la derecha introducía el chuchillo a través del orificio urinario del mismo.

La hoja del cuchillo tiene una longitud de aproximadamente 15 centímetros y yo sólo veía 3 ó 4 fuera del pene. El resto había penetrado en el mismo en forma imposible. El hombre no se quejaba y parecía no sufrir dolor. -

Con la máxima atención observé los giros, movimientos y traslaciones del objeto metálico dentro del pene y sudoroso rogué porque jamás tuviera un problema en la próstata.

El Hermano pareció escuchar mis pensamientos y me dio el remedio para mantener una próstata en perfecto estado de salud.

El siguiente paciente fue Ch., un muchacho judío proveniente de Canadá. Tenía poliomelitis y parálisis total de la cintura para abajo. La había sufrido en edad temprana y sus hombros, pecho y brazos se habían hipertrofiado por el uso continuo de muletas.

Lo acostamos boca abajo y le descubrí la espalda alzándole la camisa. El Hermano me hizo palpar la columna vertebral y noté que estaba desviada junto a una cicatriz.

—Jacobo ¡pregúntale cuándo lo operaron!

Traduje que cuando era niño y que la finalidad había sido permitirle estar cómodamente sentado en una silla de ruedas.

El Hermano abrió la espalda y mientras injertaba huesos en la columna Ch. me apretaba la mano derecha.

Casi grité más que él sintiendo una inminente fractura de mis dedos. El poder de la mano de Ch. junto con su desesperación lo hacían apretar con tanta fuerza que aún ahora cuando escribo siento dolor.

Después, una viejita delgada y muy corta de estatura ocupó la cama. Su cabello completamente plateado y su complexión diminuta hicieron lanzar al Hermano exclamaciones de ternura.

Mientras yo le sostenía la mano a la anciana y él abría el abdomen de la misma, lo oí pedir por ausencia de dolor.

—Padre mío —susurró el Hermano—, concédeme que no le duela, te suplico que no le duela.

Me tomó la mano y me la introdujo al abdomen

—Siente Jacobo, siente.

Había una pequeña bola palpitante. Parecía un diminuto corazón localizado en una parte imposible del cuerpo.

— ¡Está palpitando! —dije sin poder contenerme;

—Así son los tumores malignos —me contestó el Hermano—. Están vivos y palpitan.

—Hermano —le dije al final de la operación—. Yo quisiera ver todo lo que haces y no soy capaz más que de percibir un cuchillo y la mano de tu materia. ¿Cómo podría ver más?

—Si yo le pidiera a mi Padre —me contestó—, verías. Pero no podrías dormir en la noche. Vas muy bien Jacobo, ten paciencia. Tu libro es corregido y tu visión también lo será pero debes ir poco a poco.

La siguiente paciente fue S. La acostamos boca arriba y el Hermano le abrió el bajo abdomen. La mujer chillaba de dolor y casi aullé cuando el Hermano sacó una esfera oscura que había crecido junto a su sexo.

—Esto es el precio que hay que pagar por el placer desmedido

—comentó el Hermano.

Le traduje la observación a S. y ella pareció comprender su significado. Al día siguiente, recuperándose en mi casa me contó y yo también comprendí.

Había vivido en Tepoztlán y después de algunos meses ex-visiones y más extraños mensajes había empezado a recibir. Veía duendes y máquinas flotantes y Ovnis y extra terrestres.

Absolutamente confusa, había buscado alguien que la pudiera ayudar y en California conoció a P. P. La invitó a vivir en su instituto en Nueva York y durante dos años a participó en una serie de experimentos psíquicos tendientes a establecer una comunicación directa con seres extra terrestres.

P. P. la sometió a cientos de trances hipnóticos y la convenció de que su misión en esta vida era ayudarlo a él a preparar el aterrizaje masivo de extra terrestres. Poco a poco S. fue penetrando en la mente de PP. y éste la colocó en un estado de dependencia total. La mente de S. dejó de pertenecerle a ella y empezó a ser considerada propiedad exclusiva de P. P.

Después de dos años de experimentación S. dejó de entender la razón de su aparente misión y desconfió de todo lo que ocurría. Por fin, un día huyó.

S. se dedicó al placer en un esfuerzo desesperado por encontrarse y el tumor en su bajo vientre era el resultado.

Después pasaron a M. y a S. M. tenía dolores muy intensos de espalda y el Hermano le injerté varios huesillos tratando de crear una estructura ósea que fortaleciera la columna.

S, su novio, había sido operado de su oído derecho pero su sordera continuaba. Asistía a la operación y el Hermano lo hizo acercarse a ver el injerto óseo. M. soporté valientemente-la intervención y S. se enteró de que su sordera continuaba por una mezcla de falta de fe e impaciencia.

Al terminar con M, el Hermano invitó a S. a una nueva intervención pero él se negó con temor.

Cuando nos quedamos solos, el Hermano me dijo que me contaría la vida de Pachita.

—Algún día lo haré y sabrás lo que los mortales como ustedes llaman ego. Aquí en la tierra, los mortales necesitan aire y agua y alimentos y deben ser proporcionados…

La siguiente enferma interrumpió el monólogo. La operación que se iba a practicar en ella me dejó atónito y logró sorprender aun a M. quien la presenció al lado de A.

Una mujer bondadosa penetró al recinto acompañada de su hija. Los médicos le habían detectado un tumor maligno en un pecho y se lo habían amputado. Ahora el Hermano vio que un pulmón debía ser injertado y todos nos prepararnos para la operación. Era la última operación por ser la más compleja y larga.

Tomé la mano de la mujer y le acaricié su frente mientras el cuchillo de monte abría una incisión gigantesca en el costado derecho de la mujer.

Se oyó un sonido parecido a un escape de aire y en seguida la mano de Pachita extrajo un tejido membranoso y violáceo y tomé de la mesa adyacente a su silla un paquete de papel aluminio. De nuevo no supe quién había traído el paquete ni cómo apareció en la mesa. Contenía un pulmón enrollado en sí mismo. El Hermano colocó uno de sus extremos en la incisión y me pidió que sostuviera el extremo libre.

Su consistencia era suave y esponjada. Lo sostuve con dificultad temiendo que resbalara de mis dedos y me acerqué a la herida. El cuchillo estaba colocado en ella y la mano de Pachita lo sostenía. No había otro instrumento y a pesar de ello algo empezó a jalar el pulmón. Lo veía deslizarse hacia el interior del cuerpo y mi mano siguió el movimiento. De repente el tejido desapareció en el interior del cuerpo y la herida se cerró frente a mis ojos sin dejar rastro visible aparente.

Le dije a la mujer que todo había terminado pero estaba equivocado. La mano de Pachita tomó el cuchillo y lo acercó a la garganta de la mujer.

Con un movimiento seguro lo introdujo a 5 centímetros por debajo de la garganta. Se oyó un chasquido y el Hermano me preguntó si lo había oído.

— ¡Claro que si! le contesté.
— ¿Qué era? —me preguntó.
— ¡El pulmón!
El Hermano se rió a carcajadas.
— ¡El pulmón no está adelante Jacobo!
— ¡La traquea! —corregí apenado.
—Claro —contestó— eso fue la traquea.

Después supe que la mujer tenía grandes dificultades respiratorias y la maniobra en la traquea había sido utilizada para solventarlos.

Ya no me atrevía a decir que todo había terminado y observé la siguiente maniobra. Más bien la olí. Súbitamente un olor putrefacto invadió mis fosas nasales. Busqué su procedencia y al hacerlo oí un ruido extraño. Era como si una llave de agua se hubiese abierto y el líquido chorreante hubiese sido descargado sobre el piso del recinto. Me asomé sobre la cama y vi que del brazo derecho de la mujer la sangre salía a borbotones. Pero no era una sangre normal. Era mucho más diluida y ligera que aquella y su olor era espantoso. La vi chorrear por varios minutos. Era increíble que alguien pudiera tener tanto líquido. Súbitamente entendí que a mujer estaba sufriendo una transfusión total.

Había visto cómo la boca de Pachita sostenía un extremo de una sonda mientras el otro era colocado en el interior del vientre y cómo un líquido rojo pasaba de un extremo a otro. Era demasiado increíble pensar que la boca de Pachita sirviese como fuente de sangre pero mi aprendizaje era que lo más probable es precisamente lo más improbable y no descarto esa posibilidad.

Pero aún así, en este caso no había sonda y a menos de sustituir toda la sangre derramada la supervivencia de la mujer era menos que imposible. Pero la mujer sobrevivió y mientras todo aquello ocurría hablaba y bromeaba y no parecía sufrir dolor como si viviera fuera de su cuerpo. En realidad no había otra forma de explicar el mantenimiento de su conciencia.

CAPÍTULO XV

FAUSTO

El tráfico de la ciudad me retrasó y después de varias aglomeraciones entendí que algo no deseaba verme durante las consultas. Llegué a la casa de Pachita 30 segundos antes de que se iniciaran las operaciones de los ojos, saludé al Hermano y ocupé mi lugar mientras veía cómo los pacientes eran intervenidos.

El primer enfermo que ocupó la cama fue un muchacho que tenía sordera total en ambos oídos. Era además mudo y como en casos similares la dificultad de reconocer si la intervención tenía éxito era mayúscula. Se llamaba Fausto y al terminar la operación el Hermano recordó el Fausto de Goethe y nos dijo que la historia era verdadera.

Después, el Hermano me preguntó por mi bienestar Y le conté que el día anterior había hablado con J. L. y M. acerca de Cuauhtémoc.

—Dijeron que éramos unos cavernícolas y que hacíamos sacrificios, ¿verdad?

—No Hermano —le respondí con seriedad— hablamos acerca del nivel de conciencia en el cual te encuentras y yo llegué a la conclusión de que no lo entendía como quisiera.

A. se había acercado a nosotros y escuchaba con mucho interés nuestra conversación y al oírme quena entendía el nivel del Hermano sonrió como diciendo que pedía demasiado.

—Es muy bello y hermoso Jacobo —me contestó el Hermano.

—Pero, ¿qué es? Por ejemplo, cuando dijiste que tenías una misión urgente, ¿qué era?

—Un ciclón se acercaba al territorio de los indios Coras y fui a pedirle a mi padre protección para ellos.

— ¿Y lo conseguiste?

—Sí, el ciclón fue desviado de su trayectoria.

—También me gustaría ver más de lo que sucede en las operaciones —continué yo.

El Hermano no me respondió inmediatamente pero después de unos segundos me dijo algo que me sorprendió y agradó.

—“Voy a pedirle a mi padre que haga un milagro para ti”

El siguiente enfermo fue introducido en una silla de ruedas. Junto a él, otros dos pacientes en otras tantas sillas similares esperaban su turno.

—Este es un gran hombre —dijo el Hermano, mientras A. y yo ayudábamos a acostarse a un hombre muy fornido, alto y negro.

—Es un gran músico —continuó el Hermano.

Su cuerpo estaba completamente flácido y paralizado.

Lo colocamos sobre un costado y el cuchillo de monte hizo una incisión de 10 centímetros. El Hermano pidió una sonda y colocó un extremo dentro de la herida y el otro en la boca de Pachita. De nuevo un líquido rojo empezó a atravesar La extensión de la sonda. El enfermo tenía una infección terrible y el procedimiento estaba dirigido a purificarlo. Al terminar saturé y después A. vendó. El hijo de Ch. lo ayudó a ocupar la silla de ruedas y yo me compadecí por su dificultad de movimientos.

— ¿Por qué suceden estas cosas? —pregunté en alta voz.

El Hermano se aproximó a mí y en un susurro me dijo que el músico se excitaba y los metales de su instrumento se caldeaban y luego salía al frío y descuidaba su materia.

—Por ello se debilitan Jacobo.

No quedé muy satisfecho con la respuesta y ayudé al siguiente paciente paralítico. Tenía puesto un corset que lo ayudaba a mantener rígida su espalda. Boca abajo, el cuchillo penetró una localización aledaña a la columna y unos huesos fueron colocados en ésta. Observé que el enfermo manifestaba una tranquilidad y una humildad extraordinaria y al terminar lo comenté.

—Es que, —dijo el Hermano—, han reconocido en su situación el poder de Dios. Si Dios lo desea puede acabar con un hombre o hacerlo renacer, nada es comparable con su gloria y poderío

Noté que Cande se aproximaba a la única veladora que alumbraba el recinto y La apagaba. Después de unos minutos se acercó otra vez y la prendió. Más tarde la volvió a apagar. Intrigado, le pregunté por la razón de Los cambios de luz y no entendí su respuesta.

Súbitamente, el Hermano se dirigió a mí y me dijo que veía que por fin estaba yo alcanzando la paz.

—Viviste muchas vidas Jacobo y sólo en ésta estás sintiendo el sufrimiento de tu prójimo. “El sentir ese sufrimiento es lo que te traerá la paz”.

Yo tenía muchas preguntas que hacer e iba a aprovechar ese momento para preguntarle al Hermano si era uno o se dividía, pero M. me interrumpió.

—Hermano, hay un daño, ¿lo dejamos para el final?

—Por supuesto pequeño. Mi materia está muy cansada y quizás me la leve pronto. ¿Estarías dispuesto a acompañarla?

—Claro —contestó M. mientras un escalofrío recorría mi espina dorsal.

—Hermano —volvió a decir M. —, aquí está el Padre E.

—Dile que pase a ese buen hombre.

—Jacobo —me dijo el Hermano—, el Padre E. es un maravilloso hombre. Trabaja en la Sierra con tos Tarahumaras Y todo lo da para disminuir sus dolores. Se merece todo nuestro amor y ayuda. Cuando era joven e iniciaba su sacerdocio las mujeres lo tentaban porque era muy guapo y el decidió caparse para no caer en tentaciones.

Un hombre alto de facciones agradables y con una mirada bondadosa se aproximó al cuerpo de Pachita y saludó al Hermano con una sinceridad e intensidad tal que todos lo volteamos a ver

— ¿Cómo está mí pequeño?

—Con una espalda de burro y quejándome de dolores. Yo creo que lo que necesito es una grúa.

— ¿Y cómo están sus indios?

—Pues ahora lucho por crear una granja en la que convivan niños y ancianos, se ayuden y aprendan unos de los otros.

—Acérquese mi pequeño, vamos a ver qué tiene en su espalda.

Con las palmas de las manos de Pachita separadas unos centímetros de la espalda del sacerdote, el Hermano hizo un diagnóstico

—Acuéstese mi muchachito que vamos a fortificar esa columna. Usted ya debería descansar, es mucho el peso que carga.

Con la espalda al descubierto, el hermano localizó la zona dolorida y empezó a trabajar en ella. Hizo una incisión de por lo menos 30 centímetros y dejó al descubierto la columna vertebral. Le pidió a A. unos huesos y con el mango del cuchillo los introdujo entre las vértebras. El enfermo se quejaba y rezaba a Dios cuando por fin saturé la herida, la que se cerró instantáneamente.

Al salir del recinto, el hermano nos confió que se sentía muy triste pero la razón de su tristeza no la puedo reproducir aquí.

La última operación fue la de una mujer con un daño materializado en su espalda.

Obesa y de tez ceniza entró acompañada por dos de sus hijas. Se quejaba amargamente de dolor de espalda y nos costó mucho trabajo acostarla boca—abajo en le cama.

El hermano palpé la espalda y nos pidió que la colocáramos de costado.

Alrededor nuestro, todos los ayudantes se tomaron de las manos haciendo una cadena de protección

Doña Candelaria tomó una botella de bálsamo y empezó a lanzar gotas del mismo sobre mi cabeza, la de Pachita, M. y A.

—Recemos hermanos —nos pidió Cuauhtémoc.

Introdujo el cuchillo en la espalda de la dañada y forcejeé unos segundos intentando extraer algo. Yo sostenía la mano de la enferma y me sentía muy energetizado y fuerte.

El Hermano me tomó de la mano derecha y la colocó directamente sobre el daño. Palpé un tejido blando con excrecencias empecé a jalar. Sentía que debía ser muy fuerte y vi corno tejido ocupaba toda mi mano. Tiré con fuerza y lo saqué colocándolo en un papel negro que Cande me ofreció.

Pregunté si era todo y el Hermano me hizo volver a introducir mi ano.

Esta vez palpé una especie de hueso muy irregular y del tamaño durazno maduro. “Aquello” se deslizó en mi mano y lo coloqué en el papel negro.

Falta otro —me indicó el Hermano.

Volví a introducir mi mano y esta vez palpé una esfera del tamaño de un ojo que me pareció poseer relieves como los de la cabeza de un hombre. La saqué y la coloqué en papel negro.

Me sentía muy raro y noté que todos los ayudantes me miraban con una especie de nuevo respeto y admiración.

Saturé y A. vendó.

Se llevaron a la mujer y Pachita ocupó la silla junto al altar. M. se paró frente a ella y yo recordé que A. había impedido que los visitantes se acercaran al altar durante las operaciones.

El Hermano se despidió de todos y su cuerpo se convulsionó, pero Pachita no regresó. En su lugar una voz infrahumana empezó a balbucear cosas ininteligibles mientras el cuerpo de Pachita seguía convulsionándose. Con un movimiento rápido, las piernas de Pachita se abrieron y orinó. Cande se acercó a la cara de Pachita y le colocó sus manos frente a os ojos.

— ¡Toma luz, toma luz y vete!

Cande repitió varias veces la orden y por fin Pachita se recuperó.

Me acerqué a A. para preguntarle algo y M. intervino diciéndome que todavía me faltaba ver lo mejor, cuando las botellas de alcohol se rompen y caen cosas del techo.

—A mi —me dijo A. —, un daño me destruyó un testículo cuando una vez intenté darle luz. ¡Es muy peligroso!

Las hijas de la mujer del daño preguntaron por mí y yo les conté lo que había extraído del cuerpo de su madre. M. les ordenó no dormirse sino hasta después de la una de la mañana.

Cuando terminé de colocar los daños en el papel negro, vi que el Hermano tomaba una especie de palma (no supe cómo, ni de dónde apareció en la cama de operaciones) y envolvió el papel conteniendo os daños, con ella.

Apretó fuertemente el paquete como si hubiera querido ahorcar los daños y después se lo ofreció a M.

—Antes de que cante el gallo —le dijo el Hermano a M. —, vendrán a reclamarlo y tú tendrás que hacer el trato.

El Padre E. no tenía quien lo llevara a su casa y yo me presté para conducirlo. En el camino me habló de su propia obra y me pareció extraordinaria.

—Pachita se ve muy acabada —me dijo de pronto—, hace 6 años se veía mucho más joven.

—Deben ser las continuas penas y la intensidad de su trabajo. Un día, después de las operaciones, un daño violento se le metió al cuerpo y estuvo a punto de matar a la enferma de la cual lo había extraído. Me había operado y descansaba en un cuarto de su casa, cuando la vi venir con su cuchillo en mano. La abracé fuertemente mientras E. trató de quitarle el cuchillo, pero todo fue inútil. Por fin Cande nos lanzó agua bendita y por accidente yo mezclé la sangre de una herida mía, que por el esfuerzo se abrió, con la que brotaba de una mano de Pachita que se había lastimado y eso alejó al espíritu. A pesar de todo su cansancio —continuó el Padre—, sigue conservando una magnífica dosis de humor y eso es extraordinario.

Era cierto, esa tarde durante una operación oímos el sonido de una sirena de ambulancia.

El Hermano había volteado a yerme y con una sonrisa dijo que sería interesante que la policía penetrara al recinto y nos encontrara.

—Se imaginan —había dicho—, apareceríamos en la portada del “Alarma”. “Vieja bruja ejecutando ceremonias de sangre e iniciando en la magia negra a jóvenes ingenuos.

Al llegar esa madrugada a mi casa y entrar a mi cuarto me di cuenta que “algo” había colocado un libro junto a la cabecera de mi cama…era el Fausto de Goethe.

Lo empecé a leer y supe que el Hermano tenía razón.

La historia era verídica.

CAPÍTULO XVI

LOS GUERREROS

Pachita está completamente ciega y sólo come de vez en cuando. En las operaciones se le trae un vaso de té y en él, el Hermano coloca un elixir que le da energía para toda la semana.

En un monólogo que duró varias horas, A. me dio su particular visión de la obra.

—Es un camino lleno de pruebas tremendas, las 24 horas y lo que tú debes comprender es que alrededor de Pachita conviven los extremos de la condición humana, por un lado el materialismo más egoísta y por el otro la santidad espiritual. Aquí ves todo lo que se puede ver y ese es un regalo magnífico.

Su esposa, M., preparaba la comida mientras mi hija E. y yo escuchábamos el relato.

—Hace 19 años que trabajo con ella y si no fuera por mi orgullo ya estaría muerto. Es necesario ser un verdadero Guerrero y no existe la posibilidad de echarse para atrás una vez iniciado.

—Hace muchos años íbamos al campo para hacer entregas.

Si venía un enfermo con un daño y el Hermano lo operaba en el plano físico, después era necesario cortar la conexión “espiritual’ con la entidad que lo había provocado. Nos citaban en una montaña, un valle o junto a un río y entonces debíamos luchar. Casi siempre nos pedían una doncella virgen a cambio del daño y por supuesto nos negábamos. Un día Pachita fue alcanzada por una flecha que penetró su cabeza. Su masa encefálica salía por el orificio craneal y aquí en mi antebrazo derecho, cayó muerta. Pero el Hermano la salvó, aunque yo sé que a partir de ese momento ha permanecido muerta. De eso ya llovió, fue hace 18 años. Pero esos son Los beneficios de la verdadera mediumnidad. Quiero decir que el cuerpo se vuelve inmune, En cambio yo pedí ser consciente y tengo que pagarlo con mi cuerpo.

— ¿Cómo?

— ¡Si hombre! cuando Pachita cae en trance, vive en el Astral, mientras su cuerpo tiene una protección absoluta. Si alguien te despedaza, el Hermano Lo reconstruye. Yo en cambio debo cuidarme solo y aunque tengo protector pedí mantener mi conciencia durante mis trabajos.

— ¿Tú curas?

—Me han otorgado dones y otros los he tenido que ganar. Yo vivía con un daño terrible que una mujer me hizo. Durante 8 años no pude tocar mujer y nadie me lograba curar hasta que fui ver a Pachita. Ella me extrajo un daño de 30 centímetros y adquirió forma se convirtió en un bellísimo cuerpo de A partir de ose momento empezó mi aprendizaje. En es alguien venía a visitarme y me preparaba con fuerzas resistir la energía del Hermano. ¡Imagínate! me acostaba cama y de repente alguien tomaba mi pierna y me la doblaba dándole un masaje, después m brazo y mi espalda y mi cuello. Durante un año y medio entre las 12 y las 2 de la mañana a prepararme físicamente. Después algo aparecía en la de mi cuarto y me lanzaban flechas. Yo nada más veía cómo la cuerda de un arco se empezaba a trenzar y una flecha era en él colocada y después

disparada. Apuntaban en dirección de mi cabeza y las flechas penetraban entre mi cerebro y mi cerebelo.

— ¿Para qué?

— ¡Ah!, eso era un procedimiento para enseñarme a resistir los ataques. Yo debía sobrevivir y probaban mi fuerza. Un día, después de dos años de lanzarme flechas, alguien me entregó mis armas. Me colocaron con los brazos extendidos y me cargaron los antebrazos con machetes, flechas, arcos. Tuve que vigilar mis armas durante 24 horas sin pestañear. Cuando iba a ver al Hermano, él siempre sabía lo que me había ocurrido. “¿Cómo estás A?” —me preguntaba—. “¿Cuidaste tu guarnición?” El conocía mis experiencias y siempre que avanzaba me recordaba mi misión. “¡El padre quiere que trabajes!” Yo me quejaba y me negaba. Me gustan las mujeres y soy comodino e irresponsable y no me merezco los dones y no puedo y no sé qué otras cosas le decía. Pero él siempre me contestaba que de los 100 servidores, yo había sido tocado con el pincel más fino y precisamente por ser descarriado debía purificarme. A veces los daños se me metían al cuerpo. Ahora tengo una vejiga de coyote y un testículo artificial y las cicatrices de mi cuerpo son muchas. Pero, en cambio, he visto lo que ningún ser humano ha vislumbrado. He llegado a conocer al mismísimo Diablo y sé de sus nombres y acciones. Un día fuimos a una entrega muy peligrosa. Debíamos entrar a una casa resguardada por una reja de hierro. Nadie podía entrar a través de ella y no teníamos forma de abrirla. Pachita se relajó y se bajó del coche y atravesó la reja con su cuerpo como si los barrotes fueran de luz. En aquel entonces vivíamos en la pobreza. Pachita vendía billetes de lotería en las calles y yo aprendía del Hermano y de ella misma. Una noche me dijo que junto a un árbol en el patio de mi casa, algo asombroso me sucedería. Llegué a mi hogar y al salir al patio sentí que alguien me observaba desde la azotea. Me dio un miedo terrible y ni siquiera me atrevía a voltear para arriba. Durante más de un mes salía al patio y siempre sentía la presencia observándome. Un día me atreví y vislumbré un cuerpo gigantesco. “¿Quién eres?” —le pregunté después de hacer acopio de valor. “Te esperaba” —me contestó aquello— “te esperaba pues soy tu protector’. Subí la escalera y al

llegar a la azotea lo vi. Tenía más de tres metros de altura y me colocó su túnica. Desde ese día conocí a mi protector y él me cuida. Tú también conocerás al tuyo, aunque no dudo que ya lo tengas. Poco a poco fui adquiriendo dotes. Al llegar a mi casa, me bastaba voltear a ver un sillón para saber quien se había sentado en él y empecé a ver a los médicos que operan en el recinto. Cuauhtémoc tiene un porte impresionante. Cuando tenía 13 años de edad, una epidemia azotó al pueblo azteca. Una voz lo instruyó para hacer una vacuna y la presentó al consejo de ancianos de su pueblo. Tenía en ese entonces 1.86 metros de altura. El consejo se asombró de la sabiduría del joven y a partir de ese momento lo espiaron para saber el origen de la misma. Cuauhtémoc les decía que los mensajes le venían del Dios Sol y ellos lo creyeron. Cuando su padre murió, lo hicieron Rey.

CAPÍTULO XVII

PRIMERO DE SEPTIEMBRE

Empecé a leer biografías acerca de Cuauhtémoc y aunque encontré en ellas incongruencias y ausencias de veracidad me emocioné y admiré la evidente valentía del Hermano. Ejemplo de resistencia y virilidad, espíritu luminoso a pesar de toda la oscuridad que lo rodeó durante la conquista y el sitio de Tenochtitlán. Cuauhtemotzin le llamaban en señal de respeto y cada vez más, me llenó de felicidad el honor de conocerlo en persona y poder trabajar a su lado.

Llegué el miércoles muy temprano a la casa de Pachita. Me encontré con muy poca gente y a D. apuntando los nombres de los enfermos y lisiados. Pachita estaba en la cocina rodeada de gente desconocida para mí. Solamente al Padre E. reconocí y saludé a los demás con un ¡buenas tardes! Nadie me contestó; tan ensimismados se hallaban en lo que decía Pachita.

—A mí me lleva la chingada con esa gente que viene a curiosear como si esto fuera un circo —decía Pachita…—Un día vinieron esos ¿cómo se llaman?, ¡ah sí!, esos de control mental quesque a investigarme. Me llevaron a una casa en la que había

rayas de todos colores. Rojas, azules, verdes, negras. Un señor Silva me dijo que yo estaba en la negra. Hágame el favor, ese cabrán me quería nada más para meterme en lo negro. Luego me dijeron que buscara un enfermo con mi mente. Yo qué iba a buscar ni qué carajos. ¿Para qué? Luego otros me llevaron a la zona del silencio en Torreón para que les dijera lo que había allá. Puro pinche desierto y yo allí en medio. Encontré una tortuga y me la traje.

—Bueno Pachita —la interrumpió el Padre E, esa zona del silencio es muy interesante, no entra ninguna vibración y sería un lugar ideal para construir un hospital psiquiátrico.

Pachita lo volteó a ver y sonrió.

—Y usted, ¿por qué no deja de ser sacerdote hombre?

—Es que ya casi no habemos y eso empecé y eso debo terminar. Hoy más que nunca se nos necesita.

—Pues no sé —continuó Pachita—, dicen que se paran los relojes y que no se oye el radio pero, ¿para qué sirve eso?, nada más buscan por buscar sin saber y por más que encuentran no se quedan satisfechos. ¡Si yo les contara todo lo que me han llevado a hacer…! Un día me dijo un amigo que le ayudara a buscar no sé que madres, en un terreno. Fui allí y me lo encontré lleno de excavaciones, me dijeron que les reportara lo que sentí y yo me quedé tal cual. Aquí si que se trabaja, pero yo de eso sé menos que nadie. Yo nada más me voy y viene el Hermano y ni me entero. A ver tú Jacobo que eres sabio, ¿a dónde me voy?

—Pues no sé —contesté apenado.

—Bueno y, ¿qué dice el Hermano, cómo es?

—Pues cuando viene cambia tu voz y todo lo que dice es la y se convierte en certeza y fuerza —dije yo.

—Ya ven, el sabe más que yo lo que sucede y luego vienen a invitarme a dar conferencias y yo ¿qué les voy a decir? ¡Se Imaginan a esta pendeja hablando en una conferencia! A mí me gustan las buenas obras, las que deveras ayudan. ¡Ah!, pero cómo es difícil, me tardé 50 años en hacer un kinder ¡50 años de trabajo para llegar a eso!

Eran las 6 de la tarde y Pachita se levantó.

—Ya me voy —nos dijo a todos, mientras salía en dirección al recinto. Nunca había visto llegar al Hermano para una sesión de curaciones en México y la seguí interesado.

Todo parecía tan natural y sin embargo en unos minutos más un Ser de otra dimensión vendría a realizar milagros.

Entramos al iluminado recinto y Pachita se acercó al altar.

—Vamos a prender unos inciensos para echar fuera a los malos espíritus —nos dijo mientras encendía dos pajillas hindúes.

Pronto todo el recinto se saturó de un olor delicioso.

Pachita seguía bromeando con todos y solamente se puso seria cuando se sentó en una silla, después de colocarse la túnica de Cuauhtémoc.

La tela amarilla estaba completamente impregnada de coágulos de sangre y grandes manchas rojas entre la pedrería y los diseños indios que la llenaban.

El Padre E. se colocó a la izquierda y yo a la derecha de Pachita, ésta tomó un libro de pastas negras que estaba colocado en el altar y lo abrió.

Grandes letras lo llenaban y yo alcancé a leer una oración. Se trataba de un libro religioso que me hizo recordar una Biblia en hebreo que deseaba regalarle al Hermano. El Padre E. se acercó y comentó la rareza de la edición.

—Ya no se hacen más de esos libros —dijo emocionado.

Pachita cerró el libro y sus ojos y empezó a rezar en voz alta.

El Padre E. comentó que sentía un cosquilleo en su oreja izquierda y Pachita confirmó que era señal de la inminente llegada del Hermano.

—Yo siento —dijo—, cosquillasen ambas orejas.

Candelaria se colocó detrás de Pachita y cuando ésta entró en convulsiones Cande empezó a rezar en voz alta. Pachita se retorció unos segundos y después bostezó, su cuerpo parecía estar ajustándose al manejo de un nuevo Ser y equilibrándose y llenándose con su presencia. Volvió a retorcerse unos segundos, a bostezar y Candelaria continuó con su rezo. Alguien apagó la luz, descorrió las cortinas y pidió silencio. De pronto tocaron la puerta y Cande volvió a insistir en la necesidad de mantener silencio. Por fin el brazo derecho de Pachita se levantó y una voz intensa y viril habló a través de su boca.

—“Los saludo queridos hermanos”.

—En nombre del padre yo te saludo —le dije confiadamente.

—En el mismo nombre yo te respondo, mi pequeño.

El Padre E. se acercó a preguntar si la indicación de Pachita de dejar el sacerdocio era una señal.’

—No buen hombre —le respondió Cuauhtémoc—, tú ya conoces a mi carne y sus bromas, no te preocupes por eso y sigue con tu bella obra.

— ¿Qué es lo que tenemos, mis cariñosos hermanos?
D. se aproximó y mencionó 22 ó 23 consultas apuntadas.

—Bueno, vamos a comenzar.

Una viejecita con un huevo en su mano derecha se aproximó al Hermano y le pidió ayuda. Yo no me pude contener y le acaricié su cabello cano mientras Cuauhtémoc la revisaba y recetaba unas hierbas para sus dolencias. “Los viejecitos son como los niños” —le dije al Hermano al despedir a la mujer y el asintió.

Yo me había acostumbrado a ir hacia la cortina y acompañar al siguiente enfermo y presentárselo al Hermano, pero Candelaria me lo prohibió.

—Estás alterando la energía —me dijo muy seria. Estiras los cordones y no debes hacerlo.

Permanecí el resto de la sesión junto al Hermano.

Un muchacho muy fornido se aproximó y explicó que había tomado todas las medicinas que le habían recetado pero seguía sin virilidad. El Hermano enfocó su atención en la zona genital del muchacho y le pidió que esperara afuera porque lo tenía que operar.

—Eso es un daño —me dijo Cuauhtémoc más tarde.

Yo quería aprender a diferenciar los daños de otras dolencias y la siguiente persona me dio la oportunidad de hacerlo.

La misma mujer que había venido una vez anterior, aquella de la mirada perdida y despidiendo un olor insoportable fue traída a rastras sobre una silla. Era impresionante su abandono y quejidos. El Hermano se puso de pie y la recibió muy serio.

—Que se pare por si misma —ordenó a sus acompañantes—, que se defienda y sepa que lo que tiene, viene de afuera.

La mujer giró sus ojos y cabeza y no respondía.

— ¡Quítatelo, no es dentro sino afuera, hazlo por tus hijos.

La mujer volteó a ver al Hermano y el loco girar de sus ojos disminuyó por un instante, se paré de la silla y empezó a hablar:

—Me duele el cerebro y no puedo pensar y me hago en los calzones, ayúdame por favor.

—Miren —les dijo Cuauhtémoc a los acompañantes—, frótense las palmas de sus manos y denle luz y ordenen a la entidad que salga del cuerpo de esta pobre mujer. Me la van a traer el viernes a las 12 de la noche para operarla.

A mí me empezó a doler el cuello y me lo troté varias veces sin éxito, el Hermano me vio y me dijo que eso pasaba por poner tanta atención a los daños.

—No los mires —me dijo mientras me daba un masaje en el cuello.

La diferenciación está en el propio cuerpo y sus sensaciones pensé recordando a J. y su técnica psicoanalítica.

Una pareja de ancianos penetró al recinto. El marido informó que su esposa tenía malos los riñones y que los médicos no encontraban solución para su caso.

Mientras el Hermano atendía a la mujer, el esposo me hizo una seña para acercarme a él, me susurró en voz muy baja, que era cáncer, pero que no le querían decir a su esposa.

Me acerqué para informar aquello al Hermano, pero éste me hizo una señal para que no hablara.

—Ya sé —dijo en voz alta, dirigiéndose a la mujer—, dicen que tienes cáncer pero eso no es cierto. Vas a cuidarte y vienes otro día para ver cómo sigues y para cambiarte tus riñones. No les hagas caso a los médicos, te han debilitado con sus lavadas y técnicas de… ¿Cómo se llama Jacobo?

—Quimioterapia —dije yo…

— ¡Si eso! —dijo el Hermano.

—Piensa que estás bien y eso será el primer remedio.

Una mujer joven, su esposo y su hija bebé se acercaron a Cuahtemotzin éste vio a la muchacha y la llenó de elogios.

—Tienes la gracia, bella mujer y has tenido la paciencia para enderezar a tu familia.

Traían 3 huevos y el Hermano tomó uno para limpiar a la mujer. Sigue como vas y todo te irá bien, le decía mientras frotaba su cuerpo con el huevo.

La bebé se había quejado y el Hermano se rió.

—No me quiere esta pequeñita —dijo.

Tomó en sus brazos a la niña y ésta siguió protestando, también la frotó con otro huevo y lo mismo hizo con el marido.

—Me duele el pecho y temo que tenga malo el corazón —le dijo éste asustado.

—Tu corazón está bien aunque un poco lento, no te morirás de eso, sino de otra cosa y más vale hacerle caso a tu mujercita que ella sí sabe lo que hace.

El siguiente paciente me impresionó. Una mujer de mediana edad, lentes oscuros, labios violáceos y manos marmóleas, pidió ayuda.

—Me siento muy mal de todo, vengo de Guadalajara recomendada.

Cuauthémoc la reconoció y le recetó unas hierbas.

—Ya puedes irte mujer, eso te curará

—dame tu bendición en mi espalda, persígname con tus manos.

—No mujer, tomas los remedios y eso te ayudará…

La mujer tomó las manos de Pachita y se las colocó en sus hombros.

— ¡Dame tu bendición! —dijo en tono de orden.

Cuauhtémoc lo hizo y al irse la mujer me volteó a ver.

—No me gusta esto, realmente no me gusta hacer eso.

Una mujer vestida en forma muy elegante se presentó después. Dijo tener muy bajos sus glóbulos rojos, sufrir debilidad y dolores abdominales.

— ¿Tienes gases?

La mujer me volteó a ver y se ruborizó, luego afirmó con la cabeza.

El Hermano la hizo voltearse y “vio” su espalda.

A mí me dio la impresión de que un aparato de rayos X se había puesto a funcionar.

—Veo unas plaquetas muy peligrosas en tus pulmones —dijo Cuauhtémoc. Debes dejar de fumar y venir el viernes para operarte.

— ¿Y mis glóbulos rojos?

El Hermano tomó una de las manos de la mujer y con un dedo pareció lanzar algo sobre la palma.

—Están un poco bajos pero no tanto —dijo—, ven el viernes.

Una muchacha joven de labios delgados y aristócratas susurró sus dolencias. Pareció no querer decir lo que tenía y después de salir, volvió a entrar acompañada de M. quien nos dijo que le daba pena hablar enfrente de mí, me aparté y la muchacha

habló de problemas con su menstruación. El Hermano le dio un remedio y al salir y acercarme a él bromeó conmigo.

—Vaya —me dijo— ni que fuera algo nuevo.

Una madre traía a su niña. Dijo que no podía hablar, el Hermano le preguntó su nombre y la niña balbució algo ininteligible.

Junto a nosotros había un invitado que curioso, observaba las consultas. Interrumpió a ésta y le dijo a la mamá que él conocía una escuela especial que podía ayudar a su hija. El Hermano volteó a verlo con asombro y no lo dejó seguir. Noté la confusión del hombre mientras el Hermano recetó unas lenguas de pájaro para la niña.

Habían acabado las consultas y nos preparábamos para las operaciones, aproveché el intervalo para decirle a Cuauhtémoc que estaba leyendo su biografía en varios libros y le expresé mi gran admiración por su valentía.

—Nadie es veraz, obtienen sus datos de fuentes dudosas y no dicen la verdad; tú dices la verdad porque describes lo que experimentas y eso está muy bien. Mira, continuó, nunca hicimos sacrificios, hacíamos lo que has visto. Detrás de cada símbolo teníamos un Dios, ustedes no son así pero nosotros sí.

Ese ustedes no lo entendí. Mi educación judía me había enseñado la existencia de un solo Dios y no supe si se refería al judaísmo o a nuestra época.

—Tampoco morí ahorcado —continuó—, lo que hicieron los españoles no tiene nombre, tomaban bebés y los lanzaban al aire y luego los ensartaban con sus lanzas.

Recordé la Segunda Guerra Mundial y las atrocidades de los Nazis.

—Parecía -dije en voz alta—, que hay épocas en las cuales la oscuridad crece y se establece una lucha terrible en la que se manifiestan los más bajos motivos de la carne.

—Así es —confirmó Cuauhtémoc—, para mí era inconcebible lo que hacían los españoles pero ellos no fueron los primeros en llegar a nuestra tierra. Mucho antes unos Vikingos vinieron conducidos por un fraile, perdóneme usted, le dijo al Padre E. Un tal Jovás descubrió nuestro continente, venía en una balsa y le dio la peste bubónica, pudo regresar y le comunicó a Colón su descubrimiento, por ello él tenía tanta seguridad en su travesía. Nadie sabe esto que te digo porque los escritos se perdieron. Tuve una novia pero nunca me casé. Ella se entusiasmó con los Barbados y nos traicionó. Les dijo todo lo que sabía incluyendo la localización de nuestros túneles secretos.

Aquello me tocó fibras muy sensibles. Yo también había sentido la traición de la mujer y sabía el dolor que produce. Me imaginé lo que debió de haber sentido Cuauhtémoc y me dolí por su sentimiento de ver a su mujer en manos de los conquistadores y ofreciéndose a ellos.

—Me apresaron también por su culpa —siguió diciendo Cuauhtémoc.

—Hermano —le dije solemnemente—, un día te pregunté acerca de Quetzalcoatl y me contestaste que era un traidor.

—Así es —confirmó Cuauhtémoc—, él sabía que no debíamos mezclarnos con los blancos y a pesar de ello los trajo a nuestras playas. Yo no acepté recibir a los españoles como Dioses pero me obligaron por culpa de su profecía.

En ese momento M. entró muy preocupado al recinto.

—Hermanito, no encontramos el cuaderno y no sabemos a quienes tienes que operar.

A. se escandalizó y dijo que ese cuaderno era un secreto de Estado y que no era posible que lo hubieran descuidado. Cuauhtémoc dijo que si no encontraban el cuaderno no operaría.

Observé a M. y noté una serie de movimientos despectivos. Parecía gozar la situación y burlarse del Hermano. Pensé que quizás resentía que su mamá fuera ocupada por otro Ser y no dudé que si aquello que yo pensaba era cierto, era inconsciente para M.

Cuando M. salió, el Hermano continuó su relato.

—Tengo muchas misiones que cumplir. El planeta está en crisis y el hombre hace guerras y aquí mismo, en esta ciudad se muere lentamente entre todo lo que ha creado. El hombre lucha por riquezas sin saber que ya las posee. En México existen montañas llenas de oro. Cuando vivía en la carne, lo que ustedes llaman Cerro de la Estrella relucía por la gran cantidad de piedras preciosas, esmeraldas y oro que contenía.

En ese momento volvió a entrar M. avisando que el cuaderno se había perdido definitivamente. Con un tono de reto le dijo al Hermano que se retirara como había dicho.

Yo me asombré mucho y cuando M. salió, sentí la tristeza de Cuauhtémoc, le coloqué mi mano en su hombro y no supe que decirle.

—Ya me voy porque aquí no me quieren, me dedicaré a mis otras misiones.

—No Hermano, le dije, sí te queremos y lo que haces nadie más lo puede hacer.

M. volvió a entrar como si hubiera entendido y se quejó de que D. lo humillaba ante la gente. Creo que en realidad vino a justificar su anterior reto y quería decir que D. lo había puesto muy nervioso.

Cuauhtémoc pareció comprender y en ese momento entró D. y recitó de memoria la lista de operaciones.

—Empecemos pues, dijo el Hermano.

Una muchacha joven, de facciones muy dulces, ocupó la cama, su oído izquierdo no funcionaba y al decirlo el Hermano preguntó cuál era el lado izquierdo.

Yo ya había notado que el Hermano no parecía distinguir la derecha de la izquierda, porque siempre preguntaba sus respectivas localizaciones. Le tapé el oído derecho con un algodón empapado en alcohol y le hice un campo operatorio para el izquierdo. El Hermano introdujo el cuchillo de monte y en menos de 30 segundos, la muchacha nos indicó que oía perfectamente. Cuauhtémoc susurró algo para comprobar si lo oía y entendía, y al preguntarle la muchacha repitió lo que había susurrado.

Yo había visto cómo el Hermano adelantaba y desarrollaba la técnica de oídos a través de las operaciones que atestiguaba y me alegré del éxito de ésta. Me había costado mucho trabajo entender que Cuauhtémoc seguía aprendiendo y me di cuenta que por fin yo lo aceptaba como Ser en constante desarrollo y expansión.

Después pasaron a una mujer con problemas renales, como en otras ocasiones el cuchillo abrió dos grandes incisiones en las partes laterales de la espalda y dos riñones fueron colocados sobre la piel para después penetrar a las cavidades. Saturé las heridas y como siempre éstas se cerraron inmediatamente.

La siguiente operación fue un muchacho con problemas pulmonares. Fue extraordinario lo que sucedió y me gustaría relatarlo con detalle: El joven tenía cáncer en el pulmón derecho y se le había fortalecido para ese momento. Lo acostamos boca abajo y mientras tomaba la mano, el cuchillo abrió su espalda. El Hermano pidió la sierra y cortó varias costillas. Yo oía el sonido del roce del metal con el hueso y me asombré de la rapidez y precisión del corte. Definitivamente no era la sierra lo que lo hacía pues casi no se movía. Era otra cosa la que cortaba.

De la mesilla colocada a su izquierda, Cuauhtémoc tomó un tejido y lo llevó a la boca de Pachita. Oí cómo el aire penetraba al tejido y cómo el Hermano le hablaba como si aquella masa rojiza entendiera.

Después, el pulmón por ser injertado fue colocado en la incisión e introducido a través de ésta con la ayuda del cuchillo. En un santiamén fue absorbido en el interior del cuerpo, le pregunté al muchacho cómo se sentía y me contestó que muy bien.

— ¿Cómo respiras?

—Como nuevo.

No había habido dolor y mientras llevaban al operado para reposar, interrogué al Hermano.

— ¿Cómo puede conectarse tan rápido?

—Mira Jacobo —me empezó a contestar —para ustedes el tejido que injerto está muerto, pero para mí está vivo, lo que hago es abrir la membrana del tejido por injertar y la acomodo en contacto con el tejido interno. Después las dos membranas se conectan y se pegan entre sí. Eso pone a funcionar el nuevo pulmón.

Un joven en silla de ruedas fue introducido al recinto, en el momento de verlo, el Hermano le dijo que era inocente y que se curaría. Lo acostamos boca abajo y el Hermano localizó la columna y penetró en ella con el cuchillo, le pidió a A. que se fijara en las piernas del joven y le pidió a éste que las moviera.

Después realizó un giro con el cuchillo e introdujo algo a la médula. Volvió a pedir movimientos y las piernas obedecieron la orden.

—Te curarás completamente buen hombre —le dijo de nuevo Cuauhtémoc al hombre.

La siguiente enferma fue toda una prueba. Era una mujer muy obesa y de ademanes toscos. La acostamos boca arriba y el Hermano dijo que su mal era venéreo. Yo sentí una repulsión involuntaria y rogué que el Hermano no me hiciera tocar los genitales de la mujer.

Con el cuchillo abrió cerca de la zona genital y como si hubiera escuchado mis pensamientos, me tomó de la mano y la introdujo a la herida que había practicado. Tuve que superar mi asco y de pronto sentí cariño por la mujer y me sobrepuse. Saturé la herida y la vendé deseando que se aliviara.

Al muchacho del pulmón lo habían acostado al lado de los altares y al terminar la operación de la mujer, el Hermano le preguntó cómo respiraba.

—Muy bien, me siento muy bien —contestó el joven.

Después trajeron al muchacho del daño genital. A. dijo que no podía considerarse un daño en forma, sino más bien una

El Hermano abrió cerca de los testículos y me hizo tocar un tejido parecido a un pergamino envuelto.

— ¿Lo saco? —pregunté con curiosidad.

—No hombre, silo haces lo dejarás sin miembro.

A. colocó un papel negro abierto y el Hermano puso en él el daño.

—Cuidado —le recomendó—, cuidado con él porque no tardará en cobrar vida.

Yo empecé a vendar al muchacho y el Hermano se paró de su silla y se sentó en otra colocada cerca del altar.

—Me despido de ustedes —dijo—, porque debo cumplir otras misiones. Un huracán se acerca a México y los huracanes traen terremotos.

Yo seguía vendando y noté algo extraño. Pachita no volvía y de pronto su cuerpo se levantó de la silla y empezó a gritar.

— ¡Chinguen a su madre todos porque los voy a matar!

Vi como la mano de Pachita buscaba el cuchillo y se acercaba al enfermo que todavía no acababa yo de vendar. Lo protegí con mi cuerpo mientras A. y el Padre E. abrazaban el cuerpo de Pachita y le daban luz; por fin regresó Pachita y yo envolví al operado con la sábana. Z. empezó a bromear junto con A., contaban de ocasiones anteriores en las que un daño se había introducido al cuerpo de Pachita y les había pegado.

A mí no me pareció tan gracioso lo que decían pero su espíritu festivo aligeró la tensión que se había formado.

Me sentía agotado y me senté junto a Pachita a descansar, ella me volteó a ver y le dijo a A. que yo tenía algo especial.

—Tiene un hueso muy especial y la primera vez que lo vi sentí que yo lo conocía desde hace mucho tiempo.

—Claro —dijo A—, recuerda que los dos dijimos y después el Hermano confirm6 que había sido Andrés.

Pachita se rascó su barbilla y dijo que Andrés había tenido una hija.

— ¿Cuántos hijos tienes Jacobo?

—Una hija, contesté yo.

El Padre E. comentó que la hija de Andrés se llamaba Esther.

— ¿Cómo se llama tu hija? preguntó Pachita.

— ¡Esther! —contesté yo asombrado.

—Andrés —dijo A. —, sufrió una lucha terrible entre lo Divino y lo Humano, él quería estar con lo primero y alejado de lo segundo.

—Andrés —dijo Pachita— fue el apóstol más subordinado.

Aquello fue demasiado para mí, yo también sentía una lucha terrible entre mi naturaleza humana y mi ansia por llegar a lo Divino, esa lucha me había evitado vivir como cualquier otro hombre y en ese momento pensé que las vidas se repetían.

—Andrés era un escribano de Jesús —comentó el Padre E.

—Ya no sigan por favor —pedía yo ahogado en sensaciones. Tomé mi lámpara de mano y la introduje a la bolsa de mi bata, Pachita me pidió que la encendiera y al hacerlo bromeé:

—Fíjense, así si parezco un espíritu de luz.

— ¡Vaya!—comentó Pachita—, ya se te está pegando lo bromista. Aquí se aprende de todo —dijo al final—, lo más bueno y lo más malo.

CAPÍTULO XVIII

VIBRACIONES

Pachita me había pedido que le leyera el libro que estaba escribiendo y yo le había prometido hacerlo en cuanto estuviera lista la trascripción a máquina.

Yo había decidido terminar este libro con este capítulo y empezar uno nuevo que sería titulado:
“LAS MANIFESTACIONES DEL SER II — CUAUHTEMOTZIN”.

Me sentía muy satisfecho de estar terminando el primer volumen y al releer algunos capítulos me asombré de la dificultad que me había costado escribirlo y de la sensación completamente contraria que tenía al leerlo. “Parece que fue fácil” —me dije a mí mismo bromeando.

La mañana del viernes fue atroz y sólo hasta las 4 de la tarde empecé a sentir luz y optimismo. No sabía el porqué de mis súbitos cambios y sólo sentía que algo más allá de mi comprensión y control me afectaba.

Durante el seminario hablamos de lo extraordinario de los sueños y nos preguntamos si acaso nosotros mismos no éramos el sueño de alguien quien al despertar nos destruiría. Llegué a la casa de Pachita a las e de la tarde y me encontré con el patio repleto de enfermos, prácticamente nadé en medio de toda esa gente y con trabajos pude llegar al recinto. A pesar de que ya me sentía mejor sin todavía entender lo que me había pasado en la mañana, el ver a Pachita y oír al Hermano me convencieron que mi estado de conciencia no era el óptimo, quiero decir que amo a esa mujer y admiro a Cuauhtémoc y el verlos y sentir lo que siento por ellos, me hace entender que todavía no logro sentir lo mismo cuando veo a cualquier ser humano y eso no es correcto.

Cuando cumplí 13 años me habían enviado una biblia desde Jerusalem de pastas de plata y bellísima caligrafía. Había decidido regalársela a Cuauhtémoc y a Pachita.

Me acerqué al Hermano y lo saludé.

—En nombre del Padre yo te saludo.

—En el mismo nombre yo te respondo, mi cariñoso hermano.

—Te traje un regalo —dije mostrando el libro.

Cuauhtémoc lo abrió y permaneció viendo una página unos instantes. Me pregunté si lo leía y entendía el hebreo, y como si hubiera leído mis pensamientos me contestó:

— ¡Aquí hablan como lo hacemos tú y yo!

— ¿En-tiendes hebreo? —le pregunté en voz alta—. Volteó a yerme y sonrió y le pidió a T. que le entregara el regalo a su materia.

—Gracias hermano Jacobo.

T. era un incrédulo y nunca había participado en las consultas y operaciones, vivía con Pachita quien lo había traído de Parral por una situación desesperada. Me asombré de verlo en el recinto y supuse que por fin se convencía de la existencia de Dios.

Trajeron la lista de las consultas, eran 35 y yo me preparé a permanecer todo ese tiempo junto al Hermano. No puedo describir los casos aunque debo decir que la capacidad de involucramiento del Hermano con cada uno de sus pacientes no parecía tener límites. Era toda una enseñanza ver su magnífica entrega de ternura, aliento y luz, a cada uno y todos sus enfermos.

Una muchacha que había viajado desde el Norte de la República entregó un huevo al Hermano. Tenía un malestar en un ojo y éste la limpió y después colocó el huevo en el altar y no lo tiró (como siempre lo hacía) en un basurero que era colocado exprofeso para cumplir ese menester.

—Regresa a tu choza y con las medicinas que te he dado te curarás—le dijo a la muchacha en un tono dulce.

Le pregunté porqué había colocado el huevo en el altar y no lo había tirado y su respuesta fue una sonrisa enigmática. Seguro quiere sacar una vista, pensé recordando el procedimiento que Don Lucio utilizaba para diagnosticar y que consistía en verter el contenido del huevo en un vaso de agua para ver las formaciones y señales de yema y clara.

Un señor de edad, sonrisa inocente y andar dulce, fue llevado en presencia del Hermano. Dos hijos del enfermo hablaron por él, mientras éste pedía una silla para sentarse.

—-Los doctores —empezaron diciendo— dicen que tiene agua en su cerebro .y no nos dan esperanzas. Nuestro padre nació en Damasco y queremos que viva.

Cuauhtémoc observó la cabeza del enfermo y después tocó su Vertex.

—No tiene agua sino un tumor, si lo desean tráiganlo dentro de ocho días y se lo sacamos.

La siguiente persona era una mujer morena de porte orgulloso y mirada profunda. Al “verla” el Hermano lanzó una exclamación de sorpresa y yo sentí que reconocía en ella a alguien del pasado. Se lo pregunté y por alguna razón su contestación me estimulé una imagen en la que creí reconocer a su amada cuando era Rey.

Una mujer acompañaba a su esposo quien no cesaba de temblar ni por un instante.

—Tiene Parkinson —dijo la mujer.

El Hermano se sentó en su silla y se puso a observar los movimientos involuntarios del hombre.

Su tendón de Aquiles está conectado con sus partes temblorosas.

Si aquello era una metáfora yo no la entendía. Al salir el paciente comenté que los Núcleos Lenticulares de su cerebro debían estar descargando en forma incontrolable y Cuauhtémoc asintió con un movimiento afirmativo.

La siguiente paciente era una vieja amiga mía de Tepoztlán. Sus ojos despiertos y brillantes relucían una vida interna de la máxima intensidad. Se quejé de tristeza y el Hermano le habló de su belleza y del esplendor del mundo.

—Cada día es un milagro y es todo lo que se necesita para hallar la felicidad; tú eres escogida y debes saber que contienes la semilla del despertar.

—Yo lo sé—decía la mujer mientras las lágrimas asomaban en sus magníficos ojos—. He tenido señales pero ahora estoy confusa.

—Nada de eso mi pequeña, recuerda lo que te digo y volverás a la senda.

Al salir, me volteé a ver y sentí el impacto de las palabras que había escuchado y un saludo. En ese momento entró E y saludó al Hermano, éste lo regañé fuertemente.

—He dado orden —le dijo— de que se respetara la lista de pacientes y tú has permitido el desorden.

Se refería a las primeras consultas, las que no estaban en las listas. E. salió cabizbajo y volvió a entrar acompañado de M.

—Dice el grillo (así apodaban a E.) que su mamá ya no lo quiere y que el Hermano sólo lo regaña.

Mientras M. decía esto, abrazaba a su hermano como queriéndolo proteger.

—Es cierto —dijo E. con voz entrecortada—, yo sólo vine a saludarte y tú me regañas.

—Mira mi pequeño, el orden es el orden y tú debes dar el ejemplo.

Habían terminado las consultas cuando P., un ayudante se acercó al Hermano.

—Una pareja de Nicaragua ha venido a consulta, tienen problemas muy fuertes y desean verte.

—Di les que pasen, mi cariñoso.

Una mujer rubia, alta y muy bella, acompañada de su esposo se acercó al Hermano; el hombre habló en nombre de ella:

—Mi mujer —-dijo— tiene miedo que le hayan hecho un trabajo cuando visitó Brasil. Tenemos problemas muy graves y ya no soportamos lo que sucede entre nosotros. Nos amamos pero cada vez que hacemos vida marital, ella se siente muy mal y a mí me dan deseos de agredirla. Íbamos a tener un hijo, pero ella no lo soportó y se pegaba en el vientre hasta que abortó.

—Mujer —llamó el Hermano a la mujer— ¿tú sueñas con agua o que vuelas?

—A veces —contestó ella.

¿Sientes como que algo se apodera de ti y te descontrola?

—Sí, así siento.

Yo empecé a entender y recordé que al entrar al recinto, la cabeza de la mujer había golpeado un crucifijo que estaba a la entrada. Aquello me había asombrado y ahora comencé a comprender.

Súbitamente Cuauhtémoc pidió su cuchillo. Fue una orden rápida y cortante. Volteé a verlo y me fijé que “miraba” en dirección a la entrada del recinto. Fijé mi atención en esa dirección y de pronto vi como las cortinas se separaban, todos vieron lo mismo y en un santiamén nos colocamos a los lados del Hermano esperando la entrada de “algo”, mismo que poseía a la mujer.

En absoluto silencio, con los músculos tensos, la vista tija en la cortina y el Hermano sosteniendo su cuchillo, permanecimos inmóviles y expectantes. De pronto el Hermano comenzó a silbar una tonada extrañísima y después dijo que el espíritu oscuro no se había atrevido a enfrentársele.

—Sabía que no podía conmigo y se fue. Tú, ¡mujer!—dijo llamando a la rubia— ¿qué sentiste?

— ¡Un escalofrío!

—Mira, te hicieron un trabajo terrible y son muy poderosos. Le voy a indicar a P. lo que debe hacerse y eso los salvará a ti y a tu compañero.

La pareja salió y Cuauhtémoc llamó a P.

—Quiero saber si puedes comprometerte a realizar el trabajo. Deberás ir a una montaña y hacer unas cosas que después te indicaré. Necesitamos seis limpias rigurosas. La entidad posee a la mujer y mató a su hijo. Sé que tu mujer está encinta y debes evitar que esta mujer se le acerque. ¿Tomas la responsabilidad?

— ¡Sí!

—Muy bien y ahora llévalos a su casa y ten mucho cuidado en el camino.

Cuauhtémoc llamó a M. y también le dio instrucciones.

—No permitas --le dijo—, que mi carne realice ese trabajo, ayuda a P. y que el Señor los guíe. ¿Habéis entendido?

— ¡Sí!

—Iban a empezar las operaciones y el Hermano pidió hablar con G., la hija de Pachita, nos pidió salir a todos y alcancé a oír un diálogo muy emocional. Después entré yo y le pregunté a Cuauhtémoc acerca de mis sensaciones de la mañana:

— ¿Es que quizás tengo algo mal en mi cuerpo o estoy cometiendo algún grave error?

—Lo que te sucede —me contestó después de barrer mi cuerpo con su “mirada”—, lo que te sucede es que cada día adquieres más sensibilidad y ahora estás detectando las señales de la próxima hecatombe.

Por un lado me sentí tranquilo y por el otro inquieto. ¿La próxima hecatombe? El Hermano ya había mencionado a ésta y parecía estar convencido que pronto sucedería algo terrible.

La primera operación fue de una muchacha ciega de su ojo izquierdo, La lateralización era manejada en forma muy especial por el Hermano. Si el mal estaba a un lado trabajaba con el otro y este caso particular no fue excepción. Me recordó las primeras operaciones de focos epilíticos en las cuales los investigadores se sorprendían con apariciones de focos en espejo trasladados del hemisferio cerebral sano, al enfermo.

Tomé la cabeza de la muchacha e inmediatamente me sentí sumergido en una sensación muy placentera. ¿Era ella o la energía que el Hermano le enviaba?, y yo en medio sintiendo una felicidad muy especial.

La joven no se quejó mientras el cuchillo y el dedo pulgar de la mano de Pachita penetraban en su ojo sano. A. prendió una lámpara de mano y la muchacha anunció que veía con claridad.

Una pareja entró después. La mujer parecía japonesa y ocupó la cama. Tenía un problema de sordera en un oído. El Hermano pidió el cuchillo y la mujer empezó a temblar y a respirar alocadamente. Parecía a punto de desmayarse y era tal su nerviosismo que Cuauhtémoc decidió no operarla.

El Padre E. había traído un sacerdote que tenía una hernia en la ingle.

Mientras lo preparábamos para la operación, T. observaba con tal atención y sorpresa que parecía que sus ojos se saldrían de sus órbitas en cualquier momento. Cuando el cuchillo penetró en la ingle, el Hermano pidió luz y la sorpresa de T. llegó a su clímax.

— ¡Eres de otro mundo!—le decía al Hermano— ¿Cómo puedes hacer esto?

—Pregúntale a Jacobo, él es escritor y te lo puede decir.

— ¡Yo no sé cómo lo hace! Mejor pregúntale a Dios —le contesté.

—Pero Dios no existe —dijo T. con voz quebrada.

—Si Dios no existiera esto no sería posible —intervino el Padre E.

—Pero yo no veo ni siento a Dios —continuó T. —, simplemente no lo puedo ver.

—Deberías estudiar la forma en la que Aristóteles llegó al conocimiento de Dios, quizás eso te permitiría comprender —dijo el Padre E.

—Pero Aristóteles era un ignorante —le contestó T. —, y su definición del hombre como ave implume lo comprueba.

El Hermano seguía operando y de vez en cuando sonreía seguramente atento a la conversación entre T. y el Padre.

Por fin terminó y vendamos al Sacerdote.

Yo me sentía tan energetizado y seguro de mí mismo qua empecé a platicarles acerca d mis nuevas investigaciones:

—En el laboratorio —les dije con voz confiada—, estamos demostrando que el cerebro humano puede crear una fuerza antigravitacional y eso siempre sucede cuando ocurre un proceso de unificación informacional que podría definirse como una expansión de conciencia.

—Eso me gusta mucho —me dijo el Hermano.

—También —continué yo, hemos visto que existen niveles ascendentes de concentración informacional y que tanto el cerebro como el espacio están organizados en forma convergente de tal

forma que se puede concebir la existencia de puntos infinitesimales conteniendo la información total del universo. A esos puntos los hemos considerado como pertenecientes a un espacio de elevadísima “Sintergía” ocurriendo en ellos fenómenos muy interesantes.

Cada vez me emocionaba más y no sabía si todos me entendían pero continué.

—En un espacio de alta sintergía es tal la unificación que se trasciende el tiempo y el mismo espacio. Allí existe una máxima redundancia informacional y un alejamiento o quizás inversión de la fuerza gravitacional. Cuando un cerebro alcanza estados de elevada conciencia, también trasciende el espacio, el tiempo y la gravitación y afecta el espacio que lo circunda creando una fuerza antigravitacional. Al menos eso indican nuestros resultados experimentales.

—Eso sería —me interrumpió el Padre E. —, la evidencia de un contacto con Dios.

—Exactamente —dije yo.

—Eso me gusta mucho —volvió a decir el Hermano.

No recuerdo las siguientes operaciones, sólo sé que al final hubo una extracción de un daño y cuando el Hermano se despidió de nosotros, la entidad penetró al cuerpo de Pachita y agredió a A. rompiendo unos billetes que éste le había entregado.

Por fin Pachita retorné y T. quiso averiguar si la “persona” que había roto los billetes y Pachita tenían conciencia uno del otro.

— ¡Pachita!—la llamó—, ¿te acuerdas de lo que hiciste?

— ¿Qué hice?

—Pachita por favor —continuó T. —, rompiste unos billetes.

—Yo no rompí nada, ¡tú estás safado!

Le recordé a T. el encargo de entregarle a Pachita la biblia y lo hizo. Pachita miró las pastas y abrió el libro y se extrañó de los caracteres hebreos.

— ¿Qué dice Jacobo?

Tomé el libro por donde lo había abierto Pachita y leí en hebreo antiguo. El hebreo resonaba en el recinto y me di cuenta de que lo que leía no era azaroso y significaba la terminación del libro que yo había empezado a escribir pensando que era yo pero después comprendiendo que mi mano era sólo un instrumento para dar a conocer lo que veía.

Leía:

FUERON, PUES, ACABADOS LOS CIELOS Y LA TIERRA Y TODO EL EJÉRCITO DE ELLOS. Y ACABO DIOS EN EL DIA SÉPTIMO LA OBRA QUE HIZO Y REPOSO EL DIA SEP TIMO DE TODA LA OBRA QUE HIZO, Y BENDIJO DIOS AL DIA SÉPTIMO Y LO SANTIFICO PORQUE EN EL, REPOSO DE TODA LA OBRA QUE HABÍA HECHO EN LA CREACIÓN.

FIN DEL LIBRO

PRIMERO

LIBROS PUBLICADOS DEL MISMO AUTOR

La Experiencia Interna
Edit. Trillas - 1975
La Construcción de la Realidad
Edit. Trillas - 1975
Las Creaciones de la Existencia
Edit. Trillas -1976
El Vehículo de las Transformaciones
Edit. Trillas - 1976
Más Allá de los Lenguajes
Edit. Trillas - 1976
El Despertar de la Conciencia
Edit. Trillas - 1978
Psicofisiología del Aprendizaje
Edit. Trillas - 1976
Nuevos Principios de Psicología Fisiológica
Edit. Trillas - 1976
Los Fundamentos de la Experiencia
Edit. Trillas - 1978
El Cerebro Consciente
Edit. Trillas - 1979
Bases Psicofisiológicas de la Memoria y el Aprendizaje. Vol. I Fases de la Memoria
Edit. Trillas - 1979
Bases Psicofisiológicas de la Memoria y el Aprendizaje. Vol. II La Localización de la Memoria.
Edit. Trillas - 1979
Bases Psicofisiológicas de la Memoria y el Aprendizaje. Vol. III Mecanismos de la Memoria.
Edit. Trillas - 1980

PACHITA, “Las Manifestaciones del Ser”, en su Primera Edición se terminó de imprimir el día 20 de julio de 1980 en los talleres de Editores Asociados M., S.A., Ángel Urraza 1322, México 12. D.F. La tipografía y formación se realizaran por medies electrónicos. La edición estuvo bajo el cuidado de la Sra. Ella C. de Gedovius. Impreso y Hecho en México.

LO QUE ACONTECE ES LO QUE DEBE SUCEDER

"Pachita" fue una mujer extraordinaria, dotada de poderes sobrenaturales, cuyo verdadero nombre fue Bárbara Guerrero.

Decenas de miles de personas recuperaron la salud gracias a "Pachita", no obstante que muchísimas de ellas, quizás la mayoría, habían sido desahuciadas por la ciencia médica.

Desde países lejanos venían a México enfermos gravísimos, atraídos por la fama de "Pachita".

El doctor Jacobo Grinberg-Zylberbaum, Director del Instituto Nacional para el Estudio de la Conciencia, A. C., se interesó en "Pachita", quiso descubrir el origen de sus increíbles facultades, y se acercó a ella abiertamente, diciéndole quién era y qué deseaba. "Pachita" lo acogió cordialmente y lo hizo su ayudante.

El doctor Grinberg narra, en esta obra, sus experiencias con "Pachita". No existen invenciones, todo es verídico, absolutamente real.

"Escribí este libro —afirma el autor— para dejar testimonio y por honrar la memoria de esa mujer excepcional".

Lo que acontece es lo que debe suceder. . .